

Los Perfectos

PROLOGO DEL AUTOR

Soy Sir Walter Scott, y este es mi primer intento de escribir una historia por medio de un ayudante terrenal. Este ayudante me ha hecho ver que mi estilo tiene un toque anticuado para este día y época, entonces he intentado poner mi escritura a un nivel más moderno, para que sea más contemporáneo. Pero siento que debo mantenerme firme, a la manera en que he sido enseñado y el modo en que sé escribir.

INTRODUCCION

La historia se establece en el Sureste de Francia, en el área de Languedoc. La época, es a principios del siglo XIII, y el lugar es la gran ciudad de Tolosa de donde el Conde Raymundo domina una región próspera. En el palacio abunda la disputa religiosa, porque aquí es la fortaleza de la nueva religión de los Cátaros, de otro modo conocidos como Albigenses. No solo hay un gran movimiento de Cátaros, pero sí muchos y variados grupos pequeños, poseyendo diversas doctrinas, mas aun están unidos en su amor por Dios, por Su Hijo, Jesucristo, y su desdén por la rica y pomposa iglesia que se hace pasar como medio entre el hombre y su Creador. Es la época en que reina la iglesia Católica, pero el amor, la verdad y el espíritu de los cátaros ha cautivado los corazones y mentes de la gente común.

+

Ahora veamos a los protagonistas de esta historia. Primero esta Guillermo, sobrino del Conde de Toulouse, un joven criado en riquezas, entrenado a la manera de un guerrero medieval, alto, de buen parecer, mimado pero acostumbrado a una vida ociosa y estimado por algunos de carácter disoluto. Habiendo probado de los placeres de la vida, ahora esta buscando por algo mas profundo.

También tenemos a Esmé, una extraña en tierra desconocida. Hija de gitanos y desterrada. Sus características más notables eran sus ojos, oscuros y hermosos. Su complexión es morena y muy diferente a aquellos en cuyas tierras vaga, pero todavía es objeto de deseo para todos los que la miran. Sus padres pertenecen a un grupo de nómadas, y la vida errante es todo lo que Esmé ha conocido. Por el momento su familia esta sola, y al principio de esta historia está acampando al sur de la Ciudad de Toulouse, a la rivera del Río Garona.

En Toulouse, en un pequeño mesón, encontramos a Guy, el hijo mayor de un viudo, su madre había muerto cuando tenia seis o siete años.--No recuerda con precisión cuando. Guy tiene 22 años de edad, un hombre de buen parecer alto, fuerte gracias a sus innumerables días de arduo trabajo. Siempre con una sonrisa en la cara y ojos centelleantes, similares a los de Guillermo, pero diferentes.

Su hermana menor, Eloisa, es una chica bonita mas bien delicada. Lo que Guy tiene en físico y estatura, Eloisa lo tiene en delicadez y pequeñez. Ella es tres años menor, la única hermana de Guy. Habiéndose casado grande de edad, su padre es anciano y no tan fuerte como antes. Sus hijos dirigen el mesón. Por otra parte, Guy trabaja como obrero para suplir sus escasos ingresos.

Ahora nos dirigimos a un camino hacia el norte de Toulouse, y aquí, Malcome va a caballo, un Escocés errante, que antiguamente perteneció a la Guardia Real del Rey de Francia, Felipe Augusto. Desconfiado de sus propios compatriotas, el rey se había rodeado con una Guardia Real formada totalmente de Escoceses.

Ahora el rey, como muestra de aprecio a sus ricos nobles, despidió a la guardia Escocesa y está bajo la protección de una Fuerza Elite Francesa. Y así, el joven Escocés, quien no había durado en el servicio del rey, ahora esta viajando al sur de la gran ciudad de Paris, en busca de aventura y un empleo lucrativo.

Una vez bien provisto en el servicio al rey, ahora tiene un poquito de dinero que se dice ser suyo. Desdeñoso del apodo 'mercenario' y sin estar dispuesto a volverse un secuaz alquilado u otra espada para algún jefe local, Malcom ha venido a ver si no encuentra una posición respetable con el Conde Raymundo, gobernante de Toulouse.

También esta curioso de ver por si mismo lo que ha escuchado en cantos alrededor de fogatas y los rumores en los grandes castillos--los muchos relatos de los Cátaros. Ha escuchado muchas historias y no sabe que creer. ¿Son

estos el tipo de gente que adora al diablo, y quienes practican las artes negras de brujería y se comprometen en esos actos despreciables atribuidos a los paganos mas allá de la Cristiandad? ¿O son realmente amables y los “puros” llenos de amor, como su nombre los declara?

+

Muy pronto la vida de estas cinco personas se unirá de una manera en que ellos nunca habrían soñado.

I —MALCOM

Malcom MacAlpin es un veterano en la guerra quien, a los 28 años de edad, ha visto mas de lo que hubiera querido. Fue criado en Escocia, el hijo de Kenneth MacAlpin, terrateniente de una pobre y pequeña finca, cerca de la escarpada costa occidental de Escocia. A Malcom le encantaba el lugar, pero acreedores forzaron a su estimado padre a vender su tierra. El anciano, un directo descendiente del primer Kenneth MacAlpin quien unió a los Escoceses y Pictos de Alban (porque ese era el antiguo nombre del primer reino ahora conocido como Escocia) murió con un corazón roto y lo enterraron en un despeñadero solitario frente a su amado mar Irlandés. Al este, las desoladas colinas rocosas que marcan la frontera entre las tierras altas y bajas, se quedaron mirando en silencio.

Los hermanos MacAlpin—ya que Malcom era el menor de los cinco—eran muy unidos. Pero para lograr una estabilidad económica se fueron cada uno por su lado, prometiendo reunirse cuando cada uno hubiera hecho su fortuna. Sus hermanos mayores se dirigieron a las ciudades y pueblos de Escocia-Edimburgo, Dundee, y Glasgow. Pero el joven Malcom, intrigado por el prospecto de encontrar fama y fortuna en el Continente se hizo a la vela por Francia.

Malcom recordaba estas cosas, mientras su caballo trotaba hacia el sur, en el camino terroso que tocaba junto al río Garona que fluía rápidamente adelantándosele el cual desembocaba al golfo de Vizcaya hacia el oeste. (Malcom no se cruzara con el campamento gitano antes de alcanzar la ciudad, porque el campamento esta situado al otro lado del sur.) Mientras viajaba, vio ricas tierras de labrantío y bosques llenos de caza. Era un país bonito; idílico.

Había estado viajando todo el día cuando dio la vuelta en una curva, y vio a larga distancia las imperceptibles figuras de las construcciones de la gran ciudad. Mientras se acercaba, los objetos empezaron a cobrar forma. Podía ver el castillo donde el Conde Raymundo, famoso por toda Francia como un hombre noble y culto, vivía y reinaba. Después, la gigante catedral, con sus agujas clavadas hacia arriba como dagas hacia el índigo cielo. Ahí el obispo—al cual muchos le tenían aversión y desconfianza, odiado por otros-- dominaba sobre las almas y cuerpos de los nobles y campesinos por igual.

El nombre del Obispo era Odo—procedente de aristocracia Normana que dominaba muchos de los ducados del norte, mandado a servir los intereses de los grandes barones a costa de la gente del pueblo.

La relación entre el Obispo Odo y el Conde Raymundo era un poco delicada y de mutua antipatía.

El caballo de Malcom siguió con paso seguro. Muy pronto, estaba entre las casas de campo y casuchas de los pobres que se extendían por Toulouse.

Mientras entraba a las puertas de la ciudad, Malcom cautelosamente vio el rastrillo levantado. Por un instante se imagino a los amenazadores artefactos caerse mientras trotaba por debajo, traspasándolo con sus agudas puntas de hierro.

La ciudad estaba bien fortificada. Las altas murallas de la ciudad eran grises e impresionantes. Enormes torres eran traspasadas por las murallas en intervalos regulares, para que los arqueros que cuidaban las murallas pudieran atrapar a cualquier atacante en un fuego fulminante.

Esta ciudad se había mantenido firme desde, bueno, antes de que los Romanos la hicieran su fortaleza. Malcom pensó por un momento como las legiones Romanas habían desplazado a los primeros Célticos Galos quienes habían habitado esta área por cientos de años anteriormente, y de como las hordas Visigodas del norte habían mandado a las legiones de regreso a Roma, y así estos últimos fueron destruidos por los Franceses. Ahora, esta ciudad cosmopolita era llamada hogar por todos los descendientes de ellos.

—¡Oye, tu! ¡Amigo!—Llamo Malcom a un hombre que se veía bastante apesadumbrado, bajo una carga de heno.—¿Dónde puedo encontrar un mesón?—Demandó.

Sin decir palabra, el hombre apunto con un dedo torcido en la dirección a unas pequeñas calles sinuosas, que guiaban fuera del mercado principal.

Malcom siguió trotando. Sabía que ser un extraño en una ciudad desconocida era una tarea riesgosa. Se imaginó a pillos y vagabundos mirándolo entre las sombras para ver si valía la pena robarle. La espada colgando de su cintura, y sus otros equipos de guerra que colgaban a cada lado de su silla—un escudo, una hacha de doble filo y una maza—probablemente causarían que muchos lo pensarán dos veces.

Pero Malcom sabía que hombres desesperados intentarían cosas desesperantes, porque ya lo habían atacado antes hace muchos años mientras paseaba en otra ciudad, sin estar preparado para la dura bienvenida que había de recibir. Le habían robado, golpeado, y dado por muerto. Si no hubiera sido por la amabilidad de unas gentes bondadosas, no estuviera montando en Toulouse hoy.

Ahora, sabio por aquella experiencia, Malcom estaba circunspecto, echaba un vistazo a cada lugar secreto y cada sombra escondida por donde un hombre --u hombres-- podrían salir repentinamente.

La calle se estrecho hasta que los grandes edificios de cada lado no dejaban entrar la luz del sol para alcanzar el adoquín. El aliento del caballo ahora era visible en el fresco aire de la tarde. Los cabellos detrás del cuello de Malcom se levantaban. Su sexto sentido lo alertaba del peligro acechante.

Entrenado en imperturbabilidad, la mano de Malcom se deslizo sobre la empuñadura de su amplia espada. La espada se podía desenvainar en un instante—habilidad adquirida por años de luchar.

El camino estaba demasiado estrecho como para darse la vuelta y regresarse; no tenía otra opción mas que seguir adelante. Siguió, firmemente pero despacio. Como desconocía la calle, no quería espolear a su caballo y arriesgar al animal a resbalarse o caerse.

Mientras el camino torció a la izquierda, el sonido del metal raspando contra la piedra capto el oído de Malcom. Aquellos que lo acechaban en las sombras se estaban acercando. Siguió prudentemente.

Ahora los sonidos del mercado habían desaparecido. Dentro de las casas podía escuchar el estrepitoso ruido en la cocina, y de cuando servían las mesas. También podía oír las indistinguibles voces, hablando en Langue d'Oc, el dialecto del sur de Francia.

Las sombras se oscurecieron, mientras el sol se metía. Los diminutos rayos de luz que habían podido iluminar la calle momentos antes, habían desaparecido.

De pronto al darse vuelta en una curva, se topo con un patio, luz entro a raudales por una ventana abierta. Un fuego estaba ardiendo en la gigante casa en medio del mesón.

— ¿Quién va ahí?—Grito una voz.

— Un extraño, — Malcom contestó.

—¿Y que puedo hacer por un extraño?—La voz prosiguió.

— Busco hospedaje,—dijo Malcom, sin poder descifrar de donde provenía la voz.

— Entonces, bienvenido extraño,—respondió la voz, la aprensión evidente en los primeros dos intercambios ahora estaba ausente.

Un hombre joven y alto salió de la puerta trasera del mesón. —Bienvenido a nuestro humilde alojamiento,—grito Guy en una voz que a Malcom le parecía mas alta de lo normal.

— Gracias,—replico Malcom en su marcado acento Langue d'Oil—el lenguaje hablado en el norte de Francia. (Los dos dialectos, Langue d'Oil, y Langue d'Oc eran lo suficiente similares para que el que lo hablara pudiera entender—aunque muchas veces no perfectamente—lo que el otro esta hablando.)

Los agudos oídos de Malcom pudieron captar el sonido de varios pies escabulléndose de regreso por el oscuro callejón por donde acababa de pasar.

Guy camino hacia Malcom, su mano extendida para agarrar la brida del caballo. —Talvez se pregunte, señor, el porqué hable con voz tan alta, pero le diré, aquí es muy peligroso. Hay aquellos que toman como victimas a extraños, aun a los que están tan bien armados como usted. Me atrevo a decir que fue el mirar a esa espada medio desenvainada en su mano, y los otros finos armamentos colgados de la silla de su caballo, lo que los detuvo tanto tiempo de atacarle.—

— Presentí su presencia,—dijo Malcom, —pero pensé que esta área era conocida por la gente fiel y honesta que la habita.—

—La es —replico Guy, —pero hay aquellos que han venido del norte, que se han correspondido al Obispo Odo, y son sus sirvientes de día, mientras que en la noche emplean aprovecharse como ladrones y maleantes. Un extraño es un blanco bastante tentador. Pero venga, ya se fueron. Póngase cómodo. Tomaré a su caballo y lo amarrearé en el establo.—

—Gracias,—dijo Malcom mientras se desmontaba, sus articulaciones doliéndole ligeramente de haber pasado las últimas ocho horas en su caballo. —Una buena comida y un buen descanso es lo que necesito. Solamente ten cuidado con mis armas. Son mi sustento, porque soy un soldado. Una vez que la bestia sea alimentada y saciada, trae las armas a mi cuarto por favor.—

—Desde luego, señor,—respondió Guy. La bestia mitigada de la mayoría de su carga caminó mas ligeramente mientras Guy la guiaba a los establos detrás del mesón.

Malcom camino hacia el cuarto, brillantemente encendido por el fuego en todos su resplandor. Sus llamas saltaban y acariciaban el aire, dando sombras todo alrededor. Había varias mesas cerca de la puerta, pero el lugar estaba desierto. Por varios minutos Malcom estuvo calentándose en el fuego. Y después camino hacia una esquina de la mesa, se estiro una vez mas, y se dejo caer pesadamente.

Para ese entonces, Eloisa había salido de la cocina que estaba atrás, cargando una jarra y una copa. Malcom no advirtió su presencia hasta que estaba ahí en su mesa. Mirando sobresaltado, sus ojos se sorprendieron mucho mas al ver a la belleza que estaba enfrente de el.

El pelo dorado de Eloisa caía por sus hombros hasta su espalda. Su hermosa cara y rasgos delicados fueron realizados cuando el Escocés se le queda viendo y ella se sonroja. Su simple vestido café, obviamente bien gastado, parecía desnudo en contraste con la hermosa figura que lo envolvía.

—Vino, monsieur,—dijo ella, con la mirada baja.

—Sí,—replico Malcom. Trato de pensar en algo mas que decir, pero era incapaz de encontrar las palabras.

—Le traeré un poco de sopa y pan.—

—Si,—replico Malcom, una vez más reducido a la misma respuesta monosílaba.

Eloisa se dio la vuelta, y rápidamente se dirigió de regreso a la cocina. [To continue](#)

De repente, Malcom se dio cuenta de que otra figura estaba en el cuarto, y se volteó para ver al joven que le había salido al encuentro momentos antes, inspeccionando la escena con una sonrisa sutil y perpleja.

—Puse la silla y las armas en su cuarto.—dijo Guy.

Malcom, avergonzado de que lo hubieran pescado mirando a la muchacha, y sin saber si era la esposa, hermana o si era meramente la sirvienta, gruñó una palabra de aprecio y fijo la vista en su copa de vino. Guy paso por alto la chimenea y fue a la cocina.

De repente, Malcom se dio cuenta de que otra figura estaba en el cuarto, y se volteó para ver al joven que le había salido al encuentro momentos antes, inspeccionando la escena con una sonrisa sutil y perpleja.

—Puse la silla y las armas en su cuarto.—dijo Guy.

Malcom, avergonzado de que lo hubieran pescado mirando a la muchacha, y sin saber si era la esposa, hermana o si era meramente la sirvienta, gruñó una palabra de aprecio y fijo la vista en su copa de vino. Guy paso por alto la chimenea y fue a la cocina.

No mucho después, Eloisa regresó, esta vez cargando una bandeja con un plato y pan.

Malcom, nunca cómodo entre las mujeres, continuo mirando hacia su copa.

Eloisa puso la comida frente a el, y se dio la vuelta para irse.

Malcom se lavató, —¡Pare!—

Eloisa se quedo paralizada, temerosa de las intenciones de este hombre.

—¡Yo, yo, yo ... le agradezco!—Malcom tartamudeó. —Gracias. Solo quería darle las ... ¡gracias!—

Una trémula sonrisa cruzó el rostro de Eloisa, mientras se daba la vuelta y salía rápidamente a la cocina. Su hermano Guy, mirando por la ventana desde la cocina hacia el área del comedor, había observado el difícil encuentro y soltó una carcajada mientras ella regresaba.

—Bueno, eso si que fue vergonzoso.—

—¡Para!—le regañó Eloisa.

—Parece que has pescado a un soldado de buen parecer—bueno para ser soldado. La mayoría de ellos no son mas que rufianes que vienen del norte para explotar a la gente de aquí.—

Eloisa sabía bien a lo que Guy se refería. Estos norteros no eran tan gentiles como las caballerosas gentes del sur, pero eran más toscos, busca-pleitos y enojones. Pero este joven con el acento extraño parecía diferente. Eloisa se hundió en una silla en la esquina de la cocina.

—¿Me pregunto que quiere aquí?—dijo. —Me pregunto si viene a trabajar para el obispo insensato.—

—Shh,—dijo Guy. —No hables de el así. Nunca sabes donde están sus espías.—

—¿Ah, porque siempre tenemos que temerle a ese hombre?—

—Porque,—respondió Guy, —es poderoso. Y él es la voz de la iglesia que trata de dominar nuestras vidas. Pero ven, tratemos de terminar temprano esta noche. La reunión es a las nueve.—

Eloisa se volvió a parar y se apuró con el resto de sus quehaceres.

Mientras tanto, Guy se adelantó al comedor.

— ¿Hay algo mas que quiera esta noche señor?—dijo Guy.

—No, gracias,—suspiró Malcom. —Solo necesito una buena noche de descanso.—

—Muy bien,—dijo Guy. —Su cuarto esta arriba subiendo por la escaleras. Voltéese a la derecha y baje hasta que termine el pasillo. Es nuestro mejor cuarto. Creo que encontrara todo lo que necesita. Mi hermana y yo vamos a salir muy pronto, pero si necesita algo, mi padre va a estar aquí.—

¡Hermana! Pensó Malcom, sin escuchar nada mas después de que esa palabra fuera pronunciada. *¡Entonces es su hermana!*—

— Gracias,—dijo Malcom con brusquedad. —Estaré bien.— —Muy bien,—dijo Guy, —que descanse bien, y le veremos en la mañana.—

—Gracias,—Malcom refunfuñó otra vez.

Los dos se inclinaron a la vez y una vez mas Guy desapareció a la cocina.

Malcom comió las últimas sobras de su sabroso cordero y sopa de verduras, y seco el resto con su pan. Terminando con su comida, agarró la jarra de vino y su copa y se dirigió hacia las escaleras.

Encontrando su cuarto, miró alrededor. Una sola vela iluminaba lo que era un cuarto simple pero placentero con una cama de paja en la esquina.

Malcom se desabrochó el cinturón que sostenía su vaina, y después puso la espada en el piso, junto a su cama. Estaría a su mano derecha, en caso que la necesitara en la noche. Este era un viejo hábito, porque un hombre en su profesión tiene que estar preparado para agarrar su espada en cualquier momento—aún cuando despertados de un sueño profundo. La habilidad de reaccionar rápido la mayoría de las veces significaba entre la vida y la muerte.

Malcom se quitó el resto de su gruesa vestimenta, con la que había vivido—la camisa de malla que usaba bajo su capote, y sus guangos pantalones. Solo con su simple túnica se dejó caer en la cama, y muy pronto se perdió en un dichoso sueño. Sus sueños aquella noche estaban llenos de hermosas jóvenes las cuales llevaban un parecido a Eloisa.

II — LA REUNION

Dos figuras, apenas distinguibles en las sombras, caminaban lentamente al lado del callejón y pasaron a la entrada del camino principal que va del norte al sur por la ciudad. El sonido de los soldados marchando por el camino empedrado impulso a los dos a volver sigilosamente a el oscuro callejón.

La rítmica trompeta sonó mas fuerte mientras las tropas se acercaban. Por un momento eran visibles desde el callejón, pero pronto ellos pasaron y desaparecieron por el camino.

—Son casi las nueve,—dijo Guy. —El cambio de Guardias.—

Estos guardias habían venido del cuartel adyacente al castillo del Conde Raymundo, y estaban marchando para sustituir a sus camaradas quienes habían estado vigilando las murallas de día.

Los dos se volvieron al camino principal y se dirigieron hacia el norte. Pronto estaban a la puerta de una pequeña panadería. Guy toco la puerta tres veces, hizo una pausa, y volvió a tocar dos veces más. Una mirilla se abrió y Guy podía ver a dos ojos mirándolo. La mirilla se cerró, seguida por el ruido de candados, cerrojos y picaportes que se abrían, y la puerta se abrió de golpe.

—¡Bienvenido, hermano Guy! Bienvenida hermana Eloisa,—dijo la amable voz.

—¡Buenas noches hermano Francisco!—dijeron los dos al mismo tiempo.

—¡Vengan! Los demás estamos aquí,—dijo Francisco mientras caminaban a la parte trasera de la tienda, pasaron los enormes hornos, y entraron a un cuarto donde otras quince personas hablaban sentadas.

—Ahora estamos todos,—proclamó Francisco.

Un hombre en la esquina del cuarto se movió y tomo posición frente a la mesa donde los otros estaban sentados.

—¡Bienvenidos hermanos y hermanas! Que la paz de Dios este con ustedes y bendiga nuestra congregación y llene nuestros corazones con Su amor. En el nombre de Su amado Hijo, Quien vino y murió y se levantó otra vez. Amén.—

—Amén,—dijeron en unísono.

—Bueno, mis hermanos,—el hombre continuó. —El nos ha bendecido y guardado.—

—Sí,—dijeron todos en coro otra vez.

Guy se quedó mirando a la amable cara deteriorada del orador. La luz de las velas en medio de la mesa centelleaba en sus ojos. Guy se sabía muy bien la historia de este hombre. Giles—porque ese era su nombre—había sido un sastre por muchos años. Se había convertido en un próspero comerciante en todo Tolosa. Sus ropas eran solicitadas por la aristocracia de la ciudad; ¡hasta había hecho ropas para el Conde!

Por medio de mucho trabajo había acumulado una pequeña fortuna, pero en sus años posteriores se sintió insatisfecho y decidió dedicar el resto de su vida a buscar la verdad. Era un hombre erudito, sabiendo leer y escribir, y así había empezado su búsqueda estudiando las obras de Augustino y a otros de los doctores de la iglesia. Sin embargo, se dio cuenta de que muchos de sus escritos lo dejaban confundido. Entonces continuó su búsqueda de conocimiento, verdad y otras áreas.

Aún había leído traducciones de algunos de los escritos Moros que habían llegado a Francia desde Córdoba y Granada y los otros reinos Ibéricos quienes todavía eran controlados por descendientes Musulmanes, invasores desde hace siglos. Los Musulmanes se habían familiarizado con los antiguos escritos de los Griegos por medio de su contacto con el Impero Bizantino, que todavía existía en Grecia y Asia Menor, y había traducido muchos de esos escritos al árabe. A la vez, estas obras Moras habían sido traducidas al latín por gente sedienta de más conocimiento de lo que se les permitía en la iglesia Católica.

Aunque los había encontrado interesantes, estos escritos habían dejado a Giles más confundido. La Biblia no estaba disponible para ser leída por hombres comunes como Giles. Algunos de los potentados de la iglesia estaban haciendo una campaña para que la lectura de las Escrituras fuera dominio exclusivo de aquellos que habían tomado las Ordenes Santas. Giles había leído pequeñas porciones de la Biblia, pero había concentrado su búsqueda de la verdad en otras direcciones.

No obstante, en Lyon conoció a Pedro Waldo, anteriormente un mercader como él, quien había abandonado todo para ser un predicador itinerario. Pedro le enseñó sobre la simplicidad de Cristo, y de cómo Jesús no había vivido la vida de los ricos y poderosos, como aquellos que clamaban su herencia ahora lo hacían, pero que era un simple carpintero Quien vivió con la gente común y predicó verdad y libertad.

Un día, mientras Giles escuchaba sentado, unas palabras en particular le llegaron muy hondo al corazón. Estas eran las palabras que el hombre había citado de la Biblia, ‘Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.’—Palabras que iban a llegar a ser el centro de su vida. Giles se dedicó a la predicación. Mas aun después de un tiempo Giles tuvo nostalgia por Tolosa, y ya que no estaba de acuerdo en todo lo que Pedro Waldo hacía y predicaba, Giles regresó a su ciudad natal.

Fue ahí que empezó a asociarse con varios de los Perfectos, los Puros, aquellos que guiaban las sectas de los Cátaros. Estos se habían abjurado a las maneras del mundo y se habían consagrado a vivir una vida asceta. De ellos, Giles aprendió mucho. Porque ellos efectivamente eran hombres honestos y fieles, y su estilo de vida hacía un agudo contraste con los campeones de la ortodoxia Católica, quienes vivían en lujuria y mal usaban sus oficinas religiosas para propósitos políticos.

En sus discusiones con los ‘Perfectos’, a Giles se le dificultaba aceptar algunas de las doctrinas que ellos proponían. Además se dio cuenta de que a menudo tenían desacuerdos entre sí, pero sus desacuerdos no daban cabida a fogosas alteraciones. En vez, eran aceptados como simples diferencias de interpretación.

Giles había rechazado algunas maneras de los “Perfectos”, porque no pensaba que el ayunar de carne fuera necesario, ni que tuviera que renunciar la compañía matrimonial con su esposa. Pero muchas de las otras enseñanzas—vivir simple, rechazar posesiones terrenales y dedicarse a la vida religiosa—estas había adoptado.

Entonces, su grupo lo consideraba como un Perfecto, aunque todavía no había pasado por el consolamentum, el rito de iniciación a la vida Perfecta como aquellos Cátaros que querían entrar a la categoría de los Perfectos lo habían hecho. Una gran anatema había sido proclamada sobre todos los Cátaros por el Papa anterior, y su movimiento había sido suprimido. Entonces estos se reunían en secreto, extrayendo su consuelo de la fe entre ellos, compañía y compañerismo.

Mientras Guy repasaba todo esto en su mente, se perdió la mayoría de la homilía de Giles. Sus pensamientos se apresuraron a la tierra cuando escuchó a los demás decir, —Amén, que así sea.—

Ahora todos se habían levantado abrazándose unos a otros.

—Ve en paz, Guy,—dijo Giles.

—Gracias, hermano Giles,—respondió Guy. —Es un consuelo tener a alguien como tú para guiarnos.—

—Encuentra tu consuelo en Dios, joven—no en mí,—dijo Giles. —El es el que realmente nos guía. Nosotros somos sus siervos, inseguros de hacer Su voluntad.—

—Amén,—replicó Guy, sabiendo como Giles odiaba cualquier tipo de halago. No quería proseguir con el tema, pero Guy admiraba a Giles grandemente.

Giles se volteó hacia Eloisa. —Y que Dios te bendiga a ti también, mi niña. ¿Cómo has estado?—

—Bien,—dijo Eloisa, —Dios ha sido bueno con nosotros y nos ha guardado.—

—Amén,—dijo Giles, —pero debo advertirles, que no durará para siempre, porque he escuchado rumores de que aquel que se sienta en el trono de Pedro desea hacernos daño en una manera más grande, de lo que ya ha pasado. Ahora debemos prepararnos, para que podamos resistir en el día malo.—

Una mirada de temor cruzó el rostro de Eloisa.

—¡Oh, no te preocupes, querida!—dijo Giles. —Estoy seguro de que Dios nos cuidará, justo como lo ha hecho otras veces.—

—Amén,—replicó Eloisa con decisión.

Giles se dio cuenta de que sus promesas no habían surtido el efecto que había estado esperando, pero no deseando continuar con el tema, beso a Eloisa en las dos mejillas, deseándole buena suerte y una buena noche.

Francisco el panadero estaba guiando a la otra gente para que saliera por la puerta de enfrente. —¡Guarden silencio!—dijo. —Y péguense a la oscuridad hasta que estén lejos de aquí. No queremos que ni los “ojos ni oídos” del obispo nos vean esta noche.—

—Amén, hermano—dijo Guy, mientras se escurría por la puerta. Eloisa siguió junto a el, mientras los dos se hicieron paso por la calle. Pronto estaban en el callejón de donde habían salido antes. Dieron la vuelta y desaparecieron en la oscuridad.

*

El aroma del incienso era casi abrumador en la pequeña guarida que el Obispo Odo usaba como su sanctum sanctorum. Con pluma en mano, se apiñó sobre papeles. La luz de la lámpara de aceite en la pared reflejaba su calvo cráneo. Los escasos cabellos blancos que le quedaban alrededor de las orejas estaban bien cortados. Continuó escribiendo mientras los dos hombres en frente de el esperaban en silencio. Uno de ellos era enorme con cara bestial, una ancha cicatriz, tan torcida como su nariz, le cruzaba su mejilla y desaparecía en su rala barba negra. El capote que usaba llevaba las armas del Obispo Odo, significando que era sargento de armas, encargado del pequeño séquito de escuadrones privados del obispo.

El otro hombre usaba las vestimentas de un sacerdote.

—Tenemos que hacer preparaciones,—decía el Obispo Odo, —porque el legado papal estará aquí en una semana para presentarse al Conde Raymundo con la orden del Papa para que de una vez por todas podamos suprimir a los heréticos.—

Los otros dos permanecieron callados.

—Tenemos una gloriosa oportunidad aquí de redimir a este país de la maldición de esta herejía. El legado papal está en camino, y quiero que le lleven este documento. Es mi compromiso personal asistirlo en todo lo que pueda, y a comprometer todos mis medios para ayudarle a convencer al Conde Raymundo de su error en tolerar esta herejía. Y después, si su discusión tiene éxito, comprometeré todo lo que esta en mi poder para suprimir y desarraigar a estos paganos. Porque están en grave error desafiando la autoridad de la iglesia en asuntos espirituales y temporales.

Los ojos del Obispo Odo ostentaron hacia arriba. El hombre alto con la cicatriz retrocedió. Aunque había estado al servicio del obispo por muchos años, nunca se había acostumbrado completamente la frialdad que emanaba de los ojos del prelado.

El Obispo Odo se levantó con dificultad, revelando que era mas bien un hombre corpulento. Era el hijo menor de un noble sureño y, como era en esos días, para poder asegurar la herencia de su hermano mayor, lo habían

mandado al sacerdocio. A la edad de 15 años había entrado al monasterio en Reims, donde había recibido la tonsura —una pequeña pieza singular rapada atrás de la cabeza— significado que estaba destinado a una vida de clérigos.

Sin embargo, siendo el hijo de nobles podía permitirse algunos beneficios. Pronto después de haber tomado sus votos, a Odo se le dio una posición en las cortes reales. Entonces había sido notado por el rey, quien con su poder podía nombrar obispos dentro de su reino de Francia.

Siete años anteriormente, después de varios nombramientos en las tierras del norte, a Odo lo nombraron obispo de Tolosa. Pronto se dio cuenta de que con desprecio eran considerados los norteños. Ahora vio su oportunidad para exigir venganza sobre estos quienes no lo habían tratado con la admiración y respeto que pensaba que le hubiera de dar.

*

El Conde Raymundo se sentaba en medio de un pequeño grupo de consejeros. Entre ellos, su cuñado Godfrey; su sobrino, Guillermo; otro sobrino, Raymundo-Rogelio Trencavel; y el consejero del Conde, un hombre de cualidades y habilidades pero no de nacimiento noble, conocido como Roberto de Avignon.

El abuelo del Conde Raymundo, había sido uno de los líderes de la primera cruzada. Se había ganado el respeto de los otros cruzados—y el odio de algunos—porque había ido con un corazón honesto y puro, y no daba cabida a las ambiciones políticas de algunos para materializarse. Había tratado de mantener la cruzada en su noble misión indicada de liberar la Tierra Santa, y regresar su administración a su Imperio Bizantino, quien lo había reinado anteriormente. Solo había sido parcialmente exitoso en esto y varios reinos cruzados habían sido establecidos en la supuestamente tierra liberada, pero se mantuvo firme a sus principios y rehusó la corona del recién fundado reino de Jerusalén.

Eso fue hace muchos años, pero la enemistad todavía estaba entre los condes de Tolosa y algunos de las casas de los barones del norte, cuyas ambiciones el abuelo del Conde Raymundo había frustrado.

Ahora Inocencio III, quien había sido Papa unos años atrás, quería levantar otra cruzada para reclamar la Tierra Santa una vez más a la Cristiandad. Cuando el resultante ejército cruzado, manipulado por los intereses de comercio de Venecia y la intrigas del palacio Bizancio, atacó y saqueó a Constantinopla en vez de cumplir su comisión de conquistar la Tierra Santa, se volvió a asuntos que estaban más a su alcance. Ahora se había resuelto en restaurar el sur de Francia y el norte de Italia a la iglesia, y quitar la herejía de los Cátaros.

El Conde Raymundo, se había enterado unas horas atrás, de la expedición desde Roma de Pedro de Castelnau, el legado papal.

Los cinco hombres hablaban en voz baja, porque no querían que lo que estaban hablando saliera más allá del cuarto en donde estaban.

—Muy pronto vamos a estar en una situación bastante difícil,—dijo el Conde Raymundo. —Castelnau me va a pedir que suprima las sectas de los Cátaros en mi reino. Pero estas sectas se han ganado la admiración y respeto de la mayoría de mi pueblo. ¡Vaya, hasta les llaman los *bons hommes*, los buenos hombres! Si los suprimo me ganará la enemistad de mi propia gente. La prosperidad de nuestras tierras también disminuiría, porque los adherentes a esta fe son algunos de los más trabajadores entre los habitantes. Pero si me rehuso a reprimirlos, me gano el disgusto papal y el riesgo de la censura.—

—En realidad es un problema bastante complejo, hermano,—dijo Godfrey.

—En verdad lo es, Señor,—dijo Roberto, —pero debe de haber alguna manera de cambiar la situación. Este es un problema espinoso.—

Los dos hombres más jóvenes se quedaron callados, no teniendo tanto para contribuir a tal conversación, y dándose cuenta que el problema no se iba a resolver simplemente.

Guillermo sofocó un bostezo atrás de su mano aguantada.

—Veo que estas cosas te aburren,—le dijo el Conde Raymundo a Guillermo.

—Para nada, tío,—dijo Guillermo. —Solo que ya es tarde, y he tenido un día largo. Veo el dédalo de este problema y temo que no tengo mucho consejo que ofrecer.—

El Conde Raymundo sonrió afectuosamente a Guillermo, porque aunque era un joven descarado y dado a la salvaje lasciva de la juventud, también era amable y generoso, casi a la crítica. Era como un segundo hijo para el Conde, más aparte era un buen amigo y la hacía de tío mentor para el hijo del Conde, que también se llamaba Raymundo, quien todavía era niño y muy joven para formar parte de las decisiones del estado tal como esta.

—Bueno, jovencito, así es como se aprende a ser sabio, escuchando la sabiduría de otros. Porque algún día, vas a tener que sentarte aquí como tu padre lo hace conmigo, y actuar como consejero de mi hijo. La hora es tarde, pero el problema esta presionando y solo tenemos unos pocos días para surgir con una solución. Pero otra vez, talvez nos haría bien dormir con esto, y ver si nuestras mentes están mas claras en la mañana. Tenemos que reunirnos otra vez y tratar de resolver este desastre.

—¡Oh, si la gente solo nos dejara solos, seriamos un área feliz y próspera! Alguien siempre nos esta causando problemas, ni el menor de ellos siendo el loco obispo, como le llama la gente común. Me pregunto, ¿qué hará al respecto? Pueden estar seguros de que va a tratar de levantar antagonismo hacia mí.—

—¡Ese hombre loco!—dijo Guillermo, —¡ojalá pudiéramos terminar con él, de una vez por todas!—

—Sí,—dijo Raymundo, —pero es un dicho sabio, que al diablo que conoces es mejor que al que no conoces. Y por lo menos hemos estado alrededor de el por siete años. Sabemos como piensa y como actúa. Esa es nuestra protección. Pero asegurate, Roberto, de que nuestros “ojos y oídos” nos digan todo lo que hay que sabe se necesita saber de lo que hace el obispo, al igual que estoy seguro de que sus “ojos y oídos” le dicen sobre nosotros. Bueno, buenas noches, caballeros. Y que Dios les dé a todos un buen descanso. Hasta mañana.—

—¡Hasta mañana, Señor!—

III — EL MENSAJE

El sol apenas había salido cuando antes Malcom ya se había levantado y estaba listo para empezar el día. Era un chico de provincia de corazón, y había aprendido que la única manera para satisfacer sus ansias y ayudarle a sentirse satisfecho con su vida en la ciudad era tomando paseos regulares en el campo, lejos del bullicio y agitación, la suciedad y mugre.

Dejando la mayoría de su armadura y armas en el cuarto—excepto su espada, quien era su compañía constante—Malcom se encaminó hacia abajo y luego a la casa grande, donde ya había un fuego ardiendo. Mientras tanto paraba para calentarse las manos, Guy entró por la puerta de enfrente.

—Va a tomar un rato antes de que el desayuno esté listo, señor,—dijo Guy.

—Entonces regresaré mas tarde,—dijo Malcom, —quiero ir a pasear temprano en la mañana, y sacar el aire de la ciudad fuera de mi cabeza.—

Guy se rió amigablemente, porque el también encontraba la vida de ciudad sofocante.

—Entonces, ¿se quedará con nosotros cuando regrese?—

—Me gustaría, pero tengo que ver que tiene esta ciudad para mí.—

—Mmm,—dijo Guy. A Malcom le parecía que Guy estaba pensando en su último comentario. —Su caballo ya comió y bebió esta mañana,—Guy añadió.

—Que bueno, gracias,—dijo Malcom. —Entonces iré al establo y le veré después.— Malcom pensó en la idea de pedirle a Guy que le saludara a su hermana, pero decidió que se vería muy presuntuoso.

—Muy bien, señor,—replicó Guy.

Malcom encontró a su caballo en el establo, lo montó y pronto estaba trotando en la calle principal y fuera de las puertas de la ciudad, con dirección al norte.

*

Malcom no había sido el único jinete que había salido esa mañana; tres otros mas habían salido al amanecer, en cuanto las puertas de la ciudad se abrieron.

El líder de los tres era el sargento de armas que había estado frente al Obispo Odo la noche anterior. En la bolsa que llevaba alrededor de su cintura había una carta sellada, proyectada para Pedro de Castlnau, el legado papal. Estos tres se habían recorrido varias millas al sur de la ciudad cuando hicieron una pausa para dejar que sus caballos bebieran del río, antes de irse en dirección al este en camino hacia Marsellés, por donde anticiparon que el legado y su partido estarían viajando.

El lugar que escogieron para dar de beber a sus caballos estaba a solo unas cientos yardas del campamento gitano.

Bernardo—ya que ese era el nombre del sargento—estaba contemplando tranquilamente en dirección a ese campamento cuando vio lo que le pareció que era la cabeza de una mujer asomándose del agua. Bizqueando los ojos, se estiró para tener una mejor vista. Aparentemente la persona no lo había visto.

Desmontándose de su caballo, señaló a sus dos compañeros para que hicieran lo mismo. Silenciosamente se movieron por la rivera. Llegando a cierto punto un poco más adelante, bajo un supurar de sauces que sobralían de la orilla, vio una pila de ropa. Por las prendas dedujo que en verdad era una mujer, y que más, estaba nadando desnuda.

El y otros dos intercambiaron unas miradas que inmediatamente traicionó sus nobles intenciones, y se deslizaron detrás del follaje, sus ojos pegados a la figura distante. La mujer ahora estaba nadando en su dirección, sin sospechar que tres hombres la estaban mirando con fondo anticipante. A los tres hombres les parecía como si tomara una eternidad, pero lentamente se hizo paso hasta la orilla.

Esme sintió sus pies tocar el lodo suave del fondo del río y empezó a caminar por el agua hacia el lugar donde había dejado su ropa. Los tres hombres la miraron ávidamente desde su posición ventajosa de donde estaban escondidos. Mientras salía del agua casualmente, la luz del sol se reflejaba en su piel morena. A un paso lento y agonizante su cuerpo fue revelado más y más mientras salía del agua. Efectivamente todo su cuerpo desnudo era visible. Lentamente se volteó hacia su pila de ropa y mientras se agachaba para levantar su vestido, uno de los acompañantes de Bernardo no pudo controlarse y dejó salir un grito de asombro que no pudo contener.

Sobresaltada, Esme se dio la vuelta, pero antes que lo pensara, los tres hombres la habían rodeado. Modestamente trató de esconder su desnudez poniéndose el vestido en frente de ella.

—Vamos, hermosa,—dijo Bernardo. —No tienes que tener pena con nosotros. Déjanos ver lo que queremos ver.—

—¡Cerdo!—siseo Esme. —¡Bestias! ¡Brutos!—

—Ah, ¡esta tiene espíritu de lucha!—exclamó Bernardo. Sus dos acompañantes se rieron tontamente.

—¡Vamos, déjanos hacer lo que queremos contigo, pues no eres más que una joven salvaje gitana!—

—¡Preferiría morir antes de ser tocada por ustedes!—Esme les gritó en la cara.

—¡Ah, vamos! ¡No hables así!—

—¡Dije que prefiero morir!—

—¡Bueno, pues entonces deberías!—

—¡Acérquense y gritaré como loca!—

—¿Y que hará eso?—dijo Bernardo. —¿Acaso vendrá tu papi o talvez tu hermano corriendo? ¿Y después qué? ¿Tendremos que matarlos a ellos también?—

—¡Váyanse! ¡Déjenme sola!—Esme gritó, mientras trataba de retroceder hacia el agua.

Habiendo anticipado ese movimiento, uno de los hombres de Bernardo, se deslizó entre ella y el río, evitando su escape al retroceder.

Bernardo caminó hacia la joven, y extendió su mano jalándole el vestido. Una lucha se originó, Bernardo tratando de jalar el vestido y Esme, aferrándose a él furiosamente. Pronto el pobre vestido se partió a la mitad con un fuerte rasgido, y Esme se quedó con un pequeño fragmento en sus manos.

—Aja,—dijo Bernardo triunfantemente, —agárrenla y que todos hagamos lo que queremos con ella.—

—Dejen sola a la damisela,—dijo una severa voz que procedía de la cima de una colina alrededor de 20 yardas de donde esto estaba sucediendo.

—Vete de aquí,—le dijo Bernardo a Malcom. —Este no es asunto tuyo. Solo es una pagana ramera gitana.—

—No me importa lo que es,—dijo Malcom. —Pero lo que sí me importa es que obviamente esta disgustada con sus intenciones.—

—Mira, esta no es tu camorra,—dijo Bernardo. —Vete de aquí antes de que te arrepientas de haber interferido.—

—Me atrevo a decir que eres tú el que esta arrepentido de que interferí,—le dijo Malcom al hombre, a quien ahora le había tomado un disgusto en particular. —Sabes, esa cicatriz en tu cara brilla más roja desde aquí.—

Bernardo odiaba a la gente que se burlaba de la manera en que su cicatriz destellaba cuando se enojaba. —Mira, si quieres ser campeón de esta marrana, entonces tendrás tres espadas con las que contender.—

—No me das otra opción,—dijo Malcom. —Soy un hombre de honor, y si esta querida dama me quiere como su campeón entonces lo tendré que ser.—

Esme se quedó boquiabierta. ¡Ser fuerte de brutos como Bernardo no era nada nuevo, pero tener a un extraño ni siquiera su propia gente estar dispuesto a ser campeón suyo en contra de tres era algo completamente desconocido!

—¿Entonces me quiere como campeón, señorita?—preguntó Malcom.

—Señor, no sé quien es usted,—Esme replicó, —pero estoy grandemente honrada de que se digne a defender a alguien como yo.—

—Muy bien,—dijo Malcom, —así será. Te desafío, bribón, ¡una pobre excusa para un hombre! En el nombre de esta hermosa dama, quien rudamente ha maltratado. A sus armas, señor, ¡porque tengo una lección que enseñarle sobre los modales!—

—¡Usted presuntuoso mantecado!—se mofó Bernardo. —¡Eres un tonto! ¡Esta mañana eres hombre muerto! ¡Agarren a la mujer!—le ordenó a uno de sus hombres. —Creo que dos de nosotros es todo lo que se necesita para enseñarle a este extranjero una lección. Es una pena que no sobrevivirá para usarla.—

Uno de sus compañeros agarró a Esme de los brazos, mientras los otros sacaban sus espadas y caminaban hacia la colina donde Malcom estaba.

Malcom sacó su espada lentamente y le habló suavemente. —¡Hoy les enseñaras a estos dos brutos rufianes una lección la cual nunca olvidarán!—

—Entonces los dos pelearán conmigo! Bueno, me imagino que es justa disparidad para unos gamberros contratados como ustedes,—dijo Malcom provocativamente.

Bernardo y su compañero lo rodearon, agarrando a Malcom en el medio. El acompañante de Bernardo se abalanzó primero, balanceando su espada blandiendo su espada furiosamente hacia Malcom. Malcom inmediatamente eludió el primer blandir, y después hábilmente se movió de lugar mientras el otro, llevado por su propio ímpetu, se abalanzó pasando a Malcom y estrellándose con su propio sargento.

—¡Tonto!,—le dijo Bernardo entre dientes al desgraciado hombre, quien buscaba como desenredarse de Bernardo.

Bernardo fue el siguiente que atacó. Malcom y Bernardo se eludieron, y empujaron, y chocaron y viraron uno contra el otro. Aunque Bernardo tenía muchos años de experiencia como soldado, pronto fue evidente de que le faltaba la habilidad de su oponente mejor entrenado.

Los otros guardias otra vez se unieron, y pronto Malcom se encontró forzado a ir colina abajo, bajo los golpes de dos hombres. Malcom pronto se dio cuenta de que por lo menos necesitaba deshacerse de uno en la lucha. Con destreza se movió a un lado mientras el segundo soldado blandía, Malcom le dio un espadaso debilitante a la pierna del hombre. El hombre dejó salir un grito mientras se desplomaba al piso, la sangre salía a chorros de la herida.

—¡Deja a la mujer, y únete conmigo!—le ordenó Bernardo al soldado. Tirando a Esme al piso, el tercer hombre sacó su espada y fue cuesta arriba a la cima para encontrarse con Malcom. Pronto, Malcom se encontró titubeando otra vez bajo los blandires de sus dos oponentes. Reuniendo toda la habilidad que había aprendido en la batalla, Malcom esquivó y tropezó al recién llegado, quien fue rodando cuesta abajo.

En ese momento Bernardo asió la oportunidad para darle duro a Malcom. Malcom paró el espadaso con su espada, pero no pudo evitar caerse, su espada se estrépito al suelo, a unos pies de él. Desarmado y sin ayuda, Malcom levantó la vista para ver a Bernardo levantar su espada para lo que él había estado anticipando como el *coupe de grace* de el encuentro. Justo en ese momento, cuando la espada de Bernardo empezaba a bajar, le golpearon fuertemente el casco y se cayó inconsciente al lado de Malcom. ¡Bernardo no supo que le pegó!

Malcom miró para ver a un joven con una amplia sonrisa y con una pequeña pero pesada maza en su mano. —bueno, ¿no podíamos dejar que los soldados del obispo mataran, o sí?—dijo Guillermo.

—Estoy muy agradecido,—dijo Malcom a su desconocido libertador.

—¡Este es un excelente desastre!—uno, dos tres ... Bueno esa es la única disparidad con la que el obispo le gusta jugar,—dijo Guillermo.

—¿Entonces estos son los soldados del obispo?—dijo Malcom.

—Sí. Puedes darte cuenta por lo que usan, la capa de armas y sus túnicas.—

Malcom miró alrededor para buscar a la chica. Sus ojos la encontraron escondiéndose detrás del árbol de sauce, habiéndose vestido en lo restante de su vestido y otras ropas.

—¿Estas bien?—Malcom le gritó.

—Sí, señor ...—dijo Esme, mientras se arriesgo a salir lentamente.

Guillermo se volteó a ver, de pronto de quedó atónito por la belleza negra de la mujer. Normalmente un joven entusiasta, se encontró sin habla.

Malcom lo miró. —Encontré a estos tres hombres tratando de hacer de las suyas con esta niña.—

—No soy una niña, señor,—dijo Esme. —Tengo dieciocho años.—

—Mil disculpas señorita,—dijo Malcom, burlándose un poco. —Siendo el hombre noble que soy,—bromeó, —no podría haber dejado a estos tres brutos que siguieran con sus intenciones.—

Malcom inspeccionó la escena. El soldado que había sido herido en la pierna se desmayó del dolor y pérdida de sangre. El segundo, quien parecía haberse pegado en la cabeza contra una roca en su caída, se había desplomado al fondo de la colina. Bernardo estaba extendido a unos cuantos pies de los dos hombres.

—Estoy muy agradecido por su intervención,—dijo Malcom, mientras se daba la vuelta para ve a Guillermo todavía mirando, paralizado, con Esme.

Guillermo salió de su éxtasis. —Era lo menos que podía hacer,—dijo tartamudeando. —No soy el tipo de hombre que ve a un hombre siendo atacado, y no interviene. Mujer, ¿cuál es tu nombre?—

—Soy Esme, hija de Ricardo, el gitano español cuyo campamento está mas allá.—

—¡Ah, los gitanos! Dicen que son un montón de vagabundos, rateros y sanguinarios, adivinos y brujos.—

—Somos gente simple que nos ganamos la vida siendo calderos,—dijo Esme, defendiendo a su familia. —No somos maleantes, ni mentirosos, ni estafadores, como su gente supone.—

—Mmm, no sé que creer sobre estas cosas,—dijo Guillermo, —pero una tan hermosa como usted necesita ser cuidada de gente como esta. Rápido, le aconsejo que le diga a su padre lo sucedido. Tienen que irse rápido de aquí, porque cuando estos despierten sin duda buscarán hacerles daño.—

—Pero el hombre esta herido. ¡Tengo que ayudare!—dijo Esme. —No puedo dejar que se desangre aquí hasta morir.—

—¿Por qué? ¡Este hombre estaba trataba de violarla!—replicó Guillermo. —¿Por qué tiene que ayudarlo?—

—Porque se ha hecho daño,—dijo Esme, —y no puedo dejarlo aquí para que muera.—

—¡La lógica de esta mujer!—exclamó Guillermo en asombro. —Pero deseo, que si alguna vez me lastimara, cayera en las manos de alguien tan tierna y misericordiosa como usted, señorita.—

—Me mofa, señor,—dijo Esme.

—Un poco,—dijo Guillermo, —pero muchas palabras verdaderas se hablan en broma. Venga, veamos si podemos arreglar su herida, y cuando se levanten sus acompañantes, pueden cuidarlo desde ahí.—

La cortada era bastante profunda, y el flujo de sangre había sido profuso.

—Necesitaré algunas hierbas,—dijo Esme, —correré para traerlas.—

Esme se dirigió hacia la caravana. Mientras tanto Guillermo miró a los tres hombres y se rascó la cabeza. — Me pregunto que trae a los hombres del Obispo Odo tan lejos del pueblo,—Guillermo expresó. —¡Ajá! Puede que el secreto este en esa bolsa!—se agachó, aflojó la correa que ataba la colapa a la bolsa, y saco una carta sellada.

—¡Ajá! ¡Un mensaje para el legado papal!—dijo Guillermo. —Me pregunto que le estaba preguntando Odo, y me pregunto que sería tan importante para que adelantara a sus hombres para que le dieran esto, en vez de esperar para entregar su carta una vez que el hombre llegará a Tolosa.—

Mirando alrededor para asegurarse de que ningún hombre había recobrado la conciencia, Guillermo rompió el sello de cera y abrió la carta.

—Para su excelencia Pedro de Castelnau de Odo, Obispo de Tolosa.—Guillermo corrió sus ojos sobre la escritura en latín, ya que era la lengua oficial para todas las comunicaciones, ambas religiosas y seculares, en esta época.

—Es de Odo, diciendo que esta ofreciendo todos sus servicios en cooperación al legado para persuadir a Raymundo, el Conde de Tolosa, en presionar una mayor persecución contra los Cátaros de la región de Languedoc. Bueno, esto sabía, que Odo cooperaría y hasta empujaría por esto, porque esto es lo que ha querido por tanto tiempo. ¿Pero que es esto? Dice que tiene a alguien, un íntimo confidente unido a el Conde, quien esta informando a Odo de todas las intenciones del Conde, y por lo tanto puede proveer buena inteligencia con la cual pueden ser mas persuasivos en sus argumentos.

—¡Por Dios! ¡Hay un traidor! ¡Hay un traidor cerca de mi tío! ¡Un falso traicionero!—dijo Guillermo el color levantándosele de la cara. —Luego dice que este informador podrá continuar dándoles información valiosa, y que ya tiene desde el castillo del séquito del Conde, y que pronto va a poder entregarle la lista el mismo—ese es, Odo—y que Odo pasará la lista al legado, como el representante del Santo Padre.

—¡Dios mío, que traición!—exclamó Guillermo.

Malcom se había quedado callado durante todo esto, dándose cuenta que había algo más tramado de lo que por el presente podía comprender.

En ese momento, Esme regresó con su padre, y estaba preparando una cataplasma contra de hierbas para ponerle en la herida. El soldado herido gimió mientras le pusieron la cataplasma en la cortada y empezaron a vendarla.

Aunque el sello estaba roto, Guillermo deslizó la carta de regreso en la bolsa de Bernardo.

Esme y su padre terminaron de curar y vendar la herida del soldado y se levantaron para irse.

—Gracias otra vez, caballero,—dijo Esme, —por venir a mi rescate.—

—Fue un placer,—dijo Malcom.

Guillermo se quedó mirando a la hermosa gitana una vez más. —Señorita,—dijo Guillermo, —solo me arrepiento de que no llegué primero, para luchar por su honor.—

Esme se sonrojó. Su padre, agarrándola de la mano, la jaló. —¡Ven!—insistió. —Tenemos que irnos ahora, y encontrar un nuevo campamento. Seguramente estos soldados se vengaran de nosotros si nos tardamos.—

Guillermo pensó rápidamente y después dijo, — Mi padre tiene una propiedad alrededor de diez millas del norte de Tolosa. Vayan ahí y encontrarán refugio seguro. Díganle al administrador de mi papá que Guillermo ha pedido que les dé un lugar donde acampar. Lleven este pequeño crucifijo como señal. Ellos sabrán que es mío. Al mayordomo del lugar no le va a agradar, pero consentirá, porque sabrá que yo lo he ordenado. ¡Ahora váyanse!—

—Ven,—dijo el padre de Esme, —tenemos que irnos.—

—¡Hasta que nos veamos otra vez, señor!—dijo Esme.

Malcom asintió con la cabeza e hizo una pequeña reverencia, mientras Esme y su padre se dirigían al campamento.

—Bueno—le dijo Guillermo a Malcom, —¡hemos descubierto un gran desastre hoy! Podría usar a alguien como usted, porque vi su habilidad con la espada. Si no hubiera sido porque había tres de ellos, pienso que fácilmente hubiera dominado la situación sin mi ayuda. Hubiera intervenido antes, pero no podía dejar que estos hombres supieran quien te ayudó, porque entonces la queja regresaría al obispo y tendríamos un infierno por pagar. Temo, querido Escocés—pues percibí por tu acento que eso eres—¡que vas a cargar con la culpa por todo esto solo!—

—Es una culpa de la cual no me arrepiento de llevar,—dijo Malcom.

—Dices eso ahorita, pero pienso que vas a lamentar este día,—dijo Guillermo con una serenidad que no le era normal. —Ven, cabalgemos de regreso a la ciudad, porque tengo noticias que contarle a mi tío. Y mientras regresamos puedes contarme acerca de ti mismo y que atrae a un desconocido como usted a nuestra hermosa tierra.—

—Lo haré gustosamente,—dijo Malcom. —Pero le ruego, ¿a quien me dirijo?—

—Soy Guillermo, hijo de Godfrey, cuñado del Conde Raymundo de Tolosa,—replicó Guillermo.

Los dos montaron sus caballos y se dirigieron hacia Tolosa. Lo que había empezado como un paseo ocioso para los dos había sido transformado. Ahora estos dos jóvenes estaban regresando con noticias que cambiarían no solo la nobleza de Tolosa, pero de todos los buenos ciudadanos de Languedoc.

IV — UN TRAIADOR

Los dos caballistas hablaban mientras regresaban a la ciudad juntos. Malcom le explicó a Guillermo de cómo había venido a Francia y había sido reclutado en el cuerpo de guardaespaldas Franceses, y de cómo se había quedado en el servicio real por tres años más o menos antes de que lo despidieran. Ahora había venido al sur para ver por si mismo si las cosas que había escuchado de esta región eran verdad.

Guillermo le explicó a Malcom sobre la intriga política que había estado ocurriendo por muchos años entre el Obispo Odo y el Conde Raymundo. Y de cómo, después de haberse frustrado en sus intentos de efectuar una cruzada exitosa para la tierra Santa, el nuevo Papa se había resuelto en una misión de juntar a Francia del sur y el norte de Italia de vuelta al rebaño de la Santa Madre Iglesia.

Era el medio día cuando los dos jinetes entraron a la ciudad. Guillermo estaba determinado en ver a su tío inmediatamente para explicarle su último encuentro con el secuaz de Odo, Bernardo. Pero Malcom, siendo cuidadoso con sus cosas que había dejado en el mesón, insistió que primero le encargaran al mesonero que tuviera sus cosas seguras hasta que regresara por ellas.

Guy no estaba cuando llegaron, pero la hermosa Eloisa justo estaba saliendo de la puerta principal cuando Malcom entró deprisa. Eloisa se sorprendió por la aparente urgencia en las palabras de Malcom, pero prometió mantener sus cosas en orden.

Entonces, como si por alguna inspiración extraña, Malcom se sintió apremiado de quitarse su espada y dársela a Eloisa para que la guardara con sus otras armas. Malcom se sintió raro, porque en los muchos años en que había sido soldado, su espada nunca había dejado su lado. No podía comprender este extraño impulso. Era como si algo hubiera tomado control de él en ese instante.

Ahora armado solamente con su pequeño puñal, Malcom montó su caballo y se encontró con Guillermo. Luego los dos se dirigieron por el camino principal que daba al castillo. Después de dejar sus caballos con los asistentes quienes corrieron a su encuentro, Malcom y Guillermo subieron por las escaleras principales y entraron al gran salón del castillo.

Ahí Guillermo vio a Roberto de Avignon y fue directamente con él para preguntarle sobre su tío. Roberto explicó que se habían reunido esa mañana ya que el Conde se había sentido presionado por continuar la reunión de la noche anterior, y que a Guillermo lo habían echado de menos. Al Conde lo habían llamado para atender otros asuntos pero regresaría en seguida.

Guillermo caminó de arriba para abajo ansiosamente. ¡Como deseaba contarle las noticias a su tío de que uno de sus confidentes lo estaba entregando al obispo! Roberto miró a Guillermo de una mirada inquisidora, preguntándose que había agitado tanto al joven, pero no le preguntó.

Mientras tanto, Malcom se quedó unos cuantos pies atrás en debida diferencia a aquellos en el cuarto quienes tenían puestos más altos en la vida. Esto se esperaba de él, un desconocido quien era más o menos un plebeyo en el país, aunque en verdad era de sangre noble en su propia tierra.

Dentro de poco, el Conde regresó por una puerta pequeña al final del salón. Esta puerta, que Guillermo conocía, guiaba a las escaleras que subían al los propios apartamentos del conde a un nivel más alto del castillo.

—Guillermo, mi sobrino—dijo el conde, —¡te extrañamos esta mañana!—

—Sí, tío,—dijo Guillermo, — Mis disculpas. Pero tengo unas noticias bastante urgentes que compartir contigo.—

—Muy bien, ¿cuáles son?—

Guillermo hizo una pausa por un momento, y luego continuó. —Tío, pienso que es mejor que te diga estas noticias en privado.—

El conde Raymundo se miraba desconcertado. ¿Qué tendría que decirle Guillermo que no se pudiera decir en frente de Roberto, su consejero y canciller más confiado?

—Déjenos por un momentito, Roberto,—dijo el Conde Raymundo con una mirada amable. —Es aparente que mi sobrino tiene algo bastante difícil que contarme.—

Roberto se agachó respetuosamente y salió del pasillo por la puerta principal, para esperar en el patio. —¿Y que de este joven?—preguntó el conde.

Guillermo miró hacia donde Malcom estaba parado, luego se volteó a su tío. —Este hombre es mi testigo, porque él también vio lo que yo vi.—

—¿Y que es lo que ustedes dos vieron?—preguntó el conde.

Guillermo entonces le relató de cómo había encontrado a Malcom peleando con los guardias de Odo, y de cómo había intervenido a favor de Malcom, antes de encontrar la carta del Obispo Odo para Pedro de Castelnau, el legado papal.

—¡Dios mío!—exclamó el conde mientras se apartaba lentamente de Guillermo, su mano sobre su boca, reflexionando sobre todo lo que acababa de escuchar. —¡Este cambio de acontecimientos es bastante preocupante!—

—¡Esto es traición, Tío!—dijo Guillermo.

—Efectivamente lo es,—dijo Raymundo. —Efectivamente lo es. Ahora tenemos dos desafíos frente de nosotros. Primero, encontrar quien es este informante; segundo, girar este conocimiento en ventaja nuestra.—

—¿Quién piensa que es?—Guillermo preguntó.

—Podrían ser muchas personas,—dijo el conde pensativamente. —Esto va a hacer nuestras vidas mucho mas complejas. No sabemos en quien confiar, porque pueden ser cualquiera de los que están a mi alrededor—desde mis sirvientes, hasta mi consejero. ¡Este es un buen aprieto!—dijo Raymundo, hundiéndose en su silla. —Este es un buen aprieto, pero por todos los santos, ¡encontraré quien es este hombre—o mujer! Debo tramar un plan para exponer a esta persona. Tengo que pensar mucho. Guillermo, tu eres la única persona en la que puedo confiar, porque aunque amo a tu padre grandemente, estas noticias pone la lealtad de todos en duda.—

—Por supuesto, señor,—dijo Guillermo, pasmado, —¡no puede sospecharlo de mi padre!—

—Guillermo, ahora tienes que aprender una triste lección de la política. Todos son sospechosos—aún aquellos que están cerca de ti y que estimas. Este es el peso de estar en una posición de autoridad. Siempre hay aquellos que buscarán esa posición y la codicia y poder que lleva. El liderazgo es un lugar solitario. Lo amo y confío en el, pero no se si mi confianza esté bien fundada.—

*

Mientras estos sucesos se desenvuelven, regresamos con Esme y su familia, quienes están ocupados cambiándose de campamento, alistándose para mudarse a su nuevo destino.

Mientras Ricardo amarraba los caballos al vagón, Esme, profundamente preocupada, volteó hacia su padre, — ¡Padre, ese soldado ... puede morir!—

—¡Sí, mi hija, puede que sí!—

—¡No puedo dejarlo morir, Padre! Porque cuando Giles se sentó con nosotros y compartió la santa Palabra, nos enseñó que debemos amar a nuestros enemigos, y cuidar de aquellos que nos aborrecen.—

Ricardo miró a los ojos de su hija amablemente. —¿Y que quieres que haga, hija?—

—¡Tenemos que cuidar de ese hombre!—

—Pero llevarlo con nosotros sería peligroso.—

—Lo sé, Padre, pero la cataplasma necesitará cambiarse pronto, y su herida es profunda. Padre, si lo pudiéramos llevar en la parte trasera del vagón, podría cuidar sus heridas.—

—Pero hija,—dijo Ricardo, —bien sabes que puedes poner todas nuestras vidas en peligro una vez mas.— Ricardo miró a los ojos de Esme y luego es esforzó un suspiro. —Sé—sé que lo que dices es correcto. Esta bien, le diré a tu madre.—

Su padre terminó de amarrar los caballos al vagón, y, subiéndose, les silbó a los caballos y tiró de las riendas. Los caballos se esforzaron para hacer rodar al pesado vagón, y las ollas y sartenes y otras cosillas y piezas que colgaban de los lados del vagón estallaron en un cascabeleo cacofónico. Dirigiéndose por la rivera del río, Ricardo condujo el vagón hacia donde estaban los tres soldados. Entonces Esme y su padre y madre se deslizaron hacia la orilla del agua. Entre los tres, se las arreglaron para levantar al soldado bastante corpulento, lo arrastraron al vagón y lo echaron atrás.

—Ven, tenemos que irnos,—dijo Ricardo, mientras Esme miraba por última vez a los otros dos hombres, quienes todavía no parecían moverse. El vagón arranco y se dirigió hacia Tolosa.

Como a una milla de la ciudad, Ricardo se salió del camino principal. Sabía que el y su familia no serían tan bienvenidos por la gente del pueblo, entonces los evitaron. Encontró el camino principal en el norte del pueblo, y se dirigió en la dirección que Guillermo le había dicho.

*

Era bastante tarde cuando Bernardo finalmente recobró la conciencia. Dándose la vuelta, se quejó por el dolor que sentía en la cabeza. Quitándose su casco cautelosamente, miró el largo abollo que le había infligido el arma de su agresor. Sintió el chichón en su cabeza y pestañó. Mirando mas allá, vio al segundo soldado todavía acostado donde se había caído. Con una patada y otros impulsos en la forma de gritos y maldiciones, Bernardo finalmente consiguió que su compañero se despertara.

El, también, había tenido suerte de que su casco lo hubiera protegido de algo mas peor que haber se golpeado y haber perdido la conciencia. Bernardo buscó al tercer guardián, pero no lo encontró. Subiendo a la cima del terraplenado, descubrió que los gitanos se habían cambiado de campamento. El sol estaba descendiendo, y se dio cuenta de que la mejor parte del día se había pasado desde el encuentro que había guiado a su presente estado de lástima.

Se sentó y se rascó la cabeza mientras de pensar que sería lo siguiente que haría. Fue cuando notó que la correa de su bolso estaba suelta. Rápidamente la abrió. Mirando adentro, se sintió aliviado de que la carta seguía allí, pero cuando la sacó se quedó horrorizado.—El sello había sido roto.

Bernardo sabía lo que tenía que hacer. No podía entregarle una carta al legado papal con el sello roto. Tenía que regresar y enfrentarse al Obispo Odo. Pero sabía que no se atrevía a contarle la verdad de cómo había sucedido. Su historia tenía que pintarlo como la victima.

—¡Ven!—le gritó a su acompañante. —Tenemos que regresarnos al pueblo. Ayúdame a encontrar a los caballos.—

Les tomó como media hora encontrar a los caballos, ya que, se habían alejado a los pastos mas lejanos. Fue por chiripa que Bernardo vio a uno de ellos aparecerse por un momento en una parte alta a lo lejos. Cansadamente, los dos guardias se fueron en esa dirección.

Después de capturar a los tres caballos, llegaron al pueblo. Discutiendo mientras iban lo que le dirían al obispo.

*

El Obispo Odo estaba plomizo.

—¡Tonto!—le gritó furiosamente a Bernardo. —¿Permitiste que un salteador te emboscara? No puedo creerlo. Y, ¿para que diablos un salteador querría abrir la carta? Y si estaba tras el dinero, ¿por qué abriría la carta? ¡Aquí hay algo mas tramado que un simple salteador! Apuesto, que estos son los hechos del conde. Ahora, todos mis años de cultivar a este informante se fueron por la borda. Tengo que pensar. ¡Sal del cuarto!—le rugió a Bernardo.

Mientras Bernardo se daba la vuelta para irse, Odo lo interrogó una vez mas. —Y, ¿reconocerías a este hombre que primero te abordó?—

—Sí su Excelencia,—dijo Bernardo, —porque descaradamente se mofó de mí. Sí, lo recordaría.—

—¿Y pensaste que estaba solo?—dijo Odo. —¿Pero luego su confederado te atacó por atrás?..

—Sí, su Excelencia.—

—¿Y crees que esos asaltantes que lo asistieron eran los gitanos que acampaban allá?—

—Sí, su Excelencia.—dijo Bernardo, mirando al piso.

—¿Y crees que han matado al tercer soldado y huido con su cuerpo?—¡Sin duda alguna para alguna para uno de sus ritos negros!—suspiró el obispo. En gran desespero hundió su cara en sus manos.

Luego, como asido por un repentino dominio de inspiración maligna, la cara del obispo se retorció con regocijo burlón.

—¡Sí! ¡Sí!—gritó, —¡Podremos y lo volveremos en nuestra ventaja! ¿Por qué no parece obvio que este ataque debe de haber sido por esos rebeldes Cátaros quienes odian la iglesia y todo lo que sostiene, que ellos son —en un pacto no santo con los con los infieles gitanos—quienes han atacado y asesinado a los siervos mas piadosos de la madre iglesia? Usaremos esto como excusa para presionar su erradicación. ¡Demandaremos un combate!

—Demandaremos que el Conde Raymundo aprehenda a estos criminales. Y luego—si en verdad estos son sus actos—el Conde Raymundo va a ser sorprendido en sus propias maquinaciones. Porque yo tenderé una trampa, y mostrará que el es culpable de todo lo que he escrito en esa carta. Entonces proclamaré su culpa gustosamente en frente de todos como un conspirador. ¡Ja, ja!

—Por Dios, ¡talvez esta es la mejor cosa que jamás me haya pasado! ¡Y justo cuando el legado viene! ¡Ah, destruiremos al Conde Raymundo o lo volveremos en compresa humillante! Y después nos saldremos con la nuestra de purificar esta tierra!—

V — ACUSADO

A la mañana siguiente, el Obispo Odo y su séquito se hicieron paso del palacio del obispo la adyacente catedral, cruzaron el centro de la ciudad principal hasta llegar al castillo del Conde Raymundo. Subió las escaleras, vestido con las mejores galas de su oficina. Su capa bordada con oro y con sus diseños intrincados se arrastraba detrás de él; su cayado de obispo finamente tallado e incrustado hacía un ruido rítmico en los escalones; y su mitra lo hacía parecer más alto que sus asistentes. A pesar de su corpulencia, era una vista impresionante.

Flanqueado por dos sacerdotes, era seguido por varios diáconos y miembros de su guardia, incluyendo a Bernardo y el otro soldado quien había sobrevivido la pelea con Malcom el día anterior.

Un heraldo anunció su llegada mientras entraban al gran salón. —Anunciando al Obispo Odo de Tolosa, quien busca una audiencia con su Excelencia, el Conde Raymundo de Tolosa.—

Pasando la formalidad, el obispo caminó a grandes pasos hasta el mero final del salón donde el Conde Raymundo estaba sentado en su trono, flanqueado por su cuñado, el Sir Godfrey, y Roberto de Avignon.

—Bienvenido, su Excelencia,—dijo Raymundo, mientras el obispo se acercaba.

Odo hizo una corta, y forzada reverencia, y luego, mirando hacia delante, empezó, —¡He venido por un asunto de gran urgencia! Ayer, ladrones y vagabundos atacaron a tres de mis siervos a quienes había mandado en una misión. El dinero que llevaban les fue tomado. Y que más, uno de mis hombres cayó herido mortalmente, y ahora su cuerpo no se encuentra. Por lo tanto vengo a usted por justicia, y para exigir que usted aprehenda a esos hombres, para que puedan encarar todo el peso de la ley. Conde Raymundo, mis hombres estaban viajando por su territorio, entonces lo hago responsable.—

El Conde Raymundo en tono reservado. —Estos son asuntos serios, su Excelencia. ¿Y donde están los acusadores, los testigos de este asunto, para que los pueda interrogar y por lo tanto pueda obtener justicia para usted y para la Santa Madre Iglesia?—

Odo chasqueó los dedos, y Bernardo y el otro soldado caminaron hacia delante, con sus cabezas bajas.

—Estos son los dos sobrevivientes. Su tercer acompañante desapareció después del ataque. Tememos ha sido asesinado y su cuerpo secuestrado.—

—Por favor, su Excelencia,—dijo el conde, —me gustaría escuchar lo ocurrido por sus dos hombres.—

Bernardo, temblando ligeramente, habló. —Su Excelencia, estábamos haciendo un mandado, y ahí junto al río, no muy lejos de la ciudad, donde el camino da vuelta hacia el oeste, fuimos atacados por un salteador. Y mientras el distraía nuestra atención, fuimos atacados por atrás.—

—¿Y quienes piensa que fueron estos hombres?—dijo Raymundo, mirando al hombre severamente.

—El que nos abordó primero tenía el aspecto de un soldado, y hablaba la lengua del norte, con un acento marcado. Era un hombre joven, menos de treinta, con una apariencia que supongo algunos encontrarán placentera. Se mofó de mí, y me dijo nombres viles. Creo que estaba confederado con algunos gitanos que estaban acampando cerca de ahí.—

—Creemos,—dijo Odo, interrumpiendo, —que todos estos estaban conspirando juntos con seguridad son de la sectas de los Cátaros quienes abundan en su país, y quienes siempre perjudican a la Madre Iglesia, y enseñan cosas heréticas. Se lo he advertido antes, estas gentes tienen que ser erradicadas.—

—Sí, su Excelencia,—dijo el conde, —conozco sus inquietudes en el asunto. Pero dígame, soldado, ¿hizo algo para provocar este encuentro?—

—Claro que no, su Excelencia. Estábamos pacíficamente en los asuntos del obispo.—

—Ya veo,—dijo el conde. —¿Y su Excelencia mencionó dinero?—

—Ah ... ah sí,—dijo Bernardo. —Llevábamos con nosotros una porción de los diezmos que le llevábamos al legado papal. Nos robaron de estas, como unas trescientas monedas de oro.—

—¡Trescientas monedas de oro!—exclamó el conde.

—Sí,—dijo Bernardo. —Teníamos trescientas monedas de oro con nosotros.—

El obispo y Bernardo intercambiaron miradas furtivas, porque habían inventado esta mentira sobre el oro la noche anterior, para que pudiera dar más gravedad a esta acusación.

El Conde Raymundo se volteó otra vez hacia Bernardo. —Y el acento de este salteador, ¿dirías que es un acento Escocés?—

Bernardo miró al conde en asombro. —Sí, su Excelencia, bien podría haber sido el acento de un Escocés, porque anteriormente he escuchado los acentos de los hombres que vienen de las tierras bárbaras de el norte de Bretaña. Si podría haber sido el acento de un Escocés.—

—Entonces,—dijo el conde, volteándose hacia el obispo, —¡creo que ya tenemos a su hombre!—

Los ojos del obispo se agrandaron, agarrándolo desprevenido.

—Ayer, aprehendimos a un Escocés, ya que lo creímos sospechoso. Pero no tenía dinero con el—por lo menos no la cantidad que ustedes mencionaron. Por ahora, lo he confinado a mi calabozo.—

—¿Qué?—preguntó el obispo.

—Sí, y estoy seguro de que con la interrogación saldrá toda la verdad, y que usted recobrará su oro.—

El obispo miró con desconfianza al conde, y luego otra vez a Bernardo, quien ahora estaba temblando visiblemente, dándose cuenta que la falsedad de su historia pronto podría salir a la luz si al Escocés se le permitiera decir su historia completa. En ese caso el no solo estaría en peligro por el conde, sino del obispo también. Traer falsos testimonios al tribunal ante el conde era una ofensa seria, y sometido a ser castigado con la misma severidad que el crimen que el acusador estaba imponiendo al acusado.

Bernardo estaba parado en seco estupor.

—Vengan,—dijo el conde. —Vayamos al calabozo, y allí harás tu positiva identificación del conde. Una vez que ha sido identificado, entonces el asunto será uno de demanda pública.—

El obispo Odo, recobrándose de las sorprendentes noticias de que el asaltante ya había sido aprehendido, regresó a su dialogo preparado. —Sí, su Excelencia Conde Raymundo. Demando un juicio público, y exijo que este hombre sea interrogado, para encontrar la profundidad y amplitud de esta conspiración Cátara, y hasta que punto están asociados con los paganos gitanos.—

—Ya veremos,—dijo el Conde. —Venga, vayámonos.—

*

Los séquitos combinados del conde y el obispo caminaron fuera del gran salón al patio y cruzaron a una torre cercana. Entrando por una puerta en la base, bajaron en fila por una escalera circular. Como treinta pies abajo, un número de celdas alineaban el perímetro de la torre.

En la última celda, el Conde Raymundo le hizo señas al carcelero para que abriera la puerta. Agarrando una antorcha en lo alto, el carcelero abrió la pesada puerta de hierro, se abrió de golpe, y caminaron por el húmedo, oscuro y pútrido calabozo. Ahí, contra la pared, sus manos en esposas que estaban encadenadas a un anillo arriba de el, se sentaba Malcom. Su cara estaba cubierta de tierra y tenía la apariencia de que había sido golpeado.

—¿Es este el hombre?—le pregunto el conde a Bernardo.

—¡Bueno, entra!—demandó Odo. —¡Míralo!—

Bernardo avanzó cautelosamente hacia delante. Sus ojos trabados con los de Malcom. —Sí, ¡esta es la escoria que me atacó!—

Malcom permaneció sentado en silencio.

Bernardo se precipitó hacia delante, como si lo fuera a patear, pero el Conde Raymundo movió su brazo y agarró a Bernardo fuertemente del pecho.

—Este hombre es mi prisionero,—dijo el conde, —y por lo tanto está bajo mi protección hasta que venga ante mí en juicio.—

Bernardo dijo bruscamente una débil disculpa y retrocedió con traspié. Después, dándose cuenta de la mirada de Odo, Bernardo se escabulló por la puerta.

—Carcelero, mantén bien a este hombre,—dijo Raymundo. —Porque pasado mañana, tendrá su juicio.—

—¿Tan pronto?—dijo Odo. —¡Eso no nos hará bien para preparar nuestro caso!—

—¿Qué caso hay que preparar?—dijo Raymundo. —Claro, atacó a su hombre y robo sus valores; su hombre lo ha identificado. Seguro que todas estas cosas sostendrán un juicio, y luego sufrirá por sus crímenes.—

Las cosas se estaban moviendo demasiado rápido. Raymundo lo había agarrado desprevenido, pero Odo rápidamente se recobró y fue muy cuidadoso en no revelar su asombro.

—Sí, su Excelencia, esa es una decisión sabia,—dijo Odo, mas compuesto esta vez. —Sí, pasado mañana—un juicio.—

—Muy bien,—dijo Raymundo. —Vayámonos.—

El séquito desapareció uno por uno por la puerta. Por último, el carcelero llevando la flamante antorcha salió. La puerta se cerró y Malcom se quedó en el cuarto del calabozo, tan oscuro como boca de lobo.

El sonido de los pasos de los séquitos caminando por la escalera espiral fueron disminuyendo hasta que desaparecieron. Unos minutos pasaron y luego un sonido agradable llegó a los oídos de Malcom—el sonido triturador de una pesada piedra moviéndose. Una puerta secreta se abrió de golpe, y Guillermo, con antorcha en la mano, entro al calabozo.

—Actuaste bien, Escocés,—dijo Guillermo. —Observé todo por la mirilla. Pensé que ese bruto de Bernardo te iba a dar una patada fea. ¡Gracias a Dios que mi tío lo agarró!—

—Es bueno lo que hizo para ese armatoste,— dijo Malcom. —Porque aún con las manos esposadas, hubiera dejado a ese pobre hombre en un estado triste.—

—¡Ja!—dijo Guillermo. —¡Ciertamente tienes espíritu! ¡Ustedes los Escoceses son una raza de guerreros. Ven, te sacaremos estas esposas y de regreso al aire fresco.—

Sin saberlo el Obispo Odo, había sido objeto de una treta elaborada. El conde Raymundo había salido con un plan para tratar y atrapar al obispo en sus propias maquinaciones, y para hacer eso reclutó la ayuda del joven Escocés, quién había prometido jurar en gran discreción: Cualquier cosa que viera o escuchara en los siguientes días, no lo divulgaría a nadie.

Malcom había acordado de buena gana, ansiando poder ser de ayuda al conde y a su nuevo amigo Guillermo, y para traer a justicia a Bernardo y a los otros soldados. Ellos habían anticipado la llegada del obispo con un expediente de una queja formal ante el conde. Ahora parecía que el esquema estaba en movimiento.

Guillermo libero a Malcom de sus esposas, y, agarrando la antorcha sobre su cabeza, guió al Escocés por las escaleras secretas a un intricado laberinto de corredores escondidos en las murallas del castillo. Efectivamente emergieron a los cuartos privados del conde y su familia.

—Creo que nos hará bien,—dijo Guillermo, —salir del castillo por un rato. ¡Ya que has probado la inhospitalario del obispo y sus mercenarios, ahora permítenos tratarte con verdadera hospitalidad Occidental! Mi primo Raymundo—el hijo del conde—y yo nos gustaría disfrutar de tu compañía esta noche en una reunión de trovadores de todo el sur de Francia. Muchos nobles, y muchos hijos de nobles, estarán presentes, porque este es una ocupación muy valiosa para todos nosotros los nobles del sur. Es una competición, un torneo de canción. Yo mismo estaré compitiendo y he escrito un *alba*—una canción de amor de la mañana—especialmente para esto.

—Tendrás que venir disfrazado, porque el obispo sin duda alguna el obispo tendrá a sus espías ahí. Pero por ahora, amigo Malcom, sugeriría que talvez a ti a mí nos gustaría ir a pasear y ver que hacen nuestros amigos gitanos. Porque debo decir, me gusto bastante esa cosa hermosa joven.—

Malcom miró a Guillermo, preguntándose cuales serían los motivos de este joven. —Discúlpeme, señor,— dijo Malcom, —ya pelee una vez por el honor de esa joven. No tendré que pelear otra vez, ¿o sí?—

Guillermo miró a Malcom y dejó salir una cordial risa. —Madre mía, ¿eres un hombre noble, verdad? No, no temas. No tengo malas intenciones contra la joven. Solo que es una belleza, y temo que estoy encaprichado por ella. Aún, no es algo que pudiera contemplar, porque soy un noble, y sería inaceptable para mí tomar a una gitana por esposa. ¿Pero no tiene los ojos mas asombrosos?—preguntó Guillermo, mientras su voz se iba.

Malcom recordaba la belleza negra de la muchacha, con sus profundos ojos cafés que parecían centellear en el sol, y entendió completamente lo que Guillermo estaba diciendo. —Señor, tengo una petición. Dejé mi armadura con los guardianes del mesón donde me estaba quedando, y siento me siento en gran desventaja sin mi espada, sabiendo que ahora he declarado enemigos en estas partes. Le ruego, déjeme ir ahí para recobrar mi espada.—

—No,—dijo Guillermo. —Es muy peligroso. No puedo permitirte que andes vagando por la ciudad. Propongo a que mande un mensajero al mesón y les pida a los que están ahí que traigan tu espada a nuestro destino.—

—Muy bien,—dijo Guillermo, estando de acuerdo con la sabia decisión del joven.

—Ven, cabalguemos fuera de aquí. Ponte esta capa grande y esta capucha,—dijo Guillermo mientras la jalaba de un gancho en la pared. —Escóndete hasta que estemos fuera de la ciudad, porque los ojos y oídos del obispo están en todos lados.—

—¿Pero no vendrá alguien a checar si todavía estoy en el calabozo?—

—No,—dijo Guillermo. —Mi tío el conde ha dado ordenes estrictas de que no se te dé de comer durante los dos días siguientes, así que ni siquiera una comida te llevarán. El carcelero ni siquiera se molestará en abrir la puerta. Confía en mi tío; sabe lo que hace.—

Guillermo y Malcom salieron del castillo por una pequeña puerta al lado. Ahí, esperándolos, estaban sus dos caballos. Malcom montó su confiable corcel, y Guillermo el otro, y los dos hombres se fueron a la puerta norte de la ciudad, la cual estaba prácticamente desierta a esta hora.

Salieron de la ciudad—esperando pasar inadvertidos—y se dirigieron al norte hacia la propiedad del padre de Guillermo.

*

Era tarde en la mañana, casi medio día, para el tiempo en que llegaron a la casa de campo donde el guardabosque y administrador de la finca del Sir Godfrey residía. Guillermo desmontó y caminó hacia la puerta. Malcom miraba a cierta distancia mientras a Guillermo era recibido por un hombre mayor robusto con cabello largo y blanco, vestido de color café. Los dos conversaron por un momento, luego el hombre mayor apuntó un dedo por un camino en dirección a un área de bosque bastante densa.

Guillermo volvió a montar y, volteándose hacia Malcom, dijo, —El guardabosques de mi padre dice que los gitanos están allá arriba a unas cuantas leguas, en el bosque, bien escondida de simple vista. Pero me ha dicho algunas noticias un poco alarmantes. El dijo que tienen con ellos a un soldado herido. Estoy preocupado. Ven, vayamos a encontrarlos.—

Pronto encontraron el campamento gitano. Aunque tenía buen camuflaje, sabían lo que estaban buscando, y lo avistaron enseguida. Mientras cabalgaban hacia el gran vagón, Ricardo les salió al encuentro.

—Bienvenidos, nobles caballeros,—dijo Ricardo.

—Bienvenidos ustedes,—dijo Guillermo. Luego mirando sobre el hombro de Ricardo, vio a Esme y su madre. —Y bienvenidas ustedes también, señoritas,—dijo Guillermo.

—Bienvenidos, señores,—dijeron las dos mujeres.

—Estoy endeudado con usted, joven,—dijo Ricardo, volteándose a Malcom. —Porque temo que mi hija hubiera muerto por esos hombres si usted no hubiera intervenido.—Luego volteándose hacia Guillermo, Ricardo añadió, —También estoy agradecido por usted, señor, por venir al rescate de su compañero cuando todo parecía perdido. Mi hija me ha contado toda la historia. Nosotros los gitanos no estamos acostumbrados a tal bondad de intrusos. Mi esposa está preparando la comida de la tarde. ¿Comen con nosotros?—

—Estaría mas que feliz,—dijo Guillermo, —y estoy seguro que mi buen acompañante aquí, Malcom, también disfrutaría de una comida, porque tuvo que saltarse su desayuno esta mañana.—Guillermo le pasó una sonrisa a Malcom.

Malcom sonrió de regreso por la buena naturaleza de la broma, porque efectivamente había perdido su desayuno esa mañana para poder prepararse para su actuación en el calabozo.

Y así es que comieron gustosamente de la carne de venado que estaba junto a ellos.

—Veo que cazó un buen venado,—le dijo Guillermo a Ricardo. —Uno de los de mi padre, supongo.—

Ricardo miró hacia abajo. —No, señor, yo tenía este venado desde antes. Creí que no le pertenecía a nadie.—

—No temas,—dijo Guillermo. —Estas mas que bienvenido a cazar cualquier caza que puedas. Porque puede que te tengas que quedar aquí por un tiempo, hasta que este asunto con el obispo y sus secuaces se resuelva.—

—¿El obispo y sus secuaces?—preguntó Ricardo, su ojos perplejos.

—Sí,—dijo Guillermo. —Porque esos soldados que los atacaron—o, mejor dicho, trataron de atacar a su hermosa hija—estaban en el servicio de Odo, Obispo de Tolosa, nuestro muy estimado prelado local,—dijo Guillermo, burlándose.

—Buen Señor, ¡el Loco Obispo!—murmuró Ricardo.

—Veo que su reputación los ha alcanzado,—dijo Guillermo.

—Sí, todos lo conocemos.—

Ahora Guillermo miró severamente a Ricardo. —He escuchado noticias un poco alarmantes de que trajeron al soldado herido con ustedes.—Ricardo le hecho una mirada a Esme. —Sí, lo hicimos, joven señor. Porque el hombre estaba adolorido—tememos mortalmente—herido, y creímos que moriría desangrado a menos que lo cuidáramos.—

—¿Y porqué tendrían tal compasión con este asaltante?—preguntó Guillermo en asombro.

—Porque esto es lo que nuestro Señor querría que hiciéramos,—dijo Ricardo.

—¿Su Señor?—

—Sí, el Dios de los Cristianos. Porque un hombre llamado Giles ha pasado muchos días en nuestro campamento, enseñándonos Su santa Palabra. Nos dijo que debemos amar a nuestros enemigos, y hacer bien a aquellos que nos odian y nos guardan rencor. Cuando vimos a este hombre, sabíamos que Dios esperaba que nosotros lo cuidáramos y atendiéramos—si era posible—hasta que se recuperara totalmente.—

—Sospecho que del Giles que hablan es Giles el sastre, el predicador, ya que es bien conocido en Tolosa y en los alrededores como uno de los Cátaros. ¿Pero adonde está el soldado herido?—preguntó Guillermo.

—Está en la tienda de allá. Tiene fiebre y esta delirando. Ha perdido mucha sangre, pero hemos atendido sus heridas, y creemos que ahora se pueden sanar. Todo depende en que si el lucha por vivir.—

Guillermo y Malcom siguieron a Ricardo y a Esme hacia la tienda y miraron dentro. Ahí vieron a el hombre, acostado en un catre, gotas de sudor sobre su cabeza. Sus labios se movían en murmullos silenciosos.

—Ustedes me asombran,—dijo Guillermo suavemente. —Esperemos que su hombre aquí viva, porque si muere, ¡nos las veremos negras!—

Ahora Malcom se volteó hacia Ricardo. —He escuchado de los Cátaros. En el norte hablan mucho de ellos. ¿Ustedes son Cátaros?—

—Si se refiere a que seguimos las enseñanzas del Maestro Giles, entonces sí, somos Cátaros. Todas las otras gentes nos tratan como forajidos y nos llaman vagabundos, rufianes, villanos y ramerías; pero Giles vino a nosotros y no nos pidió nada. Nos trató con dignidad y honor. Ganó nuestros corazones con su bondad y su pureza. Sí, si seguir las enseñanzas de el maestro Giles nos hace Cátaros, entonces estamos orgullosos de ser llamados por ese nombre. Pero no conocemos a ningún otro, porque Giles nos visita solo. Creo que teme que aun los otros Cátaros no nos acepten.—

Justo entonces escucharon a lo lejos el sonido del perro ladrando. Pronto el ladrido se hizo mas fuerte. Guillermo se paró atrás de un árbol cerca del camino y hecho un vistazo cautelosamente para ver lo que estaba pasando.

Dos figuras—no, tres—estaban caminando por el camino, siguiendo a un gran perro. La primera figura, la reconoció como el administrador de su padre. Los otros dos, un hombre y una mujer, no los conocía. Guillermo le hizo una seña a Malcom para que se escondiera, y Malcom se deslizó a una maleza. Pronto, el gran mastín había alcanzado el claro del bosque y saltó directamente hacia Guillermo, quien aún todavía estaba tratando de ocultarse detrás del árbol.

—Detente, bestia,—dijo Guillermo de buena gana.

El gran perro paró bruscamente y se sentó a sus pies, meneando su gran cola, y su lengua salida. Con ojos marrones adoraba a su maestro.

—¡Buen perro!—dijo Guillermo. El viejo mastín había sido su amigo de la niñez, y ahora, diez o más años después, todavía residía en la propiedad de su padre.

—Estas dos personas han venido, señor,—le dijo el administrador a Guillermo. —Dicen que les fue pedido por tu sirviente que trajeran una espada.—

Guy y Eloisa se acercaron a Guillermo.

—Un mensajero vino a nuestro mesón esta mañana, señor, pidiéndonos que trajéramos la espada de nuestro huésped a la casa de el administrador de la propiedad del Sir Godfrey. Quería venir solo, pero mi hermana insistió que viniera también. ¿A dónde está el Escocés, para que podamos entregarle su espada?—

—¡Malcom, ya puedes salir!—dijo Guillermo.

Malcom salió de la maleza y caminó hacia los recién llegados. —Estoy muy agradecido de que hayan venido y me hayan traído esto,—dijo Malcom. —Me sentía bastante desnudo sin esto.—

—Con mucho gusto, señor,—dijo Guy. —Pero le ruego, ¿por qué la dejó con mi hermana?—

—No lo sé,—dijo Malcom, —pero tuve un extraño presentimiento de que tenía que dejarla con ustedes ayer en la tarde. Me apena su inconveniencia al tener que venir hasta acá para traerla.—

—Conseguimos un viaje la mayoría del camino, y no tuvimos mucho que caminar,—dijo Guy.

—No atrajeron la sospecha de nadie, ¿o sí?—preguntó Guillermo.

—Creo que no, señor,—dijo Guy. —¿Y porqué atraeríamos la sospecha de alguien?—

—Mmm,—dijo Guillermo. —Esto tomará mucha explicación. Vengan al campamento.—

—¿Ya comieron?—preguntó Ricardo.

—Bueno, no,—dijo Guy.

—Entonces permítanme prepararles un poco de venado y pan,—ofreció Guillermo.

—Gracias.—

—Estos gitanos son Cátaros,—dijo Guillermo.

Guy y Eloisa se miraron rápidamente el uno al otro.

—Son seguidores de un Giles el sastre, quien es bien conocido por nuestras partes.—

Guy y Eloisa se miraron el uno al otro en asombro. Pensaban que su pequeño grupo que se reunía en la panadería era la única congregación de Giles.

—Y este Giles,—le preguntó Guy a Ricardo, —¿qué le enseña?—

—Nos ha enseñado,—dijo Ricardo —que el amor es la cosa mas importante.—Que el mandamiento de amar a Dios y a nuestros semejantes, lo que el llamaba la Ley Celestial, es mas grande que cualquier otra ley de la tierra. Esta Gran Ley siempre fue la enseñanza central de Giles.—

Guy y Eloisa inmediatamente reconocieron la verdad en las palabras del gitano, porque ese era el sello de las enseñanzas de Giles: la Gran Ley, la Ley Celestial, la Ley del Amor.

— Que bueno conocerte, hermano,—dijo Guy, abrazando a Ricardo. —Porque, nosotros también, somos seguidores de Giles. Pero es asombroso saber que el tiene otros seguidores aparte de nuestro pequeño compañerismo.—

VI — EL TORNEO DE CANCIÓN

Una viva conversación pronto se originó alrededor del fuego del campamento gitano Ricardo se fue, y Esme vino y se sentó en su lugar. Después de relatarle los detalles a Guy y Eloisa de lo que había pasado el día anterior, Malcom entonces quería satisfacer su propia curiosidad acerca de que exactamente creían estos tres Cátaros. Guy y Eloisa estaban fascinados de haberse dado cuenta de que Giles le había estado enseñando a otros secretamente. Esme estaba maravillada al saber que había otros quienes tenían las mismas creencias y tenían al mismo maestro —otros quien ahora la aceptaban como su compañera creyente. Guillermo estaba bastante familiarizado con la mayoría de las prácticas y creencias Cátaras, y asumió el papel de un observador independiente.

—Es verdad,—preguntó Malcom, —¿que ustedes no comen carne, huevos y no toman leche, y que se abstienen del matrimonio?—

—No, no es verdad,—dijo Guy. —Puede que otros sí, pero nosotros no. Porque nosotros creemos en la libertad del amor de Dios, y eso significa libertad para disfrutar las cosas que Dios ha proveído. Nuestro Dios es un Dios bueno, y somos libres de disfrutar todas las buenas cosas que El provee.—

—Pero he escuchado que algunos de ustedes predicán que pueden quitarse su propia vida, cuando los problemas los rodean.—

—Esas también son tonterías,—dijo Guy. —Amamos nuestras vidas. Pero estas son cosas que dicen de nosotros para desacreditarnos, para tratar de mostrar que somos peligrosos—no solo para los demás, ¡pero aún a nosotros mismos! Porque los únicos de nuestra creencia que han muerto muertes violentas o no naturales han sido aquellos que han sido torturados, encarcelados y matados por nuestros enemigos—lo cual, como puede que sepan, son muchos.

—Nosotros somos gente apacible y amorosa, y queremos que otros disfruten de la paz y el amor que tenemos. Somos activos como predicadores y maestros, y esparcimos nuestras creencias entusiastamente, pero no le hacemos daño a nadie. Otros buscan hacernos daño porque estamos liberando a la gente de la tiranía espiritual bajo la cual viven y los temores y reglas del hombre y la Iglesia que los oprime.—

—Ah, pero algunos de ustedes si tienen creencias extrañas,—dijo Guillermo. —Porque, verdaderamente, ¡a veces me pregunto en que Dios creen! Porque hay algunos de ustedes que creen en dos dioses—uno es el bueno, y el otro es el malo—y que tienen que superar lo malo para obtener lo bueno.—

—Hay muchas creencias diferentes,—dijo Eloisa, —porque no todos los que no están conformes con la Iglesia de Roma tienen una misma mente, ni están todos unidos. Sé que hay muchos predicadores y muchas

creencias diversas entre aquellos predicadores, pero lo que nos ha sido enseñado por Giles es que Jesucristo es el Hijo de el Dios de amor, mandado por Dios para mostrarnos el camino del amor. Giles también nos enseñó que el era un hombre simple quien vivía una vida simple, y que El, como algunos de nuestros compañeros, fue matado por aquellos que lo envidiaban. Su predicación de amor socavaba su dominación. Les mostró a la gente como librarse, y no bajo el cautiverio. Eso es lo que le decimos a los demás: que ellos pueden ser libres—libre para disfrutar de la vida, libres para amar.—

—Pero algunos de ustedes evitan el afecto físico y dicen que deben abstenerse de las cosas de este mundo para poder perfeccionarse, para poder pasar a ese estado perfecto del mas allá.—replicó Guillermo

—Es verdad—otra vez,—dijo Guy, —que algunos enseñan esto, pero esto no es nuestra creencia. Nosotros creemos que la perfección solo vendrá en el otro lado, cuando hayamos pasado de este mundo al siguiente. El amor y mostrar amor es el camino a la perfección. No está en las cosas que te niegas a ti mismo, pero está en las cosas que haces por otros. Está en el cuidado y en la consideración que le muestras a los demás—como ha hecho esta familia gitana al tomar a este que los odiaba y buscaba hacerles daño; pero aún lo han tomado para tratar de sanar sus heridas. Nosotros creemos que tales muestras de bondad es lo que le ayuda a uno a alcanzar la perfección.—

—Bueno,—dijo Malcom. —Si esto es lo que creen, entonces estoy feliz de conocerlos, porque verdaderamente estas son creencias honradas. ¿Pero porque escucho que el obispo y otros miembros de la Santa Madre Iglesia los odian?—

—Es como dijimos antes—dijo Guy. —Los exponemos por lo que no hacen. Los exponemos por su hipocresía. Es por eso que nos odian.—

—Este Giles,—preguntó Malcom, —¿cómo puedo conocerlo? Verdaderamente me gustaría escuchar las cosas que dice.—

—Tendría que preguntarle si puedo traerte a nuestra siguiente reunión,—replicó Guy.

—Por favor hazlo,—dijo Malcom, —porque me gustaría conocer más.—

—Bueno, mi amigo,—dijo Guillermo, —parece que estás disfrutando esta conversación y odio tener que sacarte de ella, pero debo decir que el día se está atardeciendo. Esta noche serás mi invitado en el Torneo de Canción, así es que tenemos que ir pensando en salir de aquí. ¡Ah, tengo que pensar en un disfraz para ti!

—Maestro Guy, y Señorita Eloisa, les agradezco por venir hasta acá, y por traer la espada de mi acompañante. Les pido disculpas por la inconveniencia, y les pido disculpas de que no podemos quedarnos y disfrutar de su agradable compañía, pero Malcom y yo tenemos que irnos.—

Entonces Guillermo se volteó hacia Esme y una vez mas fue flechado por la profunda belleza en sus ojos. — Señorita Esme,—dijo Guillermo cortésmente, —dígame a su noble padre que es mas que bienvenido en quedarse aquí. Gracias por su hospitalidad, y por la comida. Me preocupa ese soldado, aquél, y si uno mis oraciones con las vuestras para que se recupere. Ven, Malcom, tenemos que irnos.—

De mala gana, Malcom asintió y se levantó. Se volteó hacia Guy y Eloisa y dijo, —Gracias por haberme dicho las cosas que tenían hoy. Vine en busca de un misterio, y he encontrado algo profundo. Ustedes son realmente gente noble e incomparable. Les agradezco, también, por venir hasta acá para traerme mi espada, y oro para que algún día pueda regresarles el favor.—

—Con mucho gusto, noble Escocés,—dijo Guy. —Usted es un hombre verdadero y honesto.—Los dos se dieron la mano y luego Malcom se volteó hacia Eloisa. Una vez mas su torpeza con las mujeres se mostró mientras tartamudeaba un desunido repetido de todo lo que le acababa de decir a Guy. Eloisa se sonrojó ligeramente. Mientras se miraban a los ojos, hubo una larga pausa—una pausa que casi se hizo incómoda para los que estaban parados alrededor.

—Ah,—molestó Guillermo mientras le daba una palmada a Malcom en la espalda, —¡creo que nuestro querido Escocés está encaprichado por su belleza, señorita!—

Eloisa se puso roja como un vetabel. Malcom se volteó muy enojado hacia Guillermo, pero al ver la amable sonrisa en la cara del joven, rápidamente se encontró perdonando a Guillermo por haberlo avergonzado.

—Sí, tenemos que irnos,—dijo Malcom un poco brusco mientras se dirigía a su caballo.

Guillermo se volteó hacia Esme, y otra vez sus ojos se encontraron. Por un momento parecía transportarse a un reino silencioso y sin tiempo. Luego una dulce sonrisa se dibujo en la cara de Esme, ¡y era el turno de

Guillermo para sonrojarse! Se recobró con una sonrisa he hizo una reverencia caballerosa a la joven mujer. Sin decir palabra, se dio la vuelta y se dirigió a unirse con Malcom.

—Me haces burla por haberme enamorado,—le dijo Malcom a Guillermo, —pero yo pienso que tu corazón también se ha perdido en este campamento.—

Guillermo sonrió, pero no respondió. Se subió al asiento del caballo. —¡Vamos, Escocés! Tenemos que irnos. La primera para da es en la casa de mi padre, la cual está como a quince minutos cabalgando desde aquí. Porque ahí creo que puedo vestirte con un disfraz de lo mas engañoso.—

Malcom miró a Guillermo, un poco perplejo, pero decidió no probar el asunto mas. El, también, se subió a la silla de su caballo, y los dos se dirigieron al camino que daba fuera del bosque, que luego daba vuelta en la dirección de la casa campestre de la casa de Guillermo.

*

Nos saltamos el resto de los eventos de la tarde, porque son un poco inconsecuentes a esta historia. Nos cambiamos una vez mas al gran salón del castillo en Tolosa, quien estaba ajetreado con actividad, porque sería el lugar del Torneo de Canción. Sirvientes corrían de un lado para otro, afanosamente preparando las mesas del banquete que rodeaban el salón. Muchos caballeros, grandes señores, se habían juntado en Tolosa esa noche.

El juez del torneo iba a ser no otra que la hermosa esposa del Conde Raymundo. Ella era la hermana de Pedro, el rey de Aragón, el estado que hacia frontera con el Condado de Tolosa del sur al oeste. La difunta primera esposa de Raymundo, Juana, había sido la hermana de Ricardo Corazón de León. El mismo, Ricardo, un renombrado trovador, había muerto hace varios años atrás, no muy lejos de Tolosa, por heridas que había recibido mientras asediaba el castillo de las manos de un terrateniente dentro de sus tierras en Francia.

El mismo Conde Raymundo había sido trovador en tiempos pasados, pero en estos días se encontraba tan envuelto con asuntos del estado que ya no tenía mas tiempo para escribir canciones. Pero esta noche, el también, había venido a ver y escuchar, porque se daba cuenta que una buena canción casi podía mágicamente hacerlo sentir menos apesadumbrado con los pesares que constantemente lo importunaban.

Justo antes que el entretenimiento empezara, Guillermo y el joven Raymundo llegaron. Con ellos había un extraño, vestido en ropas aráceas. Su complexión oscura, compensada por el blanco tocado común a los Moros del Sur de España, hacía que este extraño se viera particularmente fuera de lugar.

—Este es Shariff Abu Ben-Ra-Men,— le explicó Guillermo a su tío sobresaltado. —El es un doctor Moro de Granada, quien ha venido a Languedoc para emplear su comercio y enseñar su arte. Los médicos de Córdoba y Granada son famosos por el mundo por su habilidad de sanar. Lo he invitado a venir esta noche, para que vea y escuche las canciones y a belleza y la cultura de nuestro bonito pueblo cristiano. Puede ser que podamos influenciarlo para que vea nuestra religión amablemente.—

El Conde Raymundo se puso pálido mientras miraba detenidamente las características familiares de el Saraceo. El teñido café que bronceaba la cara de Malcom hizo mucho para esconder su identidad del Conde. Raymundo meneó su cabeza en consternación, luego asintió al hombre y se sentó otra vez, pesadamente en su silla.

Estirando su mano para alcanzar su copa de vino, Guillermo susurró al oído del joven Raymundo. — Obviamente hemos disgustado a tu padre con lo que hicimos.—

El joven Raymundo se volteó hacia Guillermo con un centelleó en los ojos. Siempre disfrutaba de las travesuras de su primo; que Guillermo hubiera disfrazado a un amigo era claro, pero el joven Raymundo no tenía ni la menor idea de quien era Malcom exactamente.

—¡Eso hicimos, primo! ¡Eso, hicimos!—dijo, —y ahora veamos cuan bien la astucia puedes ser jugada contra los otros!.—

—Venga, noble doctor,—le dijo Guillermo a Sharif Abu Ben-Ramen, —sentémonos aquí arriba, a la mano derecha de mi lustre tío. Siento mucho que aquellos de tu religión no tomen alcohol, porque aunque vas a poder escuchar de la música, no vas a poder practicar con nosotros de este vino muy bueno que se en gran cantidad en nuestro bello condado.—

El Saraceo asintió, pero permaneció en silencio mientras se sentaba. Malcom se sintió bastante incómodo con las ropas extranjeras pero le había seguido la corriente con el proyecto y no se podía echar para atrás. Haber sido invitado al Torneo de Canción y sentarse en el lugar de algún honor era algo que no hubiera querido perderse. Las canciones de los trovadores eran famosas por toda la Cristiandad y aquí el iba a escuchar algunas de las mejores.

Las canciones fueron divididas en varias categorías. El primer cantante canto una variación de Le Chanson de Roland, la historia del noble Rolando un caballero Franco quien, varios siglos atrás, había cruzado los Pirineos con Carlomagno con la intención de liberar aquellas tierras de los victoriosos Saraceos. Después de una campaña poco convincente, se le dio el cargo de la retaguardia mientras el ejército de los Francos regresaba a casa. La suya era una misión noble condenada a fracasar, porque su compañía era pequeña en número y el enemigo fuerte. Pronto, la pequeña banda heroica fue vencida y todos fueron muertos en la batalla. Sin embargo, sus actos fueron la esencia de una leyenda y el tema popular para una canción.

Varía gente en el público se le que do viendo a Malcom durante la canción. Le tomo un tiempo antes de darse cuenta de que el mismo debería estar un poco ofendido por las palabras, porque no hablaba de los Saraceos en términos placenteros. Volviéndose hacia Guillermo, se inclinó y susurró en su oído, medio bromeando, —debería estar agarrando mi cimitarra y cortándote ahorita, por los insultos de esta canción.—

—Noble Saraceo,—Guillermo le susurró, —no tomes tu disfraz tan a la ligera puedes pretender que estas ofendido, pero la canción no tardará mucho. No temas.—

Para el alivio de Malcom, la canción pronto terminó, y la alegría de los espectadores.

La siguiente canción habló de hechos heroicos esta vez basada en los esfuerzos entre varios reinos en que Francia había sido dividida cientos de años antes.

El tercer trovador canto de un amor no correspondido. La suya era la historia de un joven caballero quien amaba a una princesa quien no sabía que era amada por otro hombre. Trágicamente la canción, terminó en que el joven se iba a las cruzadas y moría en una tierra lejana sin que la mujer nunca supiera de su amor.

Luego fue el turno de Guillermo. Acompañado de un músico con un laúd, canto una canción de los amantes. Era una canción feliz, porque los dos finalmente fueron unidos y vivieron en una infinita felicidad.

Hubo muchas otras canciones esa noche, y mucho fino fue tomado. Malcom gozo de la noche a fondo, aunque se tenía que mantener sobrio. Después de mucha jarana y canto, el torneo finalizó, y la condesa iba a entregar el premio. Después de mucho debate con su esposo, y haciendo saber a los presentes que iba a ser difícil juzgar cuando su propio sobrino había estado entre los competidores, otorgó la copa al joven caballero quien había cantado la triste canción del amor no correspondido. Un gran aplauso salió del público mientras el joven caminó hacia delante y se arrodillo frente a la condesa. Mientras se levantaba, ella le dio la copa. Agarrandola muy arriba de su cabeza, el jovencito se volteó hacia todos, y ellos una vez mas, grataron y aplaudieron.

—Ven,—le dijo Guillermo a Malcom, —nosotros tenemos que marcharnos pronto. Tenemos que encontrar un buen lugar donde pasar la noche—donde estemos a salvo, y fuera de los ojos de sirvientes entrometidos. Creo que tu y yo haremos mejor si nos quedamos en ese establo tuyo a que quedarnos aquí en el castillo, donde ya sabemos que alguien le esta diciendo al obispo cada movimiento de mi tío.—

Mientras se iban, un enorme caballero, atontado por la bebida se volteó hacia Malcom. —¡Pagano Saraceo!—gruño. —¿Por qué vienes y te muestras entre nosotros los Cristianos? ¡Alquimista! ¡Tu quienes haces pacto con el diablo! ¡Debería de tomar mi espada y atravesártela y terminarte ahora mismo!—Malcom miró a Guillermo nerviosamente.

Guillermo se volteó hacia el hombre. —Este Saraceo esta aquí por invitación mía. Es un noble, verdadero y honesto, y no te dejaré que lo insultes en la casa de mi tío. Si decides atravesarlo, entonces, pienso, que mi tío talvez tenga algo contra ti.—

El color se alzó en la cara del caballero ,mientras que entre dientes pidió una disculpa de medio corazón, se dio la vuelta, y se dirigió fuera de la puerta.

—Algunos de mis compatriotas son verdaderamente fanáticos,—dijo Guillermo, —pero creo que hablaba mas el vino que el mismo. Es muy conocido en nuestras partes que para lograr la mejor educación uno tiene que ir a Córdoba, y ahí estudiar en la universidad, pero parece que mientras algunos aquí no son enemigos de tener a los Moros que los eduquen, Saraceos en su propio patio los pone nerviosos.

—Pero ese hombre, Alberto de Aurillac, es un hombre verdaderamente peligroso. No solamente grosero y de mal carácter, pero también uno de los mayores guerreros en estos rumbos. Asumo que no llevó las cosas mas lejos por temor a meterse en líos con mi tío. Ven, vayámonos, antes de que nos topemos con los otros.—

Dándole las buenas noches al joven Raymundo, Guillermo y Malcom se escaparon fuera del gran salón por una puerta al lado y se hicieron paso abajo por una pequeña corrida de escalones a un cuarto de al lado, donde Malcom se quitó su disfraz, se lavó la pintura de sus manos y cara, y se embrocó una capa.

Desde allí, se escaparon del cercado del castillo y al pueblo, y se dirigieron a la calle principal. Guillermo obviamente sabía a donde iba, pero para Malcom todo era nuevo y desconocido. Pasaron la panadería, donde, sin saberlo, el grupo de Giles se había reunido dos días antes. Después Guillermo se volteó hacia la derecha a un pequeño callejón. Apremiándose en la noche, pronto llegaron al mesón. Guillermo tocó en la puerta principal.

Una voz que los dos reconocían gritó desde atrás, —¿quién es?—

—Malcom y Guillermo,—replicó Guillermo.

El cerrojo sonó fuertemente mientras lo jalaban. Los dos se metieron al mesón mientras Guy cerraba la puerta tras ellos.

—¿Qué están haciendo aquí?—preguntó Guy.

—Primero tienes que prestar un juramento de lealtad y secreto,—dijo Guillermo.

—Va en contra de mis creencias prestar cualquier juramento, pero tienes mi palabra, que lo que pase entre tu y yo esta noche no se dirá a otros,—replicó Guy.

Guillermo miró profundamente en los ojos de Guy y vaciló por un momento. Después continuó, —nuestro amigo, Malcom, supuestamente tiene que estar residente en el calabozo de mi tío, pero estaba tratando de encontrarle un alojamiento más hospitalario esta noche. Me dijo que tu mantenías un mesón muy bonito aquí.—

—Bueno, espero que sea mejor que el calabozo de tu tío,—dijo Guy con una sonrisa, —aunque el calabozo de tu tío probablemente tiene más ocupación que nuestro mesón esta noche. Su cuarto todavía está vacío, señor,— Guy le dijo a Malcom. —En verdad pueden dirigir el lugar, porque no hay otros clientes. Pero le ruego que me diga, ¿por qué supuestamente tiene que ser residente en el calabozo de nuestro Conde?—

—¿No te contó Esmé como nos conocimos?—preguntó Guillermo.

—Sí, me lo contó,—dijo Guy, —y que si no hubiera sido por Malcom aquí, los soldados del obispo hubieran hecho lo que querían con ella, y probablemente hasta matarla. Y en cambio, si usted no hubiera intervenido, el mismo Malcom hubiera sido matado.

—Sí,—dijo Malcom. —Hubiera pasado a mi recompensa—sea lo que signifique—si no hubiera sido por la oportuna intervención de mi amigo, el noble Guillermo.

—Como dije antes,—interrumpió Guillermo, —era lo mínimo que pude hacer, después de haberte visto pelear con aquellos brutos sin ayuda.—

Volviéndose hacia Guy, Guillermo continuó, —Es por eso que Malcom por el momento es residente—o supuesto residente—en las selectas pensiones de mi tío. Veras, el obispo le dijo una historia diferente a mi tío, y sus soldados han acusado a Malcom, junto con unos cómplices, de atacarlos en la carretera y robarles una suma considerable, además de fugarse con el cuerpo de uno de ellos.

—Y que más, los soldados del obispo contienden que era un complot envolviendo no solo a Malcom, pero también a los gitanos y a los Cátaros.—

—¿Por seguro que tu tío no cree esto?—dijo Guy. —Porque tu mismo fuiste testigo de las malas intenciones de los soldados del obispo.—

—Sí, esto es verdad,—dijo Guillermo. —Mi tío no lo cree. Pero hay mucha política en esto. Porque aun ahora, una delegación del Papa está en transición hacia nuestra bella ciudad para discutir enfrente de mi tío de que debe suprimirlos a ustedes y a los otros Cátaros. El Obispo Odo, nuestro amado prelado local, lo está animando en este esfuerzo, y también está tratando de usar este ataque en sus hombres como otra razón para persuadir a mi tío para que los oprima. Pero mi tío tiene un plan por el cual espera exponer al obispo como un mentiroso, y así, poner al legado papal en una posición embarazosa y comprometedora por la cual no podrá presionar a mi tío para que lleve a cabo los deseos del Papa. Todo es muy complicado, pero mucho depende en mantener a nuestro querido Escocés fuera del ojo público—eso es, hasta el día del juicio.—

—¿El día del juicio?—preguntó Guy.

—Sí, pasado mañana, mi tío ha puesto el juicio.—

—Bueno, por favor siéntanse como en casa. Mi hermana se ha retirado por la noche, y yo estaba a punto de dormir, pero antes ¿puedo traerles algo?—

—Estaremos bien, amigo,—dijo Guillermo. —Solo muéstranos el camino a nuestros cuartos. Temo que necesitamos una buena noche de descanso, porque puede que no haya mucha oportunidad para tal lujo en las noches que vienen.—

VII — GILES

Antes del amanecer Guillermo salió del mesón y regresó al castillo. El y Malcom habían acordado que Malcom se quedaría en el mesón por el día, para que no fuera visto por la gente. Guillermo regresaría esa noche y regresarían al castillo. Ahí Malcom reasumiría su residencia en el calabozo y estaría listo para enfrentar juicio la mañana siguiente.

Malcom durmió por mucho tiempo. Como al medio día, Guy vino a preguntarle si quería comer. Malcom se levantó sobresaltado mientras el joven tocaba la puerta y se asomaba. Por reflejo, agarró su espada en la mano. Guy miró temerosamente a la amenazadora hoja apuntada en su dirección. Era una espada simple, comparada a las doradas elegantes y con joyas incrustada que usaba la nobleza. Pero Guy había notado el día anterior, mientras la llevaba a la reuniones en el bosque, que llevaba el sello de la ciudad de Toledo. Por eso sabía que había salido de las fundiciones de herreros que hacían las espadas mas finas del mundo, y había sido hecha de acero español, la más fuerte aleación conocida. Era una arma formidable en la mano de un guerrero hábil.

Viendo que solo era Guy entrando al cuarto, Malcom se relajo y puso la espada una vez mas en el piso. Después de un poco de chanza, Malcom consintió comer y Guy regresó con las vituallas y una jarra de agua. Malcom entreabrió las cortinas de su contraventana para que entrara un poco de luz. Su cuarto encaraba el callejón trasero, donde otro edificio obstruía cualquier tipo de vista que hubiera habido.

Después de comer, Malcom se acostó en su cama, contemplando todas las cosas que le habían pasado. También repaso la historia que había ensayado con el Conde Raymundo y Guillermo la mañana anterior.

Pronto, si embargo Malcom estaba indudablemente aburrido en su confín, y ansiaba salir del lugar. Desafortunadamente, sabía que tenía que quedarse donde estaba. Mas temprano Malcom le había preguntado a Guy si su hermana estaba ahí ese día. Eloisa se había ido a un asunto de familia que a Guy no le importaba explicar, entonces Malcom dejó el tema.

El día pasaba. Malcom se levantó y caminó de un lado para otro en el cuarto. Por un rato práctico esgrima con un enemigo imaginario. Inspeccionó sus otras armas y armadura, y pulió un poco el óxido de su hacha. Mientras checaba el filoso borde del instrumento, noto que estaba un poco embotado, pero lo suficientemente filoso para la horrible tarea en la que había sido destinada. También checo su maza, su escudo y las otras clasificadas piezas de armadura. Después de haberse ocupado en estas cosas lo mas que podía, una vez mas se hundió en su cama y contó las horas.

Cuando atardeció, Malcom no podía quedarse mas en el cuarto. Camino al pasillo y miro del balcón al cuarto principal del mesón. El cuarto estaba vacío excepto por Gu8y y un hombre mayor con pelo plateado largo y una barba blanca. Malcom vio que estaban envueltos en una intensa conversación.

De repente el otro hombre miro hacia arriba y vio a Malcom. Guy se disculpó y fue con Malcom. —Señor,— susurró, —el señor Guillermo me dio estrictas instrucciones de que no podía salir de su cuarto hoy.—

—Ay,—dijo Malcom, —pero ya no soporto mas mirar a esas cuatro paredes. En verdad tu residencia es agradable, pero no soy el tipo de hombre que se queda en su cuarto todo el día. Es como la muerte para mí.—

—Baja, joven,—dijo el hombre mayor.

Cuando Guy vio que Malcom estaba complacido con la invitación, consintió. Pero antes de regresar a su mesa, cerrojo la puerta y cerro las ventanas que daban hacia la calle principal.

Malcom bajo y camino hacia donde estaba el hombre mayor y se sentó. —Usted es Giles, ¿no?—preguntó

—Ese es mi nombre. Ven siéntate conmigo, y disfruta de la hospitalidad del amo Guy.—

—Gracias,—dijo Malcom, tomando el asiento opuesto. —He escuchado mucho sobre usted de Guy y su hermana, y de la chica gitana llamada Esme.—

—Y yo he escuchado mucho sobre usted. He escuchado que salvó la vida de Esme, y como su mentor espiritual, le agradezco su bondad.—

—Era la cosa mas honorable que podía hacer. La dama estaba en peligro, y ellos eran villanos que la habían atacado.—

—Sin embargo, no necesitabas intervenir pero Dios te movió para que lo hicieras, y te agradezco por ello.—

—Dios o no Dios, hubiera intervenido. Como dije estaba en peligro.—

—Bueno, haré la conjetura de que Dios te tuvo ahí para que vinieras a su defensa.—

—Eso suena como un buen arreglo. Pero dígame, amo Giles, ¿cómo te convertiste en maestro de esta manera, y un líder de esta gente llamada Cátaros?—

—No soy un líder. Soy un seguidor—un de nuestro Salvador, el Señor Jesús. Yo enseñé lo que he aprendido de aquellos mas honorables que yo.—

—Pero sobre lo que he escuchado sobre usted y sus enseñanzas, no parece que sea de la misma gente. Porque he escuchado de algunas de las doctrinas de los Cátaros, pero la vuestra no parece ser la misma.—

—Cuándo empecé mi búsqueda,—explicó Giles, —estudié y leí muchos libros. Pero no encontrando paz, empecé un peregrinaje—no una peregrinación a un santuario hecho de manos, pero un peregrinaje en busca de la verdad. Viajé a muchas ciudades. Mas tarde, en Lyon, conocí a Pedro Waldo, el líder de la gente que ahora es llamada por ese nombre. Vi que predicaba una gran verdad—la verdad de los santos de los evangelios.

—Por un tiempo, fui una de sus gentes. Viajaba con un acompañante, y predicábamos la Palabra de Dios. Pedro Waldo nos mandaba fuera para predicar las buenas nuevas en el vernáculo, el lenguaje de la gente común. Nos enseñó que la Palabra de Dios no puede confinarse a una sola lengua; es para todos los hombres, y todos los hombres deberían escucharla en su propio lenguaje. Y así, muchos de los evangelios y otros libros del Nuevo Testamento fueron traducidos al lenguaje Provençal de esa región, similar al Langue d'Oc.

—Pero después de un tiempo, mi espíritu se movió en mí y ansiaba regresar aquí, a mi hogar en Tolosa, para predicar entre mis propios parientes. Fue aquí que empecé a comunicarme con esos Perfectos de los Cátaros, y encontré que eran verdaderos y buenos hombres y mujeres. Fue hablando con ellos que una nueva dimensión se me abrió. Verá, Waldo me enseñó que la Palabra tenía que ser obedecida hasta el mas diminuto detalle. Hacíamos todo como instruía la Palabra, y si la Palabra no lo instruía, no lo hacíamos.

—Pero cuando conocí a los Cátaros, me enseñaron el gran principio del amor. El Amor, para ellos, sobrepasaba toda ley. Busque este asunto en las Sagradas Escrituras, y vi que el más grande mandamiento era amar a Dios con el corazón, alma, mente y cuerpo. Y amar al prójimo como a mí mismo. También aprendí que a veces el amor es contrario a la ley. Aunque Pedro Waldo me enseñó grandes cosas de las Escrituras, las Escrituras mismas no son amor; la carta de la ley son solamente obras muertas.

—Vine a ver que el amor es la cosa mayor; que el amor es el camino a la verdadera perfección. Empecé a mostrarle a la gente de las Escrituras como eran estas cosas. La gente escuchaba. Pronto tenía grupos pequeños de creyentes que me veían como su guía. Ahora me cuento como un maestro de cómo veinticinco grupos, esparcidos por la ciudad y pueblos de los alrededores. Fue mientras viajaba de una reunión a otra que me crucé con Ricardo y su familia. Les prediqué, y así es como se hicieron creyentes.

—El joven Guy aquí, no sabía que tenía todos esos grupos, y entonces esto todavía es como misterioso para él y su hermana. Pensé que era mejor no juntar a todos estos grupos en un gran compañerismo, pero en vez mantener cada uno pequeño, para que puedan sobrevivir en el mal tiempo que vendrá. Porque vendrá el mal, y no tardará mucho en llegar.—

Giles pausó un momento, mientras una mirada de gran consternación le vino sobre su cara. Después continuó sobriamente. —He visto en una visión, destrucción y guerra. He visto un puñal negro, levantándose del Norte, a aporrear a mi querido Languedoc. Un príncipe negro, de mucha malicia, guiará un ejército contra nosotros y prevalecerá. El también será bajado, pero no sin antes que a mi gente se le haya hecho gran destrucción y maldad. Y por eso mantengo a mis grupos pequeños y clandestinos, para que puedan sobrevivir en el día malo.—

Malcom se sentó cautivado, sus ojos hipnotizados por la clara mirada del viejito cuyos ojos azules brillaban con una misteriosa intensidad. La misma hermosa luz brillaba de toda esta gente, pero aun más brillante eran los de Giles.

A Giles se le llenaron los ojos de lagrimas, y Malcom puso su mano sobre su hombro en esfuerzo para consolarlo. —Querido señor,—dijo, —oro que esta espantosa visión no suceda, vendré a la defensa de su gente y sus creencias. Porque cuando escuche sus palabras, mi corazón se regocijó. Déjeme ahora dedicarme a esta causa. Esto es lo que he estado buscando.—

El viejito alcanzó la mano de Malcom y la apretó contra la suya. —No sabes lo que dices, jovencito, ni que problemas te hechas sobre ti mismo. Pero estoy feliz que haz escuchado la verdad de mis palabras, y te abrazo como a un hermano. Que Dios te fortalezca, y que el amor de su Hijo viva en tu corazón y te guíe a la verdad y todo entendimiento.—

—Que así sea,—dijo Malcom silenciosamente.

—Que así sea,—dijo Giles. —Jovencito, lo siento que no puedo quedarme mas tiempo, pero tengo que irme. La gente cuanta conmigo esta noche. Pero sepas que estaré orando por ti, porque mañana, escucho, tienes que estar en juicio por cargos falsos y atroces. No temas, porque Dios Quien es Creador de todas las cosas mandará a Su ángel para que este a tu lado.—

—Gracias,—dijo Malcom, —pero estoy contando con el Conde Raymundo que este a mi lado. Bueno, por lo menos ese es su plan.—

Giles suspiro. —El Conde Raymundo es un buen hombre, pero poderes más grandes que el pronto van a venir. Va a tener que transigir para mantener lo que reina, y va a sucumbir al final. Ahora tengo que irme.—

Guy, quien había estado parado al lado,, escuchando la conversación, agarró la capa del viejito que estaba colgada en una pinza de la puerta, y se la llevo a Giles. —Hermano Giles,—dijo Guy, —¿podría sugerirle que se fuera por la puerta trasera?—

—Sí,—dijo Giles mientras se iba, dejando a malcom en profundo pensar sobre todo lo que había escuchado.

Después de unos minutos, Malcom volvió en sí por fuertes golpes en la puerta delantera. Para que no lo vieran, se levanto silenciosamente de su silla, subió por las escaleras y desapareció a su cuarto. De la puerta rajada trato de comprender lo que estaba pasando.

Guy se apuró desde la cocina, y se paró frente a la puerta. —¿Quién está ahí?—demandó Guy. —¿Y porque golpean fuertemente en mi puerta?—

—Abre en el nombre del obispo,—gritó una voz familiar del otro lado. Malcom inmediatamente reconoció la voz de Bernardo. Guy abrió la pequeña mirilla y miró. —¿Y que quiere mi señor obispo conmigo,—preguntó Guy, —y con mi humilde mesón?—

—Tenemos reportes de que un tal Giles, el sastre, fue visto viniendo a este mesón. El obispo desea interrogar a este herético.—

—Están confundidos,—dijo Guy. —Soy el único aquí.—

—¡Abre esta puerta!—dijo Bernardo. —¡Como te atreves a desafiar al obispo negando la entrada a sus soldados!—

—No sabía que el obispo tenía autoridad para demandar la entrada a mi mesón.—replicó Guy.

—¿Quieres que rompa esta puerta?—bramó Bernardo.

—Desde luego que no.—respondió Guy.

—¡Entonces abre la puerta!—gritó Bernardo otra vez.

—¿Bajo que autoridad tengo que abrir la puerta?—dijo Guy.

—Escucha, impudente perro,—dijo Bernardo, claramente agitado sobre este desafío de su autoridad, —sí valoras tu vida, abrirías la puerta y me permitirías inspeccionar tu mesón.—

De repente una voz podía ser escuchada de afuera. —¿Dios mío, y que querrían los soldados del obispo con este pequeño mesón?—la voz de Guillermo fue claramente reconocida por Guy, y hasta Malcom quien estaba bastante alejado.

—Estoy conduciendo una búsqueda a la orden de mi señor obispo,—respondió Bernardo.

—¿Y que autoridad tiene el obispo para conducir búsquedas?—Guillermo preguntó.

—Por la autoridad concedida en él por Dios,—dijo Bernardo con indecisión.

—¡Oh, vamos, vamos sargento!—dijo Guillermo. —El obispo no tiene autoridad para ordenar búsquedas dentro de la ciudad. Esa es la prerrogativa de mi tío, el Conde.—

Bernardo se encendió. —Giles es un herético conocido, fue visto entrando a este mesón, y, en asuntos de herejía, mi señor obispo tiene autoridad.—

—Sí,—dijo Guillermo. —En asuntos de herejía su señor obispo en verdad tiene autoridad. Pero esa autoridad no se extiende a conducir búsquedas entre las casas de la ciudad. Esa es la prerrogativa del Conde. Una vez que el herético es aprehendido, solo entonces puede ser traído a juicio eclesiástico ante mi señor obispo. Vamos, vamos, sargento. ¡Usted sabe que no puede hacer esto!—

Bernardo, para entonces, estaba perdiendo la paciencia. —¡Mi señor Guillermo se ejerce en asuntos muy altos para él!—

—¡Oh, es difícil que lo piense,—dijo Guillermo. —Hablo en el nombre de mi tío. Sin duda, esa es suficiente autoridad. Ahora, váyase, sargento y deje a este pobre mesonero con sus ollas, sartenes y ollas nocturnas.—

—¿Y que, me pregunto, está haciendo aquí?—le dijo Bernardo a Guillermo.

—Que, solo pasando,—dijo Guillermo.

—¿Coincidencia?—los ojos de Bernardo se estrecharon.

—¡Dios mío!—exclamó Guillermo, —Esa es una espantosa abolladura que tienes en tu casco. ¿Te pegaron?

La conducta de Bernardo ahora se podría describir como muy airada. —¡Tu sabes muy bien que me pegaron! —dijo entre dientes. —Fue reportado por mi señor el obispo a tu tío el Conde, y estoy seguro de que haz sido informado.—

—¡Oh, es verdad! Un salteador, ¿no? ¡Tch, tch! Bueno, tienes que vigilar tu espalda, indispensable, ¿no? Pero sigue, ¡ya vete! Dile a tu obispo que no pudiste encontrar al hombre. O, puedes decirle que me rehusé a dejarte entrar a la casa, porque estabas quebrantando la ley y demandando entrar. ¡Sigue! ¡Vete!—dijo Guillermo, su voz de repente volviéndose severa. —¡Antes que haya mas problemas para ti!—

Bernardo de mala gana se movió de la puerta. Con enojo indicó a los dos guardias que lo acompañaban, y enfadados caminaron por la estrecha calle hacia el mercado principal.

Guillermo hizo un pretenso de ociosamente pasear al otro lado hasta que estaba convencido de que los soldados del obispo no lo podían ver en la calle oscura, luego regresó. Una figura envuelta en una capa ase apuro pasando a Guillermo y desapareció en la oscuridad de la calle delante.

Guillermo regresó hacia el mesón y entro al callejón que guiaba por atrás, donde estaban las mesas. Había salido de este lado esa mañana. Se hizo paso entre los establos, y se metió en la puerta trasera. Dando la vuelta en una esquina mientras miraba al otro lado, corrió sin ver topándose con Guy, quien estaba listo para dar un golpe, un gran sartén de inquebrantable fierro en su mano.

Los dos se quedaron inmóviles por un segundo en sobresaltado susto, luego los dos se empezaron a reir. — Esa arma que manejas es bastante fuerte,—dijo Guillermo riéndose entre dientes.

—Ah,—replicó Guy, —¡Temo que agarre la mejor cosa que podía, pensando que tenía que defenderme contra los brutos afuera de la puerta—aunque escasamente pienso que un sartén hubiera servido el propósito!—

—Tu pequeño mesón es ciertamente un semillero de problemas hoy! Pero te ruego que me digas, ¿es verdad que la guardia del obispo estaba buscando a Giles el sastre?—

—Sí, es verdad, y estuvo aquí. Se fue unos cuantos minutos antes de que empezaran a tocar.—

—¿Y Malcom?—pregunto Guillermo. —¿Todavía está arriba? No ha volado del gallinero, ¿o sí?—

—No, Malcom esta arriba,—dijo Guy.

Guillermo subió y entro al cuarto, donde Malcom estaba.

—Malcom, soy yo,—dijo, mientras abría la puerta lentamente. Era cuidadoso en asegurarse que Malcom sabía quien venía; porque había visto el espadachín de Malcom y no le importaba arriesgarse siendo el adversario.

—Bienvenido, señor Guillermo,—dijo Malcom. —¡Hubo bastante alboroto afuera!—

—Sí, temo que el sargento del querido obispo no me mira tan amablemente estos días—y mucho menos ahora porque interferí con su cargo allá afuera. ¿Me pregunto porque de repente el obispo quiere arrestar a Giles?— Guillermo reflexionó en voz alta.

—¿Por qué Giles es una amenaza a su autoridad?—dijo Malcom tratando de ayudar.

—Mmm, talvez,—dijo Guillermo. —Pero ha sabido de Giles por mucho tiempo. ¿Me pregunto porque escogió hoy para tratar de agarrarlo? Oh, bueno no vale la pena descifrarlo ahora. Ven, ¿haz comido?—

—Hoy he comido una vez,—dijo Malcom.

—Bueno necesitas comer otra vez, porque después de tu comida te tengo una vez mas que escoltarte al castillo, donde tendrás que esperar hasta mañana—y tu momento de verdad.—

—Me pongo en tus manos, y,—Malcom añadió en una voz que traicionaba una decidida pérdida de confianza después de la plática con Giles, —en las manos de tu buen tío.—

VIII —EL JUICIO

Malcom fue despertado por la pesada trompa de pies sobre las escaleras. Pronto Malcom escucho el sonido de una llave siendo puesta en un candado afuera de la puerta. La puerta se abrió de golpe con un fuerte sonido metálico, y dos figuras caminaron a la celda del calabozo. Uno agarraba una flamante antorcha en el aire,

mientras que el otro—un hombre flaco y desgarbado vestido en café y obviamente uno de los carceleros—bruscamente abrió las esposas del anillo encajadas en la pared de encima de la cabeza de Malcom.

Todavía esposado y argollado—Malcom fue bruscamente parado . —Venga, Escocés,—el hombre se burló.—Hoy encaras la dulce justicia de Tolosa.—

Malcom siguió en silencio.

Sin decir mas, el hombre agarro la cadena de las esposas y guió a Malcom fuera de la puerta y entre el estrecho pasillo. El otro asistente siguió. Los tres hombres marcharon por la escalera circular y emergieron a la deslumbrante luz del día.

Dos soldados tomaron posiciones a cada lado de Malcom, y el grupo marchó por el patio y al gran salón del castillo.

Ahí, hasta el mero final, estaba el Conde Raymundo sentado en su trono, flanco con Roberto de Avignon, y Sir Godfrey, el padre de Guillermo. El hijo del Conde Raymundo, el joven Raymundo, estaba al lado de Godfrey. Guillermo y otros notables de gala—algunos de los cuales Malcom reconocía del Torneo de Canción—también habían asistido.

A la izquierda del Conde, y a cierta distancia, se sentaba el Obispo Odo, rodeado de varios sacerdotes, diáconos, y otros funcionarios de la iglesia.

Malcom fue escoltado al banquillo de madera enfrente del Conde. Los dos soldados se quedaron, lanzas en mano, a cada lado de Malcom.

Un notable de la corte luego se levantó con un pergamino en su mano, y leyó lo siguiente. —Por la presente, en la corte del Conde Raymundo de Tolosa, es traído el asunto del ataque de los guardias del Obispo Odo hace cuatro días, el robo de trescientos, y la desaparición de uno de su número probablemente muerto. El prisionero, un tal Malcom McAlpin, un Escocés, es por este medio acusado de ser el perpetrador de estos actos, varios cómplices, a este punto no identificados, siendo confederados con él en este crimen. Este asunto es ahora traído a juicio ante Su Excelencia Conde Raymundo.—

El Conde Raymundo se volvió Malcom. —¿Cómo alegas estos cargos?—

Malcom miró primero al Conde, después al obispo, y de regreso al Conde. —¡Inocente!—exclamó a una voz fuerte y clara.

Un murmullo se levantó de la tribuna de espectadores.

El Conde Raymundo entonces se volvió a el obispo. —¿Mi señor obispo, donde están las victimas y los acusadores de este hombre?—

El obispo asintió a uno de sus asistentes, quien se apresuró a una puerta al lado y la abrió. Dentro caminó Bernardo y el otro guardia quien estaba con él aquél día.

—Estos dos hombres son las víctimas,—bramó Odo, —y ellos identificaron a este criminal como el que atacó y les robo, y asesinó a su acompañante.—

El Conde Raymundo se volteó a Bernardo y le ordenó que viniera hacia delante. —Dime tu historia,—dijo el conde.

Bernardo entonces emprendió su bien ensayada historia de cómo él y sus acompañantes iban camino a entregar una carta y un poco de oro al partido del legado papal, cuando a una distancia no muy lejana de Tolosa, fueron atacados por Malcom y los otros, golpeados inconscientes y robados.

—¿Y que le paso al mensaje?—pregunto el conde.

—¿Qué mensaje mi señor?—preguntó Bernardo.

—El mensaje que acabas de decir que llevabas. ¿También perdiste eso?—

—Ah, claro que no, mi señor.—

—¿Y porque llevabas un mensaje para el legado papal?—

—Eran negocios de la iglesia, mi señor,—explicó Bernardo.

—Mmm,—dijo el conde, con insinuación de sospecho en su voz.

Todo este tiempo, Odo estaba atentamente examinando al conde, porque se dio cuenta que con toda esta plática del mensaje, el conde mejor debería parar de engañarse de el hecho que sabía el contenido del mensaje, si en verdad lo sabía. Pero Odo esperaba su tiempo, y el conde continuó su interrogación con Bernardo.

Finalmente, Bernardo se volteó y apunto a Malcom. —Este es el hombre, y yo por lo tanto lo acuso de estos crímenes; y no solo yo, pero el hombre—mi compañero sobreviviente, quien está conmigo en este momento—también puede atestiguar que este es el sin vergüenza.—

—¿Tu también dices que este es el hombre?—

—Sí, su Excelencia,—el guardia respondió.

—¿Y los dos dicen, sin duda alguna, que este en verdad fue el hombre?—

—¡Sí, su Excelencia!—

—¿Y podrías identificar a cualquier otro de los asaltantes?—

—Nos atacaron por atrás, mi señor,—dijo Bernardo. —No lo vimos.—

—Mmm,—dijo el conde. —Tenemos la palabra de dos hombres contra uno. Muy bien pueden retroceder. Ahora interrogaré al prisionero.—Y con eso, el conde se volteó a Malcom, todavía parado silenciosamente en el banquillo. —¿Qué estabas haciendo en la carretera fuera de Tolosa esa mañana?—

—Solo iba para un paseo temprano en la mañana,—respondió Malcom.

—¿Entonces, no niegas que estabas en la escena del crimen?—

—No, mi señor, no niego que estaba en la escena del verdadero crimen.—

—¿Y que quieres decir con eso, Escocés?—

—Mi señor, me crucé con estos dos hombres y su compañero tratando de salirse con la suya con una doncella, por el río.—

Un murmullo se levantó de repente por la audiencia tan atenta. Los ojos de Odo se achicaron y lanzó una mirada a Bernardo.

—¡Mentiroso!—Bernardo gritó. —¡Esas son mentiras, atroces! ¡Esta mintiendo para salvar su cabeza!—

—¡Silencio!—ordenó el conde. —Vamos, Escocés, cuéntanos tu historia.—

—Bueno, cuando vi a estos tres brutos con esta chica, les grite que pararan.—

—¿Cuál fue su reacción?—

—Ese grandulón de ahí—apuntando a Bernardo—me dijo que me fuera; que no era asunto mío. Pero viendo que la mujer estaba obviamente en peligro y siendo forzada, le dije que lo iba a hacer mi asunto; que era mi deber como caballero y como jinete defender su honor si ella me escogía como su campeón.—

—¿Y defendió su honor?—

—Sí, mi señor, desafié a los tres de ellos.—

—Entonces, desafiaste y peleaste a estos tres hombres; tu, ¿uno contra tres?—

—Bueno, mi señor, no parecían tan hábiles con sus armas.—

Una ola de risa paso por la corte.

Bernardo bufó de cólera. —¡Esta mintiendo, mi señor!—dijo otra vez.

—Cállate,—dijo el conde con brusquedad. —¿Entonces que pasó?..

—Bueno, peleamos, y fácilmente domine a los dos, pero después se triplicaron, y ese grandulón ahí estaba a punto de matarme, cuando por sorpresa, alguien le pego en cabeza y lo noqueó.—

—¿Y quien era este alguien?—pregunto el conde.

—Un cierto bienhechor, mi señor,—dijo Malcom.

—¿Y quien puede ser este bienhechor?—preguntó el conde.

—No puedo decir, mi señor,—dijo Malcom, —porque di mi palabra.—

A este punto, el obispo Odo interrumpió. —¡Esta historia es una historia absurda Conde Raymundo! ¡Este nos quiere hacer creer que peleo a tres de mis guardias sin ayuda con el noble esfuerzo de salvar el honor de una jovencita! No trae a ningún testigo, pero solamente esta fantástica historia. Estos dos,—dijo, señalando a Bernardo y al otro, —son mis hombres mas confiables. ¡Ellos claman de que este hombre abordo y torció sus intenciones mientras los atacaban por atrás sus amigos bandidos! ¡Eso es lo que paso, y no esta historia, absurda, imaginaria y de supuesta caballerosidad! Ese hombre,—Odo ahora estaba apuntando su dedo furiosamente a Malcom, —es un salteador y mentiroso.—

—Mmm,—medito el conde. —Es verdad, tenemos la palabra de dos. Y, como dice el proverbio, ‘En la boca de dos testigos la verdad será establecida.’ Temo, Escocés, que no puedo creerte por tu palabra, porque dos gentes la contradicen.—

Una sonrisa recorrió el rostro de Odo cuando escucho esas palabras.

Pero al momento, las puertas del mero final del salón se abrieron de golpe. —¡Mi señor,—gritó una nueva voz, —contradeciré la declaración de esos hombres!—

Todos en el salón se voltearon a ver quien estaba hablando. Ahí, con un brazo alrededor de Guy y el otro apoyándolo fuertemente en una muleta, estaba el miembro perdido de la guardia de Odo.

—¿Y quien eres tú?—preguntó el Conde.

—Yo era el tercer miembro del trío que atacó a la muchacha esa mañana,—dijo el soldado, en una voz bajita pero firme.

Otro grito de asombro se levantó de la multitud a este dramático vuelco de sucesos. El soldado, asistido por Guy, cogió hacia delante donde estaban los otros asistentes de la corte.

Odo se dejó caer en su silla en estado de shock. Bernardo y su otro acusador se quedaron mudos, y por unos momentos parecían espectadores atormentados quienes habían regresado de la tumba para dar testimonio de la recompensa de sus tontas hazañas mientras vivían.

—Mi señor conde,—dijo el tercer soldado, cuyo nombre era Rogelio, —le ruego dos favores. Primeramente, lo que estoy a punto de atestiguar me pondrá en peligro mortal, entonces le ruego que se me ponga bajo su protección hasta que el proceso haya terminado. En segundo, mi fiebre ya ha pasado y tengo la mente clara, pero como mi pierna esta todavía dolorosamente herida de la pelea que resultó, puedo pedir sentarme, ¿mi señor?—

—Te concederé las dos peticiones,—dijo el conde. —Tráiganle al hombre un asiento.—Un asistente se apuro con un banco, y Rogelio se dejó caer pesadamente sobre él y empezó su testimonio.

—El Escocés le dice la verdad, porque vimos a la chica desnuda en el río, y los deseos ardían en nosotros. Planeamos salirnos con la nuestra con ella esa mañana, antes de continuar nuestro viaje. Pero el Escocés vino sobre nosotros, y viendo nuestras intenciones maliciosas, nos desafió. Los tres lo peleamos, y sí, él, dolorosamente me hirió en la pierna, y por eso me caí y me desmaye del dolor.

—No recuerdo lo que paso desde ahí, excepto que me desperté para encontrar a una chica, la misma que habíamos buscado dolorosamente deshonorar, cuidando de mi herida.

—Me dijo lo que iba a ocurrir hoy, y es por eso que estoy aquí. Aunque este hombre es la causa de mi presente dolor y condición lisiada, no puedo dejarle sufrir tan innoblemente en las manos de mis antiguos compañeros, cuando fuimos nosotros quienes hicimos el acto desvergonzado—o por lo menos tratamos.—

—¿Y que de el dinero que llevaban?—preguntó el conde.

—¿Dinero? No llevábamos dinero, mi señor, solo una carta para su Excelencia Pedro de Castelnaud,—replico Rogelio. Para entonces Odo se había levantado, y se arrebato hacia Rogelio. —¿Y quienes eran estas gentes que te cuidaron?—siseó, tratando de desviar la atención sobre el mensaje y el dinero.

—¡Eran gitanos, señor obispo!—

—¿Los gitanos? ¿Qué gitanos?—

—Estaban acampando cerca del río donde habíamos para do para que los caballos bebieran.—

—Y la mujer—la chica, ¿era gitana?—

Rogelio asintió. —Y la mujer mas cristiana que jamás he conocido,—añadió.

Ahora Odo se volteó para encarar al Conde Raymundo. —¡Mi señor conde,—dijo, —es obvio que este hombre ha sido embrujado! Su cerebro ha sido podrido por esos gitanos. Son paganos, mi señor conde, y no han estado de acuerdo con la protección en la Cristiandad. Son devotos de las tinieblas—peor que los Cátaros, con quienes sin duda alguna se han aliado. Le han echado un hechizo, por eso no sabe lo que dice. Para conceder a una chica gitana el honor de ser llamada una verdadera cristiana es un insulto para todas las nobles señoras de nuestro reino. Esta historia se ha ido muy lejos. Las palabras que este tonto vocea son cosas imposibles de creer. Traiciona su propio estado encantado.—

Un murmullo de asentimiento ondeo por la supersticiosa multitud, quienes compartían el prejuicio de Odo.

El Conde Raymundo miro al hombre. —A mí me parece que esta en sus cinco sentidos, mi señor obispo.—

—Yo soy el juez de asuntos espirituales como este,—desafió Odo.

—Pero, mi señor obispo,—Raymundo replicó firmemente, —yo soy el juez aquí. Esta es mi corte, no la suya. De acuerdo al claro testimonio de este hombre, solo puedo declarar la inocencia de este Escocés. Además aparece que ustedes han fabricado la historia de el dinero robado. ¡Solo puedo asumir, entonces, que algo le paso al mensaje que estos hombres llevaban, algo que—he notado, señor obispo—usted prefiere no discutir!—

Odo miró ferozmente a Raymundo. —¡Usted no tiene derecho a acusarme! ¡Este hombre ha sido embrujado! ¡Por eso demando un juicio por combate, para probar la culpa del Escocés!—

Una sonrisa cruzó la cara de Malcom, porque la idea de hacer un combate con Bernardo para probar su inocencia era algo que esperaba ansiosamente.

El conde se volvió hacia Malcom, —¿Aceptas este juicio por combate?—

—Lo aceptaré,—dijo Malcom, —porque soy inocente de estos cargos.—

—¿Y quien va a ser su campeón?—pregunto el conde a Odo.

Odo se volteó a mirar a Bernardo. Era obvio que Bernardo no era su igual, porque ya el y sus dos soldados habían sido derrotados—o por lo menos casi derrotados. Odo recorrió el cuarto con su mirada hasta que sus ojos cayeron sobre un hombre atrás de los séquitos del conde.

—¡Pido a Alberto de Aurillac, un caballero noble y verdadero hijo de la Madre Iglesia, para que sea el campeón de esta iglesia en este asunto!—

Un fuerte murmullo corrió por la corte. Los ansiosos ojos de Malcom y Guillermo se encontraron. La situación había tomado una vuelta peligrosa, porque Alberto de Aurillac era indiscutiblemente el mejor espadachín del sur de Francia.

El conde, su cara notablemente grave, se volvió a Alberto. —¿Qué dices tu, Alberto de Aurillac? ¿Aceptarás esta comisión?—

Escasamente con un momento de vacilación, gritó, —¡Acepto!—

—Entonces,—dijo el conde volteándose hacia Odo, —ha apelado un juicio por combate, y, siendo un sacerdote, es su derecho de que alguien pelee por usted. Los dos lados han estado de acuerdo. Por lo tanto, declaro que esta tarde en la palestra real, este combate comience. Que la verdad y justicia prevalezca, de acuerdo a las leyes de los Francos, quienes gobiernan nuestras tierras.—

—Y a los dos combatientes les digo: Acudan a ese campo una hora pasada la tarde hoy, ahí harán un combate de muerte. Y si cualquiera no aparece, su culpa será declarada, y se tildará como a un forajido. Escojan sus padrinos.—

—¿Y tú, Escocés, a quien escogerás para que sea tu padrino?—

Con esto, Guillermo camino hacia delante. —Mi señor tío, este hombre es un extraño en nuestras tierras. Sería deshonorables para él, y para nosotros, si el no tiene un padrino. Por lo tanto yo me ofrezco a ser el padrino de este hombre, y para arreglar los detalles de la lucha.—

—Que así sea,—dijo el Conde Raymundo. —Esta corte queda suspendida, y se convocará de nuevo en el escogido campo en el tiempo dicho. Y ¡que Dios tenga misericordia de todos nosotros!—

IX — EL LEGADO PAPAL

Cuando la corte estaba a punto de dispersarse, un gran alboroto podía escucharse. Venía en dirección de la ciudad. Un paje vino al gran salón y apochó al Conde Raymundo.

—Mi señor,—dijo, —el legado papal, Pedro de Castelnau y su séquito, han entrado a las puertas de la ciudad. Ahorita están caminando hacia el castillo.—

—El propicio momento para que llegue,—reflexionó el Conde Raymundo. —Bueno, mi señor obispo,—dijo Raymundo volteándose a Odo, —parece que el legado papal ha llegado justo a tiempo para el juicio en combate. —

Odo se miró un poco desconcertado, pero rápidamente puso una cara radiante. —Sí, mi señor conde,—dijo Odo. —Y el verdaderamente verá el triunfo de la verdad y la vindicación de los sirvientes de nuestra Santa Madre Iglesia cuando el Escocés caiga bajo los espadaños del poderoso Alberto de Aurillac.--

—Sí, mi señor obispo,—dijo el Conde Raymundo, —puede que sí, pero como recordará, el santo Padre, Inocencio III, ha fomentado al clero de tomar recurso de juicio por combate. Su excelencia estará en una situación de lo mas embarazosa.—

Odo se inclinó en burlesca benevolencia. —Discúlpeme, mi señor conde, tengo que irme y hacer preparaciones para recibir a Su Excelencia Pedro de Castelnau y su séquito, en mi residencia. Le ruego, que me conceda irme.—

—Oh, desde luego,—replico el conde. —Ruego que todo vaya bien en su entretenimiento al legado. Desde luego, por supuesto, espero verlo a usted y a el legado esta tarde, en la palestra.—

—Ahí estaré,—dijo el obispo, —pero no puedo hablar por el honorable Pedro de Castelnaud en este asunto.—

Odo rápidamente se dirigió hacia la puerta principal. Sus asistentes se encarreraron para mantener el paso con él, y se esforzaron para formar un tipo de procesión ordenada para salir del gran salón, bajando los escalones, pasando el patio, y afuera de la puerta del castillo.

El Odo normalmente lánguido marchó con un entusiasmo del cual su séquito no estaba acostumbrado. Odo llegó a su palacio, solo para ver al legado y su partido acercándose a la puerta principal. Ahí estuvo una figura, alta y angular de Pedro de Castelnaud, vestido las distintas mantas blancas e la orden Cisterciense. Aunque solo era un fraile y por lo tanto normalmente mas bajo que la jerarquía de la iglesia que Odo, Pedro de Castelnaud era el favorito del Papa y a menudo actuaba como su legado del reino en Languedoc, particularmente en esfuerzos para detener la “herejía” de los Cátaros. Odo tenía la intención de mostrarle la debida deferencia y por lo tanto esperar congraciarse con el mismo con los poderes que están en la corte papal.

—¡Bienvenido!—proclamó Odo, mientras se apuraba para saludar al legado.

—Tuvimos un viaje muy exhausto,—dijo el legado. —Espero que no hayamos impuesto demasiado sobre su hospitalidad, pero por favor podría encontrar alojamientos para los miembros de mi partido, y después lléveme a los apartamentos preparados para mí.—

—De inmediato,—dijo Odo. —Le hemos estado esperando por algún tiempo. Pido disculpas por no estar aquí cuando llego, pero estaba en asistencia con el conde en asuntos de importancia.—

—Si, he escuchado noticias de este juicio. ¿Todo salió satisfactoriamente para usted?—

—No fue como esperaba,—dijo Odo, un poco abatido, —pero el asunto no se ha terminado todavía. Va a ser decidido por un juicio por combate.—

—¿¡Que!?!—exclamó el legado, —¿No sabía que el Santo Padre expresamente le ha prohibido al clero que se envuelva en juicios por combate?—

Odo se movió de un lado para otro nerviosamente ante el legado pero hizo lo que pudo para mostrar un frente cortés. —No había nada mas que se pudiera hacer. Fue forzado entre nosotros.—

—Mmm,—dijo el legado, —esperemos que nuestro Dios en el Cielo sonría sobre esta aventura, y que le dé fuerza a su campeón.—

—No tengo temor de que le dará fuerza a nuestro campeón,—dijo Odo mas seguro, —porque el grandioso Alberto de Aurillac, el caballero mas temido en todo el sur de Francia, va a ser el campeón de nuestra Iglesia.—

—Bueno, ya veremos, ¿no?—

—Sí. Venga, déjeme guiarlo a su apartamento.—

Los sirvientes corrieron acá y acullá mientras Odo movía sus manos enfurecidamente a varios quienes parecían no estar lo suficientemente ocupados atendiendo a su Excelencia.

Los dos hombres caminaron por la escalera principal al segundo piso, y se dirigieron hacia los apartamentos de invitados.

—¿A que hora va a ser este juicio?—pregunto el legado mientras pausaron en la puerta.

—Una hora después de la tarde este día, su excelencia,—replico Odo.

—Muy bien, Dígale a sus sirvientes que preparen un lugar para mí. Estaré atendiendo.—

*

Después de la precipitada salida del obispo del salón principal del castillo, Guillermo le ordeno al carcelero que removiera las argollas y esposas de las muñecas y talones de Malcom, diciéndole al carcelero que él tomaría el cargo de alistar al Escocés para el próximo combate.

—Ven, mi estimado hombre,—le dijo Guillermo suavemente a Malcom. —Tenemos mucho que preparar.—

Justo entonces Alberto de Aurillac caminó hacia Guillermo y Malcom.

—Te me haces muy familiar,—dijo, mirando a Malcom intensamente.

—Talvez nos hemos conocido antes,—remarcó Malcom.

—Talvez sí, aunque el tiempo y las circunstancias se me escapan. Pero eso no tiene consecuencia.—Alberto había venido a dejar un mensaje, y no se despistaría. —Quiero que sepas,—dijo Alberto, —que me encanta pelear. Me encanta vencer a un adversario. Disfrutaré peleándote, y no pararé por nada, pero hasta matarte.—

—Señor Alberto, usted tiene cierta manera con las palabras,—dijo Guillermo, con un notable tinte de sarcasmo en su voz.

—¡Arguendero!—le gruñó Alberto a Guillermo antes de voltearse una vez mas a Malcom. —Soy un verdadero hijo de la Madre Iglesia, y defenderé su honor con cada onza de fuerza en mi cuerpo. No lo dudes.—

Volteándose a Guillermo añadió, —mi padrino se entrevistará contigo antes que el combate empiece.—

—Muy bien,—dijo Alberto. —Haz tus oraciones, Escocés, y asegúrate que tu corazón esté preparado para encontrar a tu Dios.—

—Creo que mi corazón está preparado.—dijo Malcom, —mas preparado de lo que jamás ha estado en el pasado. Pero no te asegures de que yo sea el que toque los portales celestiales.—

—¡Ja!—dijo Alberto. —Eres un presumido, pero queda por ver si eres hábil con tu espada como con tu lengua.—

—Entonces ya veremos,—dijo Malcom.

*

Guy, después de asistir a Rogelio en el salón principal por su apariencia en la corte, se había apartado un poco. Guillermo ahora le hizo señas para que viniera. —Vamos a necesitar las armas del Escocés,—dijo Guillermo. —Haz que las traigan a mi tienda, la cual estará puesta en el campo de combate.—

—Lo haré,—dijo Guy, antes de voltearse. —Hermano Malcom, por favor sepa que a los muchos que les pueda notificar, orarán por su fortaleza, y habilidad, y ánimo para el tiempo de batalla. Y más que todo, oraremos por su triunfo hoy. Sabemos que su causa es justa, que nuestro Dios es justo, y que El siempre pueda hacer lo imposible. Tu adversario es grande, eso es muy notable, pero tu estas armado con verdad y justicia.—

—Gracias,—replicó Malcom. —Esas son palabras tangibles, y son un consuelo para mi corazón. Sí, ¡por favor dile a los otros que oren, porque en verdad necesitaré todas sus oraciones este día!—

*

con todo el alboroto todos se habían olvidado de Rogelio, quien estaba bastante silencioso, probablemente sintiéndose débil mientras se sentaba en el taburete. Guy finalmente noto que el hombre estaba a punto de colapsarse, y corrió para asistirlo. Guillermo señaló a dos de los asistentes de su tío. —Lleven a este hombre a mi cuarto,—dijo Guillermo, —y asegúrense de que esté bien cuidado. Luego vayan a l propiedad de mi padre y díganle al guardabosque que Rogelio, de la guardia del obispo, está descansando aquí en mi apartamento y podría usar los servicios de la persona que lo ha estado cuidando. Luego esperen mientras busca a la enfermera y tráiganlo aquí.—

—Sí, mi señor,—dijo el asistente. El y su acompañante abrazaron a Rogelio de cada lado. Con uno de sus brazos sobre cada uno de sus hombros, ellos le ayudaron a las escaleras que guiaban a los cuartos privados del castillo.

Malcom se volvió hacia Guy. —Necesitaré mi caballo, también.—

—Sí, Malcom estará ahí junto con sus armas.—

—Gracias. Eres un buen amigo.—

—Es un honor ser llamado tu amigo,—dijo Guy mientras se daba media vuelta y se iba.

—Bueno,—dijo Guillermo, tratando de sonar alegre, —¿Ahora si que somos pesimistas, no? Ven vayámonos. Creo que necesitas una buena comida, Malcom. No puedes pelear con un estómago vacío. Mientras comes, te diré los puntos fuertes y débiles de Alberto, porque lo he visto luchar muchas veces. Aunque es formidable, no es del todo invencible. Talvez tu seas el que va a hacer caer al el poderoso Alberto de su pedestal.

—Eso espero,—dijo Malcom, —porque si no, no veré otro amanecer.—

—Ven, vayámonos.—

Los dos hombres se fueron caminando.

Desapercibido, parecía, por los otros, Roberto de Avignon había observado la conversación de una distancia discreta. Él, también se dio la vuelta y salió del cuarto.

*

El sol estaba alto en el cielo cuando Guillermo y Malcom llegaron al campo de torneo. Había un torneo anual en Tolosa, y para acomodar esto, las palestras habían sido edificadas hace un tiempo anteriormente. Era un campo largo, situado justo aafuer a de las murallas de la ciudad. Una fensa dividía el campo. Cuando era un torneo de

lanza, los dos combatientes se atacarían uno al otro y cabalgarían en lados opuestos de la fensa. Esto era para prevenir a los caballos de que se desviarán y se arrollaran contra el otro.

A un lado del campo estaba una pequeña tribuna donde el conde y otros nobles del área se sentarían para observar el torneo. De el otro lado del campo había una fensa, y detrás una loma donde venía la gente común. A cada final, las tiendas de los combatientes serían puestas. Solo había dos tiendas puestas ese día—una de Alberto y la otra de Malcom.

Fiel a su espada, Guy llegó al campo con el caballo de Malcom y sus armas. Con él estaba la hermosa Eloisa. Antes de venir al campo, le habían dado palabra a Francisco el panadero quien prometió esparcir la palabra entre los fieles—esperando asta a Giles—para que oraran por Malcom.

Malcom y Guillermo tuvieron un buen banquete, aunque aprensivo, en faisán, fruta y buen vino. Malcom había bromeado tristemente de que su “última comida” había sido una de las mejores en su vida. Guillermo, nunca dado a tales pensamientos melancólicos, le dijo a Malcom que se alegrara. —¡Tan seguro que como hay un Dios, te dará fortaleza para la batalla!—

Guillermo pensó un momento, y noto con regocijo que el ahora estaba predicando la fortaleza y gracia de Dios—algo que hubiera sido fuera de carácter para el solo unos días antes. —Bueno, tenemos que arreglarte,—añadió rápidamente.

—Sí,—dijo Malcom, —será mejor que hagamos eso.—

*

Estos eran los días que los caballeros usaban armadura pesada; el blindaje pesado solo serían comunes en los siguientes siglos. En esta época, los caballeros usaban una camisa de malla que les llegaba hasta el muslo llamada coraza. Consistía en pequeños anillos de acero entrelazados. Había miles de estos en una coraza. Sujetado a la coraza había una capucha llamada cofia que cubría y protegía la cabeza. Las mangas de la coraza también estaban hechas de malla y terminaban en guantes del mismo. Una prenda gruesa y rellena era usada debajo de la coraza.

En sus cabezas los caballeros usaban cascos de metal con un puente que parcialmente protegía su cara. Sus piernas estaban cubiertas de por polainas de malla. Sobre la coraza usaban una túnica sin mangas quien llevaba un emblema identificable, llamado una capa de armas. La de Malcom era azul y llevaba la imagen de un león parándose en sus piernas traseras. Los escudos mas comunes en estos días eran redondos de arriba y curvados para abajo hasta una punta larga, algo así como una lagrima vertida. El escudo de Malcom era plano, aunque era común para la mayoría de los caballeros tener su capa de armas pintada en sus escudos.

Al tiempo designado, Teobaldo vino a la tienda de Guillermo, y los dos salieron para conversar a una distancia no muy lejana.

—Normalmente,—dijo Teobaldo, —tu hombre tendría el derecho de escoger sus armas, pero en este caso el Obispo Odo apeló por un juicio por combate para probar su inocencia de los cargos dirigidos por Rogelio. Entonces ahora Alberto toma el lugar del acusado, y tu hombre es el acusador. Por lo tanto, Alberto clama el derecho de escoger las armas.—

—¡Esto es absurdo!—dijo Guillermo. —¡Mi hombre es el hombre del banquillo, y tu hombre esta en el lugar del acusador!—

—No,—replicó Teobaldo, —nosotros tenemos que escoger las armas. Alberto me ha indicado que sea muy claro. Él va a tener que la opción de las armas.—

—Entonces apelaré a mi tío como el juez,—dijo Guillermo. —Ven, vayamos.—

Eloísa había estado muy lejos durante los pasados procedimientos. Malcom ahora se volteó hacia ella. Ella se sonrojo y miro hacia abajo.

—Gracias por venir,—Malcom le dijo en voz baja.

—Tenía. ¡Oh, Malcom! ¡Temo por tu vida!—

—No temas, ¿por qué no fuiste tú la que dijiste que tu Dios era un Dios fuerte?—

—Sí, pero en tiempos como este, temo que mi fe tiembla.—

—Señorita Eloisa, le puedo pedir un favor.—

—¡Le ruego, pídamelo.—

—Es una costumbre que en un torneo, un caballero lleve un símbolo de su señora. No tengo señora...pero he encontrado en usted no solo una señora, pero una hermana y una mujer de rara belleza. No soy muy bueno para

expresarme, y soy torpe alrededor de las mujeres. Tal vez es el saber que mi muerte es inminente que me da el valor para hablar de este modo, pero, ¿tendría un pañuelo o algún otro símbolo que podría usar?—

Eloisa se sonrojó. —¡Oh, Malcom, mas que gustosa te daría un símbolo! Porque en verdad, me importas mucho. ¡No mueras hoy! Lucha con todo lo que en ti tienes. Toma, que este sea mi símbolo para ti,—dijo mientras se quitaba un largo pañuelo de lino. —No es de la seda más fina que las verdaderas señoritas usarían, pero sepas que simboliza mi amor, más verdadero y más grandioso que cualquiera de ellas pudiera tener por ti.—

Ahora era el turno de Malcom para que se sonrojara. —Eloisa,—confesó, —desde el primer momento que puse mis ojos en ti, mi corazón se perdió en ti.—

—¡Oh Malcom,! ¡Gustosamente te doy el mío también!—

—¡Verdaderamente, , ahora tengo algo por lo que vivir y pelear! Te ruego, amarra el pañuelo alrededor de mi brazo. Con cada blandir de mi espada, veré el símbolo y me dará fortaleza.—

Guy, quien estaba parado ahí, se sintió de lo mas incómodo cada vez mientras miraba como este encuentro se desarrollaba. Finalmente no lo podía ver mas, y se alejó para darle a los dos un poco de mas privacidad. Ahora, llegaría Guillermo.

—Esa si que estuvo cerca, amigo, pero tengo buenas noticias,—dijo. —Alberto estaba tratando de clamar el derecho de escoger las armas, mientras declaraba que en este instante nuestro más desagradable obispo era el que estaba ofendido. Pero mi tío afirmo que tú eres legítimamente el acusado, y por lo tanto retienes el derecho de escoger las armas.—

—Entonces escojo la espada,—dijo Malcom después de pensar un momento.

—Es bueno,—dijo Guillermo. —Porque con una hacha o maza, Alberto no tiene par. Aunque con su espada él tiene pocos iguales. El combate empezará en caballo. Mmm, veo que has hecho muchos progresos para alistarte mientras no estaba.—

Malcom sonrió. —Sí, hemos hecho muchos progresos,—dijo, mientras se volteaba a mirar a Eloisa. Por un momento sus ojos se juntaron.

—Te amo, noble Malcom,—dijo Eloisa.

—¡Y yo a ti, buena señorita!—respondió Malcom.

—¡Que Dios te de fuerza y poder!—oró Eloisa. —Oh, Jesús, por favor trae a este mi amor, sano de la batalla hoy.—se precipitó hacia delante y abrazó a Malcom ardientemente.

Después de un largo, y tierno momento, Malcom cuidadosamente se quitó del asir de Eloisa.

—Tengo que irme ahora,—le susurró suavemente, y, volteándose hacia Guillermo, dijo, —Ven, ayúdame a ponerme el resto de estas cosas. Porque tengo una batalla que pelear.—

X —HASTA LA MUERTE

Bien armado, Malcom salió de la tienda y miró al gran campo de torneo. Al mero final, claramente podía divisar a Alberto de Aurillac caminando de un lado para otro enfrente de su tienda, obviamente impaciente por empezar la pelea. El sol estaba alto en el cielo, y Malcom sabía que la trompeta pronto sonaría para convocar a los dos guerreros para que vinieran al conde.

Malcom saco su espada y la checo una vez mas. Sabía que él ahora estaba físicamente listo, y también sentía la seguridad de que estaba listo en espíritu. Se estaba afirmando una confianza dentro de el—no una sobre confianza en sus habilidades, pero una confianza de que sus nuevos hermanos y hermanas lo ayudarían a pasar por esta prueba.

Sabía que pelar una batalla era desconocido para muchos de los Cátaros, quienes evitaban cualquier tipo de violencia, pero estaba agradecido de que Guy, Eloisa, y aquellos en su compañerismo estaban orando para que saliera de este encuentro victorioso.

El toque de la trompeta sacudió a Malcom de su sueño. Era la llamada por la los dos combatientes habían estado esperando. Malcom caminó hacia su caballo y con gran habilidad se montó en la silla.

Guillermo caminó al lado de él, mientras se movían lentamente al campo hacia la tribuna central donde estaban sentados Raymundo, Odo, Pedro de Castelnau y otros dignatarios.

Una gran multitud de gente común se había juntado al otro lado del campo. Aparentemente, palabra del juicio por combate se había esparcido rápidamente entre la gente del pueblo. La reputación de Alberto había asegurado que una buena multitud estaría ahí para presenciar este evento.

En unos minutos, Malcom y Guillermo estaban parados frente a la tribuna. No habían hablado en su camino allí; todo lo que se necesitaba decir ya se había dicho.

Guillermo subió por las escaleras y tomó su asiento a la derecha de el conde. Alberto y su padrino llegaron como al mismo tiempo. Teobaldo también dejó a su primo para tomar su lugar en las plataformas. Alberto y Malcom se miraron momentáneamente, antes de que el heraldo se levantara y proclamara el propósito de la lucha.

—¡Oigan! Que todos los que están juntos este día escuchen y entiendan. Hoy hoy ha sido decretado que estos dos combatientes han traído su agravio, para que se establezca por un juicio por combate, ante la corte del Conde Raymundo de Tolosa. La pelea será con espadas, como fue escogido por el acusado, Malcom MacAlpin.

—Ustedes dos marcarán una distancia de veinte pasos, y se atacarán uno al otro en sus caballos. Si uno de ustedes cayere, entonces continuará peleando desmontado. La pelea será hasta la muerte, y que Dios conceda fortaleza a aquél cuya causa es la justa. Vayan ahora, y tomen sus posiciones. Al sonido de la trompeta, el combate empezará. Así fue decretado por Su Excelencia, Raymundo el Sexto, Conde de Tolosa.—

Malcom y Alberto se apartaron con su caballo, hasta donde un marcador mostraba la distancia requerida que tenían que tener para la iniciación del combate. Malcom se amarró bien en su silla, su cuerpo tenso y listo para el ataque que estaba a punto de empezar.

Alberto estaba más grande y más formidable, pero Malcom era obviamente el más atlético de los dos. Esto iba a tener que ser una competición entre fuerza contra habilidad. Malcom miró sobre su escudo a Alberto, sacó la espada de su funda y la mantuvo a su lado. Su brazo izquierdo llevaba su escudo, dejando su mano libre para agarrar las riendas de su caballo.

La trompeta sonó, los dos jinetes espolearon sus cabalgaduras, y los caballos se arremetieron uno contra el otro. El primer golpe de las espadas de los hombres hizo eco por todo el campo de muerte. Los dos giraron y vinieron sobre el otro otra vez. La espada de Alberto se clavó en el escudo de Malcom con una fuerza mortal. Malcom se tambaleó en su silla y se esforzó por recobrar su balance. Desesperado, Malcom blandió su espada de lado, recortando el escudo de Alberto y casi causando que se cayera de su mano.

Los dos se voltearon otra vez y atacaron en fila cercana. Esta vez se quedaron atascados en batalla, blandiendo sus espadas contra el otro con toda la fuerza que podían. Alberto era el hombre más grande, y sus espadasos venían con fuerza mortal.

Los fuertes espadasos de la espada de Alberto hicieron su daño al escudo de Malcom. Sin embargo, Malcom, estaba capacitado para absorber los golpes por ahora, porque estaba conservando su fuerza. Alberto estaba blandiendo salvajemente, y Malcom sabía que con el tiempo el hombre más grande empezaría a cansarse—y eso sería cuando él tomaría su oportunidad.

Pero Alberto era un luchador astuto. Sus ojos relumbraban hacia Malcom de debajo de su casco, mientras dejaba salir un continuoso arrollo de maldiciones.

—Tú, perro extranjero,—gruñó entre sus blandires. —Te haré pedazos y te daré de comer a los cuervos pieza por pieza. ¡Cerdo! ¡Perro sarnoso! ¡Chancho!—

Alberto mantuvo su locuaz arrollo de maldiciones, mientras que Malcom consideraba más sabio concentrarse en su lucha que en maldecir.

Alberto espoleó su caballo a unas cuantas yardas, luego se volvió otra vez para atacar a Malcom. Malcom volteó su corcel a tiempo para que su escudo se encontrara con otro ataque violento de los blandires de la espada de Alberto.

Era ora para que Malcom fuera a la ofensiva. Blandió su hoja y le pegó al escudo de Alberto con una fuerza que los Franceses claramente no habían esperado. Inestable en su silla, Alberto se inclinó mucho al otro lado. Malcom presionó su ventaja. Una y otra vez golpeó a su adversario. De repente, el gran hombre se volcó de su caballo. Un clamor eructó de la multitud.

Saltando en sus pies, Alberto giró para enfrentar el siguiente ataque.

Malcom claramente tenía su ventaja ahora, y estaba a punto de espolear su caballo, cuando, como si por una inspiración instantánea, captó las intenciones de Alberto. La espada del caballero Francés estaba en equilibrio

para darle un golpe mortífero a la montura de Malcom y hacer caer al animal, esperando aplastar a Malcom abajo. Malcom freno a su caballo.

—¡Vamos, cobarde! ¡Escoria!—Alberto se mofó. —¡Atácame!—

Malcom rápidamente consideró sus opciones. Un caballo de batalla era un animal extremadamente valioso, y uno el cual no podía costearse perder en un encuentro como este. Rápidamente, Malcom desmontó y dio a su caballo una palmada en su ijada para mandarlo trotando en la otra dirección. El caballo de Alberto ya había sido agarrado por algunos asistentes y guiado fuera del campo de batalla.

Malcom y Alberto, ahora en términos iguales, circularon cautelosamente. La malla era una amplia defensa contra los mordaces blandires de una espada, pero fácilmente podía ser penetrada por una repentina apuñalada, ya sea de una espada, una lanza, o saeta de una ballesta.

Alberto arremetió otra vez. Malcom mas rápido en sus pies que el hombre más grande, hábilmente se movió a un lado. Alberto paso el ataque.

Alberto se volvió, su cara enrojecida y sus ojos quemándose con un odio intenso. Blandió otra vez a Malcom con toda su fuerza. Malcom tomo el blandir con su escudo. El blandir era uno pesado, y Malcom se resbaló un poquito. Alberto trató de presionar ventaja, empujando y empujando a Malcom con intento de derribarlo.

Malcom se detuvo, casi se caía para atrás, y después, usando toda su habilidad atlética, echó su peso a un lado. Una vez más el hombre grande le paso volando. Otro clamor se levanto de la multitud.

—¡Piensas que eres muy inteligente!—dijo Alberto. —¡Piensas que eres todo un espadachín! Todo lo que sabes hacer es correr. ¡Párate y pelea!—

Malcom ahora lo pensó oportuno para el replicar a algunas de las maldiciones de Alberto. —Estoy parado y peleando,—dijo. —¡Eres tu el que me sigue pasando de largo!—

—¡Tu, perro canalla!—maldijo Alberto, mientras se abalanzaba contra Malcom otra vez.

Los dos continuaron blandiéndose. Malcom trato de conservar su fuerza. Por seguro que el otro hombre se estaba cansando. Pero Alberto mantuvo la presión.

Entonces, en un lapso momentáneo de concentración, a Malcom se le paso por completo parar un blandir. La espada de Alberto giro y le pegó a Malcom en el hombro. Su camisa de malla absorbió la mayoría del blandir, pero algunos de los eslabones se rompieron y la espada corto su carne. La sangre la capa azul que Malcom estaba usando, y la multitud dejo salir un suspiro. Eloisa, quien estaba parada bastante lejos, se cubrió los ojos, y empezó a sollozar.

Alberto, claramente vigorizado por ser el primero en traer sangre, continuó atacando a Malcom agresivamente. Malcom estaba con dolor y claramente a la desventaja, pero valientemente se sostuvo contra los renovados blandires de su adversario. Alberto siguió presionando.

Otro fuerte blandir de la espada de Alberto forzó a Malcom a caer de rodilla. Alberto levanto su espada bien alto para dar el blandir final. En ese momento de confianza, por inadvertencia puso su escudo a un lado en vez de guardar su frente. Malcom vio la oportunidad y, con toda la fuerza que tenía, penetró su espada en Alberto. Paso por la malla, y por la túnica rellena, clavándosela en la carne. Profundamente siguió la espada, hasta que había salido del otro lado.

Una mirada de horror e incredulidad estaba clavada en la cara de Alberto. Tambaleó hacia atrás, y titubeó alrededor una vez, y se colapsó en el campo de torneo con un fuerte ruido sordo.

Teobaldo, el padrino de Alberto, y varios de los asistentes corrieron hacia el hombre. Guillermo también se fue al campo. Malcom estaba de pie, pero obviamente tambaleándose un poco. Guillermo agarró al hombre exhausto y lo agarró firme.

Alberto estaba tendido en el campo, con la panza hacia arriba, y la espada de malcom todavía estaba metida hondamente en su pecho, como había sido metida por la mano de Malcom cuando Alberto había tambaleado hacia atrás. Sus ojos, bien abiertos y clavados hacia el cielo, estaban llenos de un horror inexpresable.

Teobaldo paso su mano sobre la cara de Alberto y cerró los ojos del hombre muerto. —Esta muerto,—dijo solemnemente. —¡Lo has matado!—sin decir otra palabra, Teobaldo se fue.

Los asistentes rodaron el cuerpo de Alberto a una camilla, y con un poderoso tirón Guillermo jaló la espada de Malcom del cadáver y se la dio a Malcom. Los asistentes se llevaron el cuerpo de Alberto a su tienda.

Eloisa y Guy, al mero final de la tribuna, estaban prácticamente paralizados en incredulidad—y alivio—a lo que acababan de ver.

Guillermo sujetó a Malcom del hombro otra vez, y susurró en su oído. —Ven, ahora tenemos que pararnos ante el conde, para que puedas recibir tu absolución.—

Malcom asintió, pero estaba claramente exhausto del combate. Reuniendo todas sus reservas, trató de verse lo mas dignificado que podía, mientras caminaba y se paraba frente al conde.

El conde miró a Odo. El prelado estaba blanco como una sábana—en shock e incrédulo a lo que acababa de ocurrir. El caballero más poderoso en todo el sur de Francia, ¡estaba muerto!—¡Y el proyecto de Odo estaba arruinad

Castelnau miró a Odo. Sin decir palabra, el legado se levantó y se fue.

Raymundo, reuniendo toda su habilidad diplomática, escasamente pudo esconder su deleite al ver al obispo tan desconcertado. Se levantó y le hizo señas a Malcom para que se acercara.

—Este día has sido vindicado, Malcom MacAlpin. De acuerdo a las leyes de los Francos, quienes gobiernan esta tierra, por lo tanto quedas absuelto de todo los cargo que se te ha impuesto en esta corte. Haz probado tu inocencia. Y a tus acusadores digo: Tomen nota. Dios ha absuelto a este hombre hoy, y le ha parecido bien librarlo. Aquellos que lo acusaron ahora necesitarán dar cuenta de su falso testimonio.—

Y habiendo dicho esto, se volteó hacia donde ahora estaba el Obispo Odo. —Esperaré que aparezca ante mí mañana en la mañana.—Y traiga a esos dos bandidos que están a su servicio, para que puedan dar verdadera cuenta de lo que pasó.—

El obispo parecía como si fuera a vomitar, pero de alguna manera se las ingenió para mantener su postura. —No tiene autoridad sobre tales asuntos,—dijo altivamente, —¡porque estos son ciertamente asuntos eclesiásticos los cuales no pueden ser juzgados por una corte profana—solo en mi corte! Estos hombres andaban en asuntos santos y por lo tanto no caen bajo su jurisdicción.—

—Esos dos hombres no son clérigos,—el conde le rugió. —Son soldados, y como tales, son sujetos a la ley profana. Téngalos allá mañana en la mañana, y le pondremos un fin a esta porquería.—

Volteándose una vez mas a Malcom, el Conde Raymundo añadió, —¡Dios te ha sonreído hoy, porque si pensé que eras hombre muerto!—

—Gracias, mi señor,—dijo Malcom. —Pero seré el primero en admitir que no fui yo quien tuvo la fuerza hoy, pero sentí una fuerza sobrenatural dentro de mí. Yo, también pensé que era hombre muerto, pero algo vino sobre mí de lo cual no sabía, y me dio poder para matar a mi verdugo y silenciar las mentiras de mis acusadores. Pongo toda la gloria y el crédito a los pies de Dios, porque creo que solo fue por medio de las sinceras oraciones que fueron hechas por mí que he salido de este campo victorioso.—

—Muy bien, entonces,—dijo el conde. —Ve y vanda tus heridas, y cuando te hayas recobrado, ven a verme otra vez. Tengo necesidad de un hombre como tú a mi servicio.—

—Gracias, mi señor,—replicó Malcom.

Habiendo dicho eso, la cara de Malcom se volvió un pálido mortal, como si toda la vida se hubiera ido, y, para el horror de todos aquellos presentes, se colapsó en el piso.

XI — PROBLEMAS EN TOLOSA

Eloisa y Guy corrieron hacia Malcom. Guillermo se puso de rodillas y puso sus dedos en el cuello de Malcom.

—Se desmayó,—dijo Guillermo, —probablemente por la pérdida de sangre. Rápido, pongámoslo en una camilla y llevémoslo a mi cuarto. Vengan también,—añadió a Guy y Eloisa. —Nuestro Escocés va a necesitar algunos cuidados hasta que se mejore.—

Eloisa se postró a su lado, puso su cara cerca de Malcom, y lo besó. Lágrimas corrían por su cara. —¡Gracias Señor! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor!—siguió diciendo una y otra vez. —¡Gracias, por salvar a mi Malcom! ¡Gracias, por darla la victoria, Jesús! ¡Gracias, gracias, gracias, Jesús!—

Los asistentes se dieron prisa con una camilla, la cargaron con Malcom, y se lo llevaron. Guillermo, Guy y Eloisa siguieron de cerca detrás de ellos.

—No te preocupes,—dijo Guillermo. —Nuestro Escocés, es un hombre fuerte. Sobrevivirá.—

—Sé que sobrevivirá,—dijo Eloisa.

Mientras se dirigían hacia la ciudad, curiosos espectadores pararon para ver a Malcom. Pequeños grupos pausaron para relatar unos a otros lo que habían visto o lo que habían escuchado de los eventos que habían

ocurrido en el campo de torneo; como el poderoso Alberto de Aurillac ahora estaba muerto, y de cómo el joven Escocés se había colapsado al fin de la pelea. Ese día había mucho gozo en los corazones de aquellos quienes sabían que Dios le había dado a Malcom MacAlpin la victoria, porque ciertamente las fuerzas estaban contra él.

Mientras caminaban por la calle principal hacia el castillo, pasaron la tienda de Francisco el panadero. Guy y Eloisa echaron miradas furtivas en esa dirección.

Francisco estaba parado en la ventana, y les dio una rápida sonrisa y les guiñó mientras pasaban. Sabían que esto significaba que les había pasado palabra a otros; en verdad, la victoria de hoy había sido una victoria forjada en oración.

Más adelante, pasaron a una figura con una capa caminando en la otra dirección. Por unos segundos, la plateada barba del hombre era visible, y Guy y Eloisa inmediatamente reconocieron a Giles. Subrepticamente levantó un dedo a su boca, en señal para que ellos no dijeran quien era.

Pauso por un momento y miró a Malcom mientras la camilla pasaba, luego continuó en su camino.

Ahora, el pequeño grupo vino al castillo de Raymundo, y Guillermo dio instrucciones para que Malcom fuese llevado a su cuarto, ya que, como el lector recordará, estaba también al mismo tiempo ocupado por Rogelio, el guardia herido.

Después de consultar por unos minutos con Guy, le dijo a él y a Eloisa que también fueran allá. Guillermo tenía unas cuantas cosas de las que necesitaba ocuparse antes de poder unírsele.

Guy y Eloisa siguieron a los asistentes por las escaleras interiores a el apartamento de Guillermo, el cual se hallaba en el torrejón del castillo. Mientras abrían la puerta, una figura se deslizó en una pequeña hornacina en una esquina.

Esme dejó salir un suspiro de alivio mientras las caras familiares de Guy y Eloisa entraban por la puerta. Pero su alivio pronto se volvió en preocupación cuando reconoció que era Malcom quien estaba acostado inconsciente en la camilla. Los asistentes lo levantaron y lo pusieron en la segunda cama que los sirvientes acababan de acomodar.

Rogelio, quien había estado durmiendo, escuchando los diversos ruidos y el pequeño alboroto que se estaba haciendo, se despertó. Echo un vistazo y vio a Malcom, e inmediatamente quería saber que había pasado. Guy y Eloisa se turnaron contándoles, a Rogelio y a Esme también la historia.

Después de haber terminado de decir todo lo que había ocurrido, Eloisa se volteó hacia Esme y dijo, —Que bueno que estás aquí. Porque temo que ahora tienes un segundo paciente el cual también necesita recuperarse. La herida en su hombro—no sé cuan seria es.—

Esme se acercó para mirar más de cerca. —Tenemos que quitarle su armadura,—dijo. —Ustedes dos, vengan. Por favor ayúdenme.—

Entre Guy, Eloisa y Esme, de alguna manera lograron levantar a Malcom y quitarle la pesada cota de mallas. Todavía inconsciente, Malcom se sobresaltó e hizo muecas varias veces durante el proceso. El movimiento reabrió la herida otra vez, y más sangre comenzó a salir.

—¡Rápido, debemos restañar el flujo de sangre!—dijo Esme. —¡Tráiganme toallas, trapos—cualquier cosa!

Guy se volvió hacia los asistentes, quienes todavía estaban parados en la esquina del cuarto. —¡Búsquenlos todas las ropas y trapos que puedan, pero rápido!—

—¡Y traigan agua caliente!—pidió Esme. —Tenemos que lavar esta herida.—

Esme miró intensamente al tajo. —Esta podría haber sido una herida mortal,—dijo ella. —Parece que Dios le sonrió a Malcom. Aunque está muy débil, por el choque y la pérdida de sangre. Es bueno que tengo mis hierbas y pócima, el cual traje cuando vine a atender a Rogelio.—

—Vierta un poco de agua en esta palangana,—ordenó Esme, —y dejen la jarra aquí.—

El asistente, no estando acostumbrado a recibir órdenes de mujeres gitanas, vaciló por un momento.

—¡Hagan lo que dice!—dijo Guy. —Este es un asunto de emergencia. La vida de este hombre esta en sus manos.—

El asistente obedeció.

—Llévate estos trapos,—le dijo Esme a Eloisa, —y remójalas en el agua caliente. Después, empieza a limpiar la herida suavemente. Toma, verteré un poco de esto—actuará como un limpiador y purificador.—Esme vertió un poco de polvo en la palangana, el cual convirtió el agua en un color azul claro.

Eloisa se apuró realizando las instrucciones de Esme, mientras Esme empezó a remojar otras hierbas y pétalos. —Dejemos que esto se impregne por un rato,—le dijo a Guy. —El agua sacará los agentes purificadores. Después mezclaremos las hierbas y un poquito de el agua que esta impregnada con la harina para preparar una cataplasma. ¡Ah, se me olvidó pedirle a los asistentes que consiguieran harina! Por favor, tráiganme un poco de harina de la cocina,—dijo Esme, volteándose al sirviente.

El asistente desapareció otra vez, y pronto regresó con un tazón de harina.

—Así esta bien,—dijo Esme. —Ahora, mezclemos los pétalos y las hierbas con la harina y un poco de agua para que hagamos una pasta espesa.—

Habiendo hecho eso, caminó hacia Malcom. Eloisa casi había terminado de limpiar la herida. —Busca cuidadosamente que no haya astillas de la malla en la herida,—dijo, —porque estorbarán la curación.—

—¡Es una operación bastante horrible!—dijo Eloisa, quien no estaba acostumbrada a ver tanta sangre. Valientemente pero con cautela limpió la herida. —¡Toda esta sangre hace que la cabeza me de vueltas!—

—Malcom apreciará tus esfuerzos cuando se recupere,—sonrió Esme, mientras ponía su mano en el hombro de Eloisa. Esme se volvió para seguir preparando la cataplasma. —Tendremos que aplicar esto regularmente, pero ayudará a la curación,—explicaba mientras ponía la gruesa pasta de regreso en la palangana donde había estado la harina. —Si se lo dejamos a los doctores del conde, ellos hubieran tomado caliente y hubieran cauterizado la herida. Pero eso nunca le dejaría sanarse como debería. ¡Ven, miren! Pueden ver las cicatrices en su cuerpo en donde se ha hecho esto antes.—El desnudo torso de Malcom, tenía varias cicatrices grandes de encuentros anteriores donde habían sido quemadas por planchas calientes.

Habiendo puesto la cataplasma, Esme rasgó algunos de los trapos que se le habían traído, para usarlos como vendas. —Ahora,—dijo Esme, —todo lo que podemos hacer es orar y esperar. Yo prepararé un poco de té y hipocrás para que él beba a sorbos. Ayudarán a aliviar el dolor una vez que haya recuperado el reconocimiento.—

Tomo un poco de corteza de sauce de una bolsa y, volviéndose al asistente, le ordenó que lo llevara a la cocina, lo hirviera por media hora, y lo trajera de vuelta.

—Bueno,—dijo Esme, mientras miraba a Malcom, —ahora estamos a mano, noble Escocés. Una vez tu me salvaste la vida—ahora te lo he pagado.—

Eloisa toco a la gitana en el hombro. —Gracias, querida,—dijo.

Esme la miró. —Verdaderamente pienso que no hay otro hombre mas noble en todo el mundo que Malcom—excepto talvez...—su voz se desvaneció, pero Eloisa y Guy terminaron la frase en sus mentes; los dos sabían que ella estaba pensando en el apuesto Guillermo.

—Ven,—le dijo Eloisa a Esme, —sentémonos y hablemos. Tengo que admitir, tu eres la primera gitana que en mi vida he conocido, y siempre he ...bueno, déjame decir, había historias que engañaban mis opiniones de tu gente.—Esme y Eloisa se sentaron en una banca en la esquina del cuarto, y se establecieron en una larga conversación—un pasado al cual su sexo parecía adepto. Guy le hecho una mirada a Rogelio, quien estaba apoyado en un codo, inspeccionando todo lo que estaba sucediendo.

—Bueno,—dijo Guy, —¡tu vida ciertamente ha cambiado!—

—En verdad que sí,—replicó Rogelio. —Aquellos a quienes despreciaba se han convertido en mis bienhechores. Y aún, mas que bienhechores—se han convertido en mis salvadores. Porque mi vida estaba perdida; y yo lo sabía. Pero ella a quien buscaba hacerle mucho mal me ha recuperado. Verdaderamente, estoy sorprendido.—

*

Ahora cambia la escena, y una vez mas nos encontramos en la residencia de el Obispo Odo, a quien encontramos sentado, todavía con la cara pálida, en una silla en el medio de su cuarto. Un furioso Pedro de Castelnuau esta caminando de un lado para otro, apuntando su dedo hacia Odo.

—¡El tiempo para esto no pudo haber sido peor!—bramó Castelnuau. —¡Yo vengo hasta aquí, y tu sacas una proeza como esta! Tus hombres han sido sorprendidos dando falso testimonio—¡por el cual van a ser castigados! ¡Y tu has sido encontrado siendo cómplice de su causa! ¿No te das cuenta de que has debilitado mi mano seriamente en persuadir al conde para que purgue a estos heréticos de la tierra? Porque él dirá, “Mira, esta gente es pacífica, se rigen por la ley y son honestas. Son los representantes de la iglesia quienes acuden a las mentiras, y después traen malas acusaciones. Primero pon tu propia casa en orden, antes de que vengas a decirme que ponga la mía en orden.—

Odo se sentaba en silencio.

—¿Por qué no dices algo?—dijo Castelnaud.

—No tengo nada que decir,—refunfuñó Odo, pero luego añadió, —Es obvio que los heréticos pusieron una maldición sobre Alberto, y él sucumbió a esa maldición. Ese imbécil Escocés era un hombre muerto. ¡Era obvio! No lo puedo entender; ¡no lo puedo entender! ¡Ese tonto de Aurillac!—

—El murió defendiendo a la iglesia,—dijo Castelnaud, todavía mirando a Odo. —Murió en un juicio por combate, defendiendo a la iglesia. El Papa ha prohibido expresamente al clero de recurrir a un juicio por combate, ya sea por ellos mismos o por poderes. Tu hiciste esto en contra de las ordenes del Santo Padre, y tu destino esta sellado. No dudes de esto: haré un recuento de esto al Santo Padre cuando lo vea. No haré secreto de el hecho que tu oficina y tu obispado están en peligro. Hubiera sido otra cosa si hubieras ganad, ¡pero perdiste! Y como sabes, ¡Su Santidad Inocencio III juega a ganar! ¡Tiene poca paciencia para los perdedores!

—Esta tarde, haré mi apelación a Raymundo. ¡Tu presencia no será necesaria, porque tu tienes algunos asuntos que resolver con estos incompetentes idiotas que empleaste como guardias!—

Con eso, Castelnaud se dirigió ha la puerta,, y rozo al pasar al sacerdote quien estaba asistiendo.

Después que se había ido el legado, Odo miró arriba. —Sal y cierra la puerta,—le gruñó al sacerdote, quien debidamente accedió.

Odo se quedó sentado, considerando sus opciones. Aunque era el Rey de Francia quien retenía el derecho de apuntar obispos por todo el reino, Odo sabía que si él incurría el disgusto de el Papa Inocencio III—el hombre más poderoso jamás sentado en el trono de Pedro—las probabilidades de retener su posición, sin hablar de progresar en la iglesia, eran cero.

Pedro de Castelnaud, Odo sabía, era un renombrado predicador y un confidente del Papa. Era obvio que el legado no iba a ser persuadido de su curso de acción en el cual se había asentado. Odo no tomo mucho en concluir lo que debería de pasar. Con un suspiro, se levantó, salió del cuarto por una puerta al mero final, y a su aposento.

—Manda llamar a Bernardo,—le dijo al sacerdote quien todavía estaba sentado en la esquina, escribiendo con una pluma larga.

El sacerdote silenciosamente se levantó, se inclinó sumisamente a Odo, y salió del cuarto. Odo estaba sentado en su silla pensativamente. Estaba muy concentrado en sus pensamientos cuando Bernardo entro al cuarto. Odo lo miro airadamente. —¡Me has mentido!—gruñó. —Todo lo que dijo el Escocés fue verdad, ¿o nó?

Bernardo se estremeció. —S ... sí, su eminencia.—

—Mañana, te podría entregar a Raymundo, y tu sabes la pena por perjurio.—

Bernardo se estremeció otra vez.

—Pero te daré una última oportunidad para que te redimas. Pero, quiero que sepas que desde aquí en adelante, no vas a estar mas a mi servicio oficial.—

Los ojos de Bernardo se achicaron. —¿Una oportunidad?—preguntó.

—Sí,—replicó Odo, —¡Una oportunidad! Y asegúrate de que esta vez no la chapucees, ¡porque por seguro morirás si lo haces! Cierra la puerta, porque lo que tengo que decir es solo para tus oídos.—

*

Al final de la cena, un heraldo le notificó al Conde Raymundo que Pedro de Castelnaud había llegado.

—Que pase,—dijo Raymundo.

El alto, dignificado iglesiero caminó confiadamente a el cuarto. Pedro de Castelnaud era un famoso orador y un papal diplomático. Había comprometido a algunos de los Perfectos más elocuentes en debates varias veces, y aunque ningún lado había convencido a su adversario de la justicia de su causa, todavía Pedro de Castelnaud había ganado la reputación de ser un orador persuasivo, encantador e incisivo.

—Mi señor conde,—empezó, —le traigo saludos del Santo Padre, Inocencio III, quien me ha pedido que le transmita sus felicitaciones y oraciones, por usted y por la gente del Condado de Tolosa.—

—Las oraciones del Santo Padre y felicitaciones son bienvenidas.—dijo el conde. —Por favor transmítale las mías a el, porque estamos agradecidos por su cuidado y entendimiento.—

—Naturalmente,—dijo Castelnaud, —porque se preocupa por usted profundamente, y por las almas de aquellos en su reino. Me ha pedido que le implore que se deshaga de esta plaga de herejía. Muchos de los rebaños de Dios están siendo mal encaminados a los reinos de las tinieblas y condenación, porque estos herejes no predicán el verdadero Evangelio. Se mofan de la Santa Iglesia, quien fui instituida por Cristo Jesús cuando puso

las llaves del reino sobre el santo apóstol y fundador de la verdadera iglesia, San Pedro—del cual el Santo Padre es su sucesor en la tierra. Tiene que esforzarse por extirpar esta herejía, porque su propia alma esta en peligro, Dios ha instituido su oficina, y usted la mantiene pero por la gracia de Dios—y a el placer de el Santo Padre!—

La sangre de Raymundo empezó a hervir con este último comentario. El Papa Inocencio III—quien clamaba el título de *Vicario de Cristo en la Tierra*, y por lo tanto el poder de Dios—contendía que todos los líderes temporales, ya fueran reyes, emperadores o condes, y de hecho, toda la nobleza, obtenían su cargo a su placer. Esto no era una nueva doctrina, pero Inocencio había firmado esta demanda mas que cualquier otro de sus predecesores.

Raymundo rápidamente resentía a cualquiera quien clamara gobernar sobre el a como les diera la gana. Aun su primo, el rey de Francia, no se atrevía a extender el hecho e que Raymundo era su vasallo. Era todo lo que podía hacer para controlar su enojo.

—Agradezco al Santo Padre su preocupación,—Raymundo replicó, tratando de poner la conducta más genial y agradable posible, —pero mi familia ha tenido este condado y señoreo por muchas generaciones antes de que el Papa decidiera hacer valer esta autoridad, la cual no se le es dada en la palabra de Dios, ni por tradición.—

Castelnau sonrió cortésmente. —Sabemos que el Santo Padre es el representante de Dios en la tierra, por lo tanto lo que el Santo Padre afirma es lo que Dios instituye. Ahora si Dios escoge revelar al pontífice que gobernadores profanos deberían hacerse serviles a él, el Vicario de Cristo en la Tierra, ¿entonces quienes somos nosotros para interrogar la sabiduría del Santo Padre?—

—¿Sabiduría?—desairó el Conde Raymundo. —¡Yo llamaría a eso codicia de poder!—

Los dos hombres se miraron fija y atentamente, sus puestas sonrisas fallando enmascarar el creciente enojo y evidente hostilidad en sus ojos.

—Discúlpeme, Conde Raymundo,—dijo Pedro amablemente. —Estoy seguro de que el Santo Padre no quiere que afirme su primacía en este tiempo. Solo pide que honre su obligación y se le una sacando de su tierra esta herejía, esta pestilencia que sí envenena al pueblo.—

—No veo evidencia de envenenamiento,—respondió Raymundo indignamente. —Mi gente es industriosa. El condado florece, nuestros intercambios son prósperos, y nuestra agricultura es buena. Nuestra tierra esta en paz. De el bandolerismo ya casi ni se escucha—excepto cuando se práctica por ciertos empleados de la iglesia.—El conde Raymundo pausó en este punto para que lo que había dicho penetrara en los oídos de Castelnau y los otros presentes.

—Se está refiriendo al Obispo Odo,—dijo Castelnau, —y a aquellos hombres a su servicio.—

—En verdad parecería así,—dijo Raymundo. —¿Por qué no acabamos de tener una demostración de la probidad y la injusticia de los representantes del Santo Padre de nuestro reino?—

—¡El Santo Padre esta mal servido por usted en este tiempo! ¿Podría ser que el que tolera la herejía es igual de culpable?—

Con esto, Raymundo se levantó. —¿Ahora me esta acusando de herejía? ¡Usted va mas allá de lo que es aceptable!—

—¡Por seguro que no lo pienso así!—dijo Pedro. —Solamente declaro lo obvio.—

— ¿Usted se para frente a mí, y enfrente de mis cortesanos aquí reunidos, y se atreve a insultarme?—dijo Raymundo, mirando furiosamente al legado.

—Usted se insulta solo, señor,—dijo Castelnau, —siendo partidario de la herejía que aflige su reino.—

—¡Escúcheme, usted miserable excusa para el servicio de Dios!—Raymundo estaba enfurecido. —¡Sálgase de mi dominio! ¡Estamos haciendo bastante bien sin su interferencia.—

—Entonces es con un corazón apesadumbrado con el que me voy,—dijo Castelnau, —porque tendré que decirle al Santo Padre sobre su intransigencia. Solo puedo asumir que las penas mas severas se aproximan, y que una bula de excomunicación será publicada.—

—¡No me amenace con la excomunió!—gritó Raymundo.

—¿Preferiría un entredicho en toda su tierra?—preguntó Castelnau. Con esto, Raymundo se levantó y rugió al hombre. —¡Sálgase, antes de que piense seriamente en hacerle daño!—Raymundo paso su mano sobre la empuñadura de su daga, la cual estaba fundada sobre la mesa frente a el.

La implicación no estaba perdida en Castelnaud, quien se reverencio ante el conde y se empezó a echar para atrás. —No tema, Conde Raymundo, porque me iré ahora, y me empezaré a remover de esta maldita tierra mañana al amanecer.—

—¡Y eso no va a ser tan pronto!—dijo Raymundo. —¡Ore para que el sol no se levante sobre la ira que siento por usted esta noche, porque que Dios lo asista si se levanta!—

El legado se reverencio profundamente, se volteo y caminó rápidamente fuera del salón.

XII —TRAICIÓN

Aquella noche, era una intranquila para nuestros protagonistas principales.

Malcom había estado inconsciente toda la tarde, moviéndose ocasionalmente y, en su delirio, decía cosas ininteligibles sobre Escocia, su padre y hermanos, y algo de un juramento. Esmé y Eloisa, quienes se habían quedado a su lado para cuidarlo, intercambiaron miradas perplejas. ¿De que estaba hablando?

Guy se fue temprano en la tarde, para regresar al mesón, ya que no había nadie cuidándolo excepto por su anciano padre quien también necesitaba que lo cuidaran.

Era tarde cuando Guillermo regresó al castillo. Le contó a Esmé y Eloisa de la confrontación entre el conde y el legado, pero nunca les dijo donde había estado esa tarde. Algo se estaba tramando, y Guillermo tenía los labios sellados al respecto.

El Conde Raymundo no durmió bien esa noche. Después de que se fue el legado, se había retirado con Roberto de Avignon y su cuñado Godfrey a un pequeño cuarto que a veces usaban para reuniones privadas. El Conde se estaba preocupando, y su ira había tomado control sobre él. Después de todo, era un magnate poderoso. Aparte del rey, el Conde de Tolosa era el más grande de todos los nobles gobernadores en Francia. Era primo del Rey Francés, pero no se había perdido el amor entre los dos. El conde reinaba un área mas grande que las tierras reinadas por el rey. Sin embargo, el rey, esperaba por lo menos la lealtad nominal de la mayoría de los nobles en el área Francesa, y aclamaba soberanía sobre ellos incluyendo a Raymundo.

El conde tenía sus tierras como feudo del rey, pero, a diferencia de los otros nobles de Francia, a el no se le requería rendir homenaje anualmente. También tenía aliados en algunos de los reinos Ibéricos al sur. Aun con eso el conde sabía que en Inocencio III tenía un oponente formidable, si el Papa decidía moverse en su contra. Habló por mucho tiempo asta la noche con Roberto y Godfrey, pensando en sus opciones.

Odo también se sentó por mucho tiempo en su escritorio. Las cosas no habían ido bien, y el curso de actuación que había decidido ahora era el mas riesgoso que hasta entonces había tomado. El, también, pensaba en los pros y cons. Muy de noche, después de pensar mucho, se levantó de su escritorio y se cayó sobre u cama exhausto.

Pedro de Castelnaud también estaba muy ocupado esa noche. Las preparaciones se tenían que hacer para irse temprano en la mañana. Su puesto como el papado legal le proveía con un poco de protección, y por seguro solo los temerarios buscarían hacerle daño, pero con todo eso, Castelnaud era un hombre precavido, y había visto la ira en los ojos del Conde Raymundo. Sabía que los nobles—especialmente aquellos tan poderosos como Raymundo—no se lo tomaban tan bien cuando alguien desafiaba su autoridad. Claramente se había pasado de la raya con Raymundo, y el resultado de su confrontación no había sido como el había esperado. Le había parecido prudente alejarse sin mas encuentros.

Después de que todos los arreglos se habían hecho para que él y su séquito partieran a la primera luz del día, Castelnaud cayó en un sueño agitado.

En unas cuantas horas se volvió a levantar, a la primera luz del día. Pronto el y su séquito se marcharon por las puertas de la ciudad. Una figura encubierta vio cuando se iban . Después se montó en su caballo. Manteniendo una distancia discreta, el hombre siguió el partido de el legado.

*

Mas tarde esa mañana, un sacerdote llegó al gran salón con un mensaje sellado para el Conde Raymundo. Era del Obispo Odo. Roberto de Avignon recibió el comunicado del clérigo y le llevó los dos al conde. El contenido e la nota no le sorprendió a Raymundo, quien sin embargo desahogó su ira sobre el desgraciado fraile. De acuerdo con el mensaje, los dos guardias que supuestamente tenían que comparecer ante el conde esa mañana se habían marchado durante la noche, sin dejar rastro alguno.

Después de una prolongada diatriba de parte del conde, el intimidado fraile se apuró a transmitir el disgusto del conde a su superior.

Malcom se levantó al medio día. Al principio, sus ojos casi no podían enfocar, luego lentamente, los alrededores desconocidos se hicieron mas claros. Dándose cuenta de que estaba en un cuarto en el que nunca había estado antes, instintivamente alcanzó su espada, pero no podía encontrarla. Su mano buscó frenéticamente, asta que el movimiento captó la atención de los otros en el cuarto.

Esme y Eloisa habían dormido ligeramente, y ellas también se habían levantado en cuanto amaneció. Las dos se estaban convirtiendo en buenas amigas muy rápido. Malcom miró a las dos mujeres—las dos diferentes, pero hermosas—mientras venían.

—He muerto he ido al Cielo,—se quejó Malcom débilmente, —¡y el Todopoderoso ha mandado dos ángeles a recibirme!—

Las dos chicas se miraron y sonrieron.

—Bueno,—dijo Eloisa, —¡no creo que tengamos que preocuparnos por el!—Parece que está bien.—

—Sí,—sonrió Esme.

—Ven, mi noble Escocés,—dijo Esme, —hay caldo preparado para ti y creo que es hora de que tome un poco de alimento.—

—Tengo muchísima hambre,—dijo Malcom, —¿y todo lo que me vas a dar es sopa?—

—Es suficiente por ahora,—dijo Esme, tratando de sonar un poco firme. —Te dieron un espadazo en el hombro y has perdido mucha sangre. Va a pasar un tiempo antes de que te levantes y andes.—

Malcom miró su hombro derecho, el cual estaba vendado. Trato de moverse con su brazo izquierdo, pero hizo una mueca del dolor. —¡Au! ¡Estaba medio oxidado al haber dejado que ese espadazo me penetrara ¡— se regañó a sí mismo. —¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?—

—Temo, que sufriste un colapso por la perdida de sangre y el dolor—justo cuando estabas recibiendo tu absolución del conde. Ahora estas en el cuarto de Guillermo. El se fue temprano esta mañana, y dijo que talvez no regresaría en uno o dos días.—

—¡Tu y yo estamos solos con estas dos encantadoras señoritas!— Rogelio empezó a hablar. —¡Me imagino que esta debe ser la mejor enfermería en el mundo!—

Malcom miró a Rogelio. —Mmmm.— se quejó, —Me imagino que tengo que sacarle el mejor provecho.—

—Lo harás,— dijo Eloisa. —Mi hermano debe regresar a visitarnos en la tarde. Le va a complacer ver los progresos de nuestro campeón.—

*

El primer día de viaje de Tolosa fue bastante bien para el legado. El y su partido mantuvieron un paso rápido y se pusieron a una distancia considerable entre ellos y el airado Conde de Tolosa.

Al día siguiente, mientras continuaban en su viaje, la audacia de Pedro regresó y se sentía mas tranquilo. Empezó a ensayar en su mente el reporte que le presentaría al Papa Inocencio. Parecía que el dado había sido echado, y no había nada mas que hacer mas que el papa tomara acción decisiva. Sugeriría que excomunicaran al conde, y que el feudo de Tolosa se declarara confiscado por el hecho de que Raymundo había tomado lado con los defensores de la herejía. Entonces su santidad el papa invitaría al Rey de Francia a reclamarla, y se la otorgara a otro noble mas sumiso a la iglesia.

Al medio día del siguiente día, el partido había alcanzado la rivera del río Rhone y prepararse para ser transbordados al otro lado. Pedro entró montado con su caballo al agua unas cuantas yardas lejos de la costa, y el animal se agachó para beber. Mientras miraba atrás por el camino que había venido, estaba perplejo al ver a otro jinete cargando una lanza en posición vertical y cabalgando hacia el a gran velocidad.

Presuntuoso de que el jinete traía un mensaje, el legado le dio la vuelta a su caballo para hacer le cara al jinete que se avecinaba. Los guardas de Castelnaud y el resto de su partido se arremolinándose alrededor de la rivera pararon y miraron, esperando que refrenara mientras se acercaba al séquito.

Pero para su horror, el jinete bajo su lanza en una posición de ataque. Espoleando su caballo hacia delante, el jinete de vestidura negra pasó galopando a los asistentes y se dirigió derecho hacia el legado, quien estaba sentado en su caballo, indefenso y horrorizado. Antes de poder moverse, Castelnaud estaba empalado. El jinete levanto su puño en señal de victoria y gritó, — ¡Libertad para Tolosa!— Luego espoleó su caballo hacia el norte por la rivera y desapareció en la lejanía.

Los asistentes del legado miraron sobresaltados mientras el cuerpo de Pedro se tambaleó hacia atrás y hacia delante en su bestia, y luego se cayó al agua ruidosamente.

Aunque el jinete se había vestido en pura ropa negra, varios de los asistentes habían visto un escudo de armas bordado en el sudadero del caballo de el asesino. Pertenece al Conde de Tolosa.

Una vez que el cuerpo de Pedro había sido removido del río, uno de los asistentes fue inmediatamente enviado a llevarle las noticias a el papa.

*

A Guillermo no se le había visto en el castillo por varios días, Malcom había hecho buenos progresos en su recuperación, y se estaba sintiendo mas fuerte. Esme todavía estaba allí, cuidando de los dos hombres heridos. Eloisa también había querido quedarse, pero tenía deberes que atender en el mesón, así es que después del segundo día, de mala gana había regresado.

Malcom la extrañaba muchísimo—su dulce sonrisa y buena disposición, y su delicada forma parecía clamar por un hombre fuerte para que la protegiera. Malcom se había enamorado.

A veces se sentía feliz; otras veces se sentía incómodo y confundido. Envuelto con estas nuevas emociones no era fácil. Esme lo observaba todo. Aunque ella misma no era muy sabia en el sentido del amor, vigilaba su estado de ánimo con cierta diversión.

Al medio día en el cuarto día, Guillermo regresó. Aunque trataba de ser su mismo normal y alegre, era obvio que estaba preocupado.

—¿Qué pasa?— Preguntó Malcom.

—Hemos escuchado noticias muy perturbadoras,— dijo Guillermo. —Pedro de Castelnau ha sido asesinado en el Río Rhone cuando iba de camino a Roma. El país sobreabunda con especulación sobre quien lo hizo, y mucha gente cree que es mi tío el que cometió el crimen. El y Castelnau habían discutido que anoche el estaba aquí ante muchos testigos, incluido yo mismo. Hay reportes de que el sudadero en el caballo que el asesino cabalgó llevaba el escudo de armas de mi tío. La situación es aún mas grave que antes. ¡Estamos en crisis!—

—¿Qué piensas que va a pasar?— preguntó Malcom.

—Muchas cosas pueden pasar,— dijo Guillermo. —No se que movimiento hará el papa, y aún no se los planes de mi tío. Aunque, el papa, no tomara esto a la ligera, y mi tío es la primera sospecha. Roberto de Avignon me dijo que cuando el conde oyó las noticias, se volvió pálido y se fue a su cuarto. Esto podría significar la guerra, y sí es así, sería nosotros contra el resto del mundo. Mi tío y sus tierras son la envidia de toda Europa. Hay muchos quienes gustosamente tomaran esta oportunidad para apoderarse del país de Tolosa.—

—Sí esto es la guerra,— dijo Malcom, —por lo menos puedes contar con un soldado. Pelear por tu tío con todo lo que me queda!—

— ¡Palabras valientes, Escocés! Sí yo sé que pelearás, y tu vales por diez hombres. Nuestros aliados también pelearan por nosotros. Pero pelear contra los gobernadores de otras tierras es una cosa—¡pero pelear a un papa quien aterroriza as almas del hombre con amenazas de condenación es otra cosa bastante diferente! A los hombre se les asusta fácilmente de perder sus almas inmortales. Temen las llamas del infierno, y también ser excluidos de la sociedad.—

—Entonces necesitas depender de gente quienes no le teman al papa ni a su bando. ¡Por supuesto que los Cátaros, quienes han florecido en tu país, pelearan por ti!—

—Los Cátaros son todo un revoltijo,— dijo Guillermo. —Algunos por seguro pelearan. Otros rehúsan la idea de pelear—¡sus principios ni siquiera les permiten defenderse ellos mismos! No, temo que tendremos una penosa lucha desde el principio. Pero no teman, mi tío es un hombre astuto. Confío en el. El es un guerrero noble, un buen general, y hábil en las tácticas de guerra. Sí, si tiene que haber guerra, no podemos tener un mejor líder que mi tío.—

—Hay muchos en el norte quienes miran a esta tierra con envidia,— dijo Malcom, —pero esperemos lo mejor. Sin duda alguna tu tío mandará mensajeros a el papa, defendiendo su inocencia.—

—Sin duda alguna lo hará,— dijo Guillermo, —¿pero porque el papa aceptaría tal mensajero? Porque aún si mi tío es inocente de este crimen, el papa seguirá hacia delante. El tiene ventaja, y ahora podrá que mi tío acepte sus mandatos sobre erradicar a los Cátaros de entre nosotros.—

Esme, quien había estado escuchando silenciosamente la conversación, se hundió en sus rodillas. —¡Oh Señor, sálvanos!— clamó. —¡Sálvanos de esta tiranía! Libra a Tus hijos de lo que vendrá!—

Guillermo caminó hacia ella y puso su brazo alrededor. —Vamos, vamos, Esme,— la consoló. —Nada pasará en este instante. Todavía hay tiempo para que las cosas se aclaren, ¡yo te protegeré!—

Esme se dio la vuelta y lo abrazó fuertemente. Guillermo la acercó más a él. Su mano presionaba su cabeza contra su pecho, y la besó suavemente en su cabeza.

Rogelio y Malcom intercambiaron miradas.

— Bueno, parece como si fuera a haber mucho trabajo para los hombres en nuestra profesión,—

—Parece que sí,— dijo Rogelio.

XIII — HAMISH Y DOUGAL

—Oh, además,— dijo Guillermo, como si de repente hubiera tenido una ocurrencia, —me crucé con dos hombres extraños en el pueblo hoy, quienes clamaban que estaban buscando por su hermano perdido. Cuando paré para hablar con ellos ... — La voz de Guillermo se desvaneció, mientras Malcom lo miraba de una manera extraña.

Guillermo levantó su voz: —¡Déjenlos entrar!—

Un asistente quien estaba parado afuera abrió de un golpe la puerta. Ahí, estaban dos hombres grandes, musculosos y pelirrojos, vestidos en el traje tosco de los Escoceses del norte.

Malcom dio un grito. —¡Hamish! ¡Dougal!—

Los dos hombres se apresuraron al cuarto y se pararon al fin de la cama donde Malcom estaba acostado. — Bueno, ¿puedes echarle un vistazo a esto?— dijo el más fornido. —Es nuestro hermanito, ¡acostado en la cama!

—Sí,— dijo el otro. —Siempre fue un dormilón—¡siempre el más flojo!—

—¡Brutos!—y gritó Malcom. —¡No tienen ni un segundo de haber entrado, y ya me están molestando!—

Los tres hermanos se quedaron viendo el uno al otro por un minuto. Malcom se sentó y abrió sus brazos mientras sus hermanos se le acercaban, echándolo de espaldas en la cama. —¡Au!— gritó Malcom, haciendo una mueca de dolor por la herida que faltaba mucho para que sanase.

—¡Ah, Dios mío! El niño está herido!— dijo Hamish.

—¡Siempre fue un niño peleonero!— le dijo Dougal a Hamish. —Pero nunca pudo cuidarse solo. Tuvimos que sacarlo de sus problemas muchas veces, ¿qué no te acuerdas?

—¡Sí, míralo, haciendo muecas y gimiendo como una mujer!— lo reprendió Hamish.

Esme corrió hacia Malcom. —¡Apártense, brutos!— dijo, —¿No pueden ver que está herido? ¿Malcom, quienes son estas gentes?—

—Estos hombres,— explicó Malcom, tratando de sonreír en su dolor, —son Hamish Dougal, dos de mis hermanos mayores.— Malcom entonces se volteó a los dos gigantes pelirrojos, —¿Por Dios que es lo que los trajo aquí?—

—Te hemos estado buscando,— dijo Hamish el mayor de los dos.

—Sí, el hermano mayor Kenneth nos mandó—teníamos que venir a buscarte y llevarte a casa.—

—¿Llevarme a casa?— dijo Malcom. —¡No tenemos hogar!—

—¡Ahora sí, hermanito! Kenneth reclamó el título de MacAlpin Terrateniente. Se hizo una pequeña fortuna—como no lo sé—y regresó y le pagó a los acreedores. ¡La tierra es nuestra otra vez! ¡Los MacAlpins están de regreso en casa!—

—¿Tenemos nuestra tierra otra vez?— preguntó Malcom, mirándoles con más incredulidad que desde cuando habían entrado.

—Sí, y todos vamos a regresar a casa y una vez más ser la alegre tribu de MacAlpin,— añadió Dougal. —Vamos, Kenneth es todo un terrateniente, y bueno. ¡Y ahora tiene sirviente también, y ganado! Tiene un buen negocio de granja activo.—Ha arado la tierra en surcos bonitos, y está plantando cosas. Nunca se había visto tal cosa en esa parte de Escocia. Bueno, hermano, ¿cuándo nos iremos?—

—¿Iremos?— dijo Malcom, mirando a los otros en el cuarto.

Guillermo había estado ahí parado en silencio, mirando con entretenimiento la manifestación que había sido hasta este punto puesta, pero las cosas acababan de dar un vuelco serio. Miró con seriedad a Malcom.

—Hermanos,— dijo Malcom, —tengo un deber aquí. Estos son mis amigos, y he jurado ayudarles y protegerlos.—

—Bueno,— reflexionó Hamish, mirando alrededor. —¡Esta gente se ve que se puede proteger sola! Solo mira a este buen castillo y a ese hombre guapo por allá con la espada al lado, quien nos trajo aquí. ¡Y otro hombre hábil allá también, en la cama! Dios mío, estos Franceses si que son flojos, ¿o no? ¡Ya se te esta pegando, chico! ¿Y tu vas a protegerlos? ¡Pare que ellos te están protegiendo!—

—Es que no entienden,— dijo Malcom. —Hay un trama lo suficiente grande como para que la cabeza te de vueltas.—

—bueno, será mejor que nos digas,— dijo Hamish. —¡Hemos viajado mucho solo por ti! Te hemos buscado por todas partes—no vas a creer las cosas por las que hemos pasado. Así es que mejor tengas una buena excusa para no regresar a casa con nosotros.—

—Tengo una muy buena razón, esta bien,— dijo Malcom, con un tono de determinación levantándose en su voz mientras se sentaba para encarar sus dos hermanos.

—Bueno, ¡mejor empieza a decírnoslo!—

Malcom se dejó caer pesadamente en la cama. —Es una larga historia, hermanos. ¿Están listos para escucharla?—

—¡Bueno, no venimos asta acá para regresar sin nada! Caspita, será mejor que empecemos a escucharla,— dijo Dougal, mirando a Hamish mientras se sentaban en la cama.

—Sí, por todos los santos, será mejor que escuchemos tu historia. ¡Vamos! ¡Dila!—

—¡Bueno!— empezó Malcom, tomando un profundo suspiro. —Sabían que me había dirigido a Francia y estuve vagando en el país por un tiempo, hasta que tome servicio con el rey ... —

Malcom les dijo el resto de la historia, incluyendo todo lo que había pasado en estos últimos días—las acusaciones y el juicio por combate, la intriga de el obispo y el legado y el conde, de los Cátaros, Giles—y hasta les dijo de su amor por Eloisa.

—¿Será esta la hermosa muchacha?— preguntó Hamish, apuntando a Esme.

—No,— dijo Malcom, —este ángel de bondad es Esme.—

—Ah, ¡entonces tienes dos chicas!— dijo Dougal. —¿Qué estas tratando de hacer? ¿Apoco te estas convirtiendo en un mujeriego? Tiene a esta hermosa chica aquí, y luego dices que tienes a otra? ¡Estos Cátaros tienen algunas maneras extrañas!—

Esme se sonrojó.

—No, hermanos,— dijo Malcom. —Esme me ha asistido asta que me curara de esta espantosa herida. La amo muchísimo, pero como a una hermana.—

—Mmmm,— gruñó Hamish, un destello brillándole en sus ojos. —Entonces, piensas que esta disponible para otro Escocés de porciones considerablemente grandes que mi hermano bebé?—

Esme se sonrojó mucho mas, y Guillermo empezó a echar chispas con la sugerencia. Luego miró a Hamish, y, captando el brillo travieso en sus ojos, se dio cuenta de que el Escocés estaba bromeando.

Malcom sonrió, pero pronto regresó a su estado serio. —Hermanos, tengo algo que decirles. He echado mi suerte con los Cátaros. Vine buscando respuestas y las encontré. Encontré verdad y amor y simpleza con esta gente—cosas de las cuales nunca había sabido antes; amor verdadero y honesto; verdadera fe en Dios, sin hipocresía y sin parcialidad. Vi como esta gente amaba a sus enemigos y cuidaba a aquellos quienes los han ultrajado. Sé que he sido llamado para pelear por ellos—y no solamente para ellos, pero como uno de ellos. Y ahora, hermanos, las cosas se han puesto serias. Va a haber guerra, por seguro. El legado del papa fue asesinado, y sin duda alguna la culpa va a ser puesta aquí, en el conde y los Cátaros. De cualquier manera, estoy obligado a ayudar a esta gente. No los dejaré en su tiempo de necesidad. He sido entrenado como guerrero; y aparte de las cosas que aprendí cuando era niño, la habilidad de un guerrero es todo lo que sé.—

Dougal y Hamish intercambiaron miradas, luego Hamish se volteó hacia Malcom. —Bueno, hermanito, veo tu sinceridad. Eres un verdadero MacAlpin, haciendo juramentos para ayudar a la gente, hasta arriesgando tu propia vida. Por Dios, ¡parece que te encontramos unos cuantos días tarde! Podríamos habernos ido de aquí, pero sé que eres un hombre de palabra, y si la palabra de un hombre no es buena, no es nada. No te demandaré que rompas tu palabra. Pero quiero que sepas, que si alguna vez necesitas un lugar a donde ir, tiene un lugar allá en la hermosa Escocia con tu familia. Pero si no te importa, me gustaría quedarme contigo por un tiempo, y ver en que tipo de problemas te has metido.—

Dougal asintió. —Sí, quedémonos un tiempo. Podemos cuidarte un poquito asta que te recuperes. No queremos que te sobrevenga algún daño; parece como si tuvieras un nido de víboras aquí con algunos de estos **rapsallions**. Vas a necesitar un par de hermanos fuertes que se queden contigo, para ayudarte.—

Malcom se rió. —¡Ustedes dos! ¡Siempre cuidándome, aún ahora!—

—¡Sí, te vamos a cuidar! Eres nuestro hermanito—nuestro hermano bebé. ¡Siempre tenemos que cuidarte!—

—¿Crees que podríamos encontrar un lugar para alojarnos aquí?— preguntó Hamish, volteándose a Guillermo.

Guillermo miró a los dos de arriba abajo, todavía no se había sobrepuesto sobre cuan grandes, musculosos y harapientos se veían con su cabello rojo largo y sus barbas tan desaseadas y descuidadas. —Bueno, será mejor que no los paseemos por el pueblo demasiado, o asustaran a nuestros nobles ciudadanos,— dijo bromeando.

—¡Ah, me cae bien este chico!— dijo Hamish. —¡Tiene un buen sentido del humor! No tienes algo de escocés en ti, ¿o sí?—

Guillermo se rió. —¡Que pena! ¡Temo que soy un verdadero Francés! No hay gota de sangre extranjera en mí.—

—Bueno, tendremos que aguantarte como eres,— dijo Hamish

—No sé si podemos alojarlos aquí en el castillo,— dijo Guillermo —pero conozco un buen mesón en la ciudad donde hay gente mas que dispuesta a cuidar de los parientes de Malcom MacAlpin.—

—Ah, entonces será mejor que empecemos a irnos.—

—Quédense un rato, hermanos, y cuéntenme todo lo que ha pasado en casa,— dijo Malcom.

—Sí,— le dijo Hamish a Dougal. —Mejor nos quedamos un rato, ¿no crees? ¡Siempre podemos llegar a el mesón después!—

—Muy bien,— dijo Guillermo. —Para entonces, talvez Guy esté aquí, y el pueda llevarlos.—

—¿Quién es Guy?— Preguntó Hamish.

—Es el hermano de Eloisa,— contestó Malcom.

—Ah, entonces es de la familia, ¿no?— Todos en el cuarto se empezaron a carcajear, con los dos MacAlpins mayores carcajeándose con tal incontenible júbilo que Guillermo temía que se les fuera a escuchar hasta el gran salón mismo.

Malcom se sentía bien riéndose así. No había escuchado tan buena risa en años.

—¿Todavía te acuerdas del “juramento,” verdad?— preguntó Dougal.

—Sí, me acuerdo,— dijo Malcom.

Al mencionar la palabra “juramento” los oídos de Esme se aguzaron, recordándose de cómo Malcom había estado hablando entre dientes sobre un juramento.

—¿Qué juramento, señores?— dijo Esme.

—Es un secreto, muchacha, solo entre hermanos.—

—¿Y como están Kenneth y David?— preguntó Malcom.

—Como te dijimos, Kenneth es ahora el Terrateniente MacAlpin, y gobierna nuestra área como un pequeño rey. Pero la gente lo estima y nosotros lo estimamos también. Es un hombre lindo.—

—¿Y David?—

Hamish y Dougal miraron hacia abajo, y el mayor se limpió una lagrima que se le estaba formando en los ojos.

—David murió de la enfermedad de la tos.—

A Malcom se le pusieron los ojos llorosos al escuchar las noticias. David siempre había sido el mas débil de los cinco, el mas frágil, mas predispuesto a los libros y el aprendizaje. El le había sido tutor de Malcom cuando el era mas pequeño, y fue gracias a la persistencia de David que Malcom aprendió el Latín y los otros temas que habían constituido su escuela.

—Sí, David murió hace como dos años. Después de escuchar la noticia de que Kenneth estaba reclamando su señorío, David fue el primero en dirigirse a casa. No duró mas que un par de días. Pero por lo menos fue a casa. Llego a respirar el aire libre de nuestro amado hogar. Su cuerpo fue descansado con nuestro honorable padre, que en paz descansa. Así es que solo quedamos cuatro, y es por eso que Kenneth nos mandó a buscarte.—Y por Dios, ¡has sido difícil de encontrar! Seguimos las pistas de Paris y después escuchamos que te habías dirigido hacía el sur, y de que talvez hubieras venido aquí.

—Mientras nos acercábamos a Tolosa empezamos a escuchar historias sobre una reyerta entre un campeón de Francia y un Escocés. Y comprendimos que ese Escocés podría ser ni mas ni menos que nuestro pobre hermano menor. Y he aquí, ¡lo era!—¡Metiéndote en peleas otra vez! ¡Por Dios! ¿Tienes siempre que meterte en tales problemas?—

—No tenía otra opción,— dijo Malcom.

—Ah, eso es lo que siempre dices. No has cambiado en nada. Bueno, ahora estamos aquí, asta que te recuperes y puedas caminar. ¡Y si alguien piensa en hacerte daño, tendrán que contender con nosotros!—

—Que intimidador,— dijo Guillermo, burlándose un poco.

Hamish miró a Guillermo y, con una notable expresión de irritabilidad en su voz exclamó, —¡sí que es intimidador!—

—Cálmate, hermano,— dijo Malcom. —Este hombre es mi buen amigo. Me salvó la vida, y le debo mucho.—

—Esta bien. Bueno, si le salvaste la vida a mi hermanito, te perdonaré esta vez—pero tu sentido del humor te va a matar uno de estos días.—

—Eres un hombre muy amable,— dijo Guillermo con una chispa en su ojo.

—¿Hermano, siempre molesta así?— preguntó Dougal.

—Solo a aquellos que le caen bien,— respondió Malcom

—Bueno, entonces lo aguantaremos.—

—Sí, por favor hermano,— dijo Malcom. —Suele suceder que su tío es el conde.—

—Aaaa, ¡entonces tenemos nobleza! ¡Mil disculpas! Bueno, sangre de la nobleza corre por nuestras venas también.—

—Si, hermano,— dijo Malcom. —Sin duda alguna.—

—¡Que bueno!—

—¿Entonces, es realmente un amigo?— preguntó Hamish.

—Sí, hermanos,— dijo Malcom. —Es mi amigo.—

—Muy bien. Entonces, es nuestro amigo también. ¿Le damos uno de esos abrazos Escoceses amigables?—

—¿Abrazos Escoceses amigables?— Guillermo repitió nerviosamente.

—¡Sí!— dijo Hamish, levantándose de la cama donde había estado sentándose. Y con eso echó sus brazos alrededor de Guillermo y le dio tal apretón al Francés que el pobre hombre empezó a jadear por aire. Cuando el Escocés finalmente lo bajó, Guillermo se había quedado sin aliento.

—Ahora me toca,— dijo Dougal.

—Está bien,— dijo Guillermo. —Cre-cre-creo que eres mi amigo.— Luego Guillermo se volteó otra vez hacia Malcom, horrorizado. —¿Cómo sobreviviste creciendo con estos dos?—

*

El papa Inocencio III miró gravemente a la pieza de papel que acababa de firmar. El secretario derramó cera derretida de un pequeño crisol a la parte última de la carta. El papa se quedó mirando al pequeño charco derretido y miró a el anillo sobre su mano. Hizo una pausa.

Esta era una decisión de gran importancia y bien sabía que devastación y masacre provocaría, pero el dado se había echado. La iglesia y todo lo que representaba había sido desafiada. Inocencio estaba convencido de la justicia de esta causa. Marcó su anillo en la cera. La condena del sur de Francia había sido sellada, al igual de seguro que como su anillo papal había dejado su marca en la cera selladora.

El documento era una declaración formal, y llamaba a el rey de Francia, los barones, y a los fieles de la iglesia para que se unieran en una cruzada contra los herejes de la región de Languedoc.

El secretario derramó otro chorro de cera en el segundo documento. Otra vez el papa lo selló con su anillo de sello. Este segundo documento imponía a el Santo Emperador de roma, Otto, para que también tomara la causa de la cruz y levantara su espada contra los herejes. Finalmente , un tercer documento fue firmado y sellado. Este era una bula formal excomunicando a Raymundo, Conde de Tolosa, con cargos de encubrir y fomentar a los herejes dentro de su reino. Este iba a ser el evento crítico , la culminación de los muchos años infructuosos de Inocencio tratando de combatir la herejía de los Cátaros.

El secretario recogió los tres documentos y los entrego a los mensajeros oficiales papales—uno dirigiéndose a París, otro a el Castillo Harzburg donde el Emperador Alemán, Otto IV, actualmente residía, y uno a Tolosa.

Mientras se levantaba el papa, todos los otros en el cuarto se agacharon. Hizo una rápida señal de la cruz sobre ellos, y se fue del cuarto sin decir palabra.

Los tres mensajeros fueron expedidos inmediatamente. Tomó muchos días cabalgando antes de que cada uno llegara a su destino.

El Emperador Alemán, quien estaba ocupado con otros asuntos de su propio reino y con desavenencia con el papa, recibió el mensaje con debido protocolo, pero luego lo dejó a un lado para un tiempo mas conveniente.

El Rey Francés tomo medidas mas decisivas. Seguido miraba con envidia a su rico vasallo y primo. Todo el empuje de las normas de Felipe había sido fortalecer y ampliar su autoridad real sobre toda Francia. El condado de Tolosa era el condado mas fuerte y mas independiente, así que este vuelco de sucesos encajaba muy bien en sus manos.

Después de convocar a los barones del norte, el decreto papal se les leyó en voz alta. Muchos de los barones reaccionaron con júbilo. Aquí había una oportunidad para obtener gloria, ganancias y nueva tierra—todo cerca de casa, y mientras tanto ganando las bendiciones papales e indulgencias. Un ejército pronto fue levantado que consistía no solo de Franceses, pero de muchos mercenarios extranjeros. El liderazgo del ejército de las cruzadas finalmente caería sobre Simón de Montfort.

Simón de Montfort había regresado a Francia. Frustrado con su fracaso de vencer a los Musulmanes “paganos”, ahora buscaba la oportunidad de levantar su espada contra estos herejes. Los aplastaría a todos en el nombre de la iglesia y de la cruz, juró. Creyendo que estaba rindiéndole servicio a Dios, estaba a punto de convertirse en un cruel y despiadado instrumento de destrucción y terror. En verdad, él era el lord oscuro que Giles había visto en su ominosa visión, y decendería sobre el sur como un demonio del infierno.

*

Mientras tanto, el mensajero expedido a Tolosa había llegado. El conde había anticipado este resultado de acontecimientos. Mientras la corte era reunida, el mensajero caminó al gran salón. Al mero final, el conde estaba sentado con tristeza, rodeado por un pequeño grupo de consejeros y cortesanos. El mensajero diplomáticamente cayó en una rodilla y le pasó al conde el documento enrollado, quien se lo pasó a Roberto de Avignon.

El mensajero se levanto, rápidamente se dio la vuelta y salió.

—Léemelo, Roberto,— dijo Raymundo en voz baja.

Roberto desenrolló el pergamino y lentamente repitió las palabras Latinas. Por la presente Raymundo estaba oficialmente excomunicado. Estaba evitado por todos los buenos Católicos, se le rehusarían los sacramentos, y cualquier tipo de caridad cristiana. Se le declararía una anatema, un hereje, y cualquiera que se asociara con él, se le trataría de la misma manera.

Raymundo suspiró. —Prepárate para ir a Roma, Roberto. Quiero que implores mi caso ante el papa. Pregúntale que debo hacer para que esta bula de excomunión sea revocada. Preparen las cartas de mi parte, afirmando mi devoto a la iglesia y citando mi asistencia a las masas, mi devoción a las santas reliquias y peregrinajes, mi piedad y limosnas que doy, y todas las otras cosas que hago. ¡No importa lo que cueste, tengo que revocar esta bula!—

Guillermo, quien había estado observando esta escena desde un lado, se dio la vuelta y salió del cuarto, disgustado de cuan rápido su tío había sido hundido.

Su ida no paso inadvertida. El conde rápidamente despidió a aquellos reunidos, se levantó de su silla y se fue tras de Guillermo. Después de unas rápidas zancadas, Raymundo lo alcanzó.

—¡Guillermo, para!— le ordenó.

El joven se dio la vuelta y miró con resentimiento a su tío.

—¿Estás decepcionado conmigo, verdad?— Raymundo preguntó.

—¿Cómo puedes darte por vencido tan fácilmente?— dijo Guillermo. —Siempre te consideraba como un luchador, un guerrero dispuesto a pararse por lo que crees. ¡Pero te diste por vencido tan rápida y fácilmente!—

—¡Guillermo, aún no entiendes las políticas y diplomacia! Sí lo entendieras, sabrías que no tengo otra opción. Pero escucha, todo no esta perdido aun.—

Guillermo levantó una ceja. —Pero estas mandando a Roberto a el papa, pidiéndole que revoque la bula. ¡Pero sabes que la única manera en que se puede revocar esta bula es entregando a tu propio pueblo!—

—Guillermo,— dijo Raymundo, mirando alrededor, y bajando su voz a un susurro, —Roberto es el traidor. Esto fue todo una actuación. ¡Ten fe, chico! ¡Ten fe!—

XIV — LA DECISIÓN

Roberto de Avignon se encontró expedido en gran apuro hacia Roma para traer la petición del conde ante el papa. Varios días después de haber llegado se le permitió una audiencia formal. Ahí, ante la corte papal, de medio corazón suplicó el caso del conde y fracasó en persuadir al papa que levantara el interdicto o la excomunión.

Noticias de su misión precedió su regreso a Tolosa. Al llegar, el conde descargó su desagrado sobre Roberto y lo acusó de no dar el máximo esfuerzo esperado de uno con tal importante tarea.

Y así fue que Roberto fue exiliado del condado de Tolosa. Era un final ignominioso para Roberto. Había sido dotado con un fuerte intelecto, el cual desde muy temprano en la vida había aprendido a explotar. Así era como se había levantado de el estado tan bajo en el que había nacido a una posición de poder e influencia. Pero el se fue mas allá. Había pensado que podía jugar con los grandes hombres en este asunto uno contra el otro, y por lo tanto ganar mas prominencia. Su deseo de poder era mas fuerte que su lealtad a su señor y, como muchas veces pasa con aquellos quienes traicionan la confianza que ha sido puesta en ellos, el muy pronto tenía que pagar las consecuencias.

Roberto había corrido con suerte. Habría podido haber sufrido con su vida, pero el conde no tenía suficiente evidencia para acusarlo abiertamente de traición. Ahora esta misión fallada le dio a Raymundo la excusa de deshacerse de este en quien no podía confiar mas.

Ahora se apoyó en el padre de Guillermo, Lord Godfrey, para que ocupara el lugar de Roberto.

Las noticias pronto llegaron a la región de Languedoc de que un gran ejército de cruzados se había reunido y se dirigía al sur. La nobleza y los ciudadanos de esa región se prepararon para encarar el ataque violento que se avecinaba. Sin embargo, el determinado liderazgo del Conde Raymundo, no se aproximaba. Por razones conocidas solo por el, continuó titubeando en lo que serían sus intenciones—ya fuera ir adelante con su fuerzas al sur para resistir la invasión, o si él, también, se uniría a la cruzada contra la población Cátara.

Así es que se le dejó a la nobleza de menos categoría, quienes eran mas militantes y vigorosos en la defensa de sus ciudadanos y territorios, reunir a la población local para resistir. Primero entre ellos estaba Raymundo-Rogelio Trencavel, el sobrino del Conde Raymundo, y Vizconde de Beziers. Los Trencavels habían mantenido este vizcondado por muchas generaciones, pero muchas veces ellos habían probado ser vasallos fastidiosos para los Condes de Tolosa. Raymundo-Rogelio probó que no era la excepción, aunque en tiempos había estado cerca del conde.

Se creía que el Conde Raymundo estaba dándole sustento subrepticioso, pero esto no podía ser confirmado. Muchos pensaban que el conde estaba jugando en los dos lados. Si los cruzados ganaban, entonces Raymundo se deshacía de un vasallo difícil pero poderoso, y podría ejercitar su autoridad sobre los dominios Trencavels. Si Raymundo-Rogelio ganaba, entonces sus preocupaciones sobre la cruzada se acabarían. De cualquier forma, el Conde Raymundo saldría ganando.

Malcom y sus dos hermanos se le pegaron a Guillermo, quien mismo había levantado una pequeña fuerza de soldados temporales de entre la población local—muchos de ellos Cátaros—quienes se comprometieron a defender su patria.

Los sureños, ya fueran Católicos o Cátaros, sabían que aunque la aparente razón para las cruzadas era para forzar a los supuestamente llamados herejes, los Cátaros, que renunciaran a sus creencias, también sabían que la aristocracia del norte, rapaz y tierra-hambrienta estaban muy interesados en adueñarse de la región de Languedoc para sus propios y personales feudos.

Noticias alarmantes también les habían alcanzado: una gran parte del ejército eran mercenarios, aquellos quienes estaban determinados en saquear y violar, y preparados para matar a cualquiera, siempre y cuando les pagaran. Cualquiera que “tomara la cruz” al unirse a esta “santa cruzada” se le había concedido una indulgencia de 40 días por la iglesia. Empezando desde el primer día de la guerra, ninguno de los crímenes que cometieran contra los ciudadanos del sur se les atribuiría en esta vida, o en la venidera. Con el tiempo encima, estos asesinos estaban ansiosos de terminar con su deporte.

*

Guillermo y su banda de mas o menos trescientos caballeros y soldados habían acampado al este de Tolosa. Mientras aparentaban operar independientemente, secretamente estaban tomando ordenes del Lord Godfrey. Sus

instrucciones eran no involucrarse en batallas campales con los cruzados, pero que atacaran y hostigaran a contingentes que aun no se habían unido al cuerpo principal del ejército cruzado. Esto lo habían hecho con bastante éxito. Su compromiso mas grande había sido contra una banda de doscientos o trescientos mercenarios Alemanes bajo el comando de el hijo de Simón de Montfort, Guy. Guillermo y sus tropas los habían sorprendido mientras salían de un camino estrecho. La banda mercenaria casi había sido exterminada. Los pocos sobrevivientes, quienes incluían a Guy de Montfort, huyeron al este.

Los tres Escoceses habían formado un guarda espaldas personal para Guillermo. Su joven y temerario comandante se arremetía en la densidad de la batalla, y así es como muchas veces se encontraban en situaciones peligrosas y precarias. A menudo, la vista de los dos gigantes pelirrojos, Hamish y Dougal, blandiendo sus grandes espadas de doble filo, era suficiente para hacer que el valor de muchos enemigos se desvaneciera. Esto no es en ninguna manera para denigrar las habilidades bélicas de Malcom y Guillermo, pero el espectáculo impresionante de los otros dos hermanos, maldiciendo y gritando en su nativa Gaélica todo el tiempo y haciendo una ringlera mortal de mutilación por los rangos del enemigo, era algo espantoso. Asta entonces los cuatro de ellos se las habían arreglado para salir de estos encuentros sin tener serias heridas.

Aún, sabían que estos encuentros eran solamente una escaramuza comparado a las batallas que todavía se avecinaban. Raymundo todavía no se había comprometido.

Finalmente, un expedido secreto llegó al campamento de Guillermo. Esta vez llevaba el sello de su tío, no el de su padre, así es que Guillermo que contendría las noticias largamente esperadas de la decisión de Raymundo. Dentro de su tienda, el joven jinete se quedó mirando pensativamente a la carta sellada. Malcom y sus dos hermanos estaban sentados en silencio al otro lado de el. Después, con trepidación y sin característica, Guillermo rompió el sello y desdobló el documento. Mientras los otros miraban sus ojos mirando detenidamente en el papel, su semblante se volvió a una de decepción , luego desespero. ¡Las noticias no eran buenas!

El Conde Raymundo había decidido unirse a los cruzados. Todos sus intentos de desafiar la situación habían fallado en reproducir un resultado satisfactorio, y el tamaño del ejército invasor era demasiado grande para que se le desafiara con éxito. Y así es que el conde había dado por sentado este curso de acción. Parecía, que su única esperanza de detener su territorio, era ser recibido otra vez en la iglesia, y la única manera en que podía lograrlo era haciendo penitencia por sus “pecados” sometiéndose a una flagelación humillante pública. Todos los hombres de Guillermo tenían que hacer un juramento de lealtad a la iglesia. Cualquiera que se rehusara sería sumariamente despedido inmediatamente y sería marcado como forajidos. Guillermo estaba mortificado por las noticias.

Pasando el expedido a Malcom, Guillermo salió de la tienda tambaleándose y se sentó pesadamente en el piso a unos cuantos pies del fuego del campamento. Malcom le leyó el documento a sus hermanos, y luego los tres se unieron al descorazonado Guillermo.

Un lloroso Guillermo rompió el silencio que parecía haber durado cuatro vidas.

—¿Qué es lo que debo de hacer, Malcom? ¿Me uno a esta turba asesina, que descienden como langostas sobre nuestro país, y pelean contra nuestros propios buenos ciudadanos? ¿O no hago caso de las ordenes de mi tío? Sí hiciera eso, y mis hombres supieran que mi tío ahora pelea en el otro bando, no se cuantos de ellos se quedarían conmigo. No puedo, en mi propia conciencia, pelear contra mi propio pueblo, pero no puedo pelear sin un ejército. Estoy muy enredado, mi amigo.

—¿Debo de obedecer las ordenes y formar parte de esta maldad, o debo desobedecer a mi feudal, a quien he jurado fidelidad? ¿Cuál es mas grande, el juramento que solemnemente juré, o mi conciencia y mi corazón, que me dicen que debo defender a los débiles y oprimidos, y a aquellos que son injustamente perseguidos? Estos son asuntos muy graves, Malcom, ¡no sé que hacer!—

Malcom meneó la cabeza y se quedo en silencio. No tenía una rápida respuesta que darle.

Hamish, notando el silencio de su hermano, se volteó hacia Guillermo y trató de ofrecer su consejo. —¡Si un hombre no es tan bueno como su espada, no es nada! Haz jurado el gran juramento a tu tío y estas atado por eso. No puedes ir en contra de tu palabra. La juraste hasta que te dolió, y por los santos, tienes que guardarla. Es por eso que mi hermano esta aquí, porque el ha jurado ayudarte. Ahora el también tiene una espantosa decisión que hacer. Porque su corazón esta con esta gente, pero tu eres su comandante, y el ha jurado servirte. Así es que si tu decides que vas a seguir a tu tío en esta guerra, entonces el también tiene que decidir. Y su corazón—su corazón esta perdido por esa muchacha, ¡y va a ser su tipo de gente contra los que va a estar peleando! ¡Oh, la guerra es una cosa espantosa!—Especialmente una como esta. Donde tienes que pelear contra extraños, ellos no significan nada

para ti, esa es una cosa, pero cuando aquellos a quienes te han pedido que pelees son a los que les tienes estima y con los que has crecido, ¡entonces es una cosa espantosa! ¡Ah, por seguro que esta va a ser una noche melancólica!

—Claro, es una noche melancólica,— dijo Malcom. —Tengo por cierto que, no dormiré esta noche. Pero sé que Eloisa esperaría de mí, y eso es lo que debo de estar haciendo. Me alejaré por un ratito, bajo esos árboles de mas allá, y voy a orar y pedirle a Dios que me haga pase esta cabeza Escocesa tan dura que tengo, y que me muestre que hacer. Mi corazón se siente roto en mil pedazos. ¡Pienso que a todos nos vendría bien hacer un poco de oración esta noche!—

Malcom recogió una piedrecita y la aventó en el fuego. Por un momento se le quedó viendo y se pensó a si mismo como esa piedrecilla, con las llamas del tormento pegándole por todos lados.

—¡Que Dios nos ayude, y aclare nuestros caminos!— le dijo a los otros mientras se levantaba. Y con eso, se dio la vuelta y se dirigió al bosquecillo de una distancia no muy lejana. Se sentó, se apoyó fuertemente contra un árbol y mirando al cielo estrellado, empezó a orar. Las cosas habían estado bien definidas anteriormente: Estaba peleando en el lado bueno, y contra la tiranía, defendiendo a los débiles de los fuertes, tomando parte con aquellos quienes habían jurado al noble propósito de proteger a la gente que el amaba—gente tal como Eloisa. Ahora todo se veía desesperadamente confuso.

Su mente se vagó entre pensamientos y oraciones. Recordaba de los meses precedentes, su compromiso con Eloisa, y sus planes de casarse al final de la guerra; pensó en Esme, quien amorosamente lo había ayudado hasta que se recuperó; pensó en el amor que tenía por Guillermo, y el amor de Guillermo por ella. Aún, parecía que, bajo las presentes circunstancias, los dos nunca podrían disfrutar de la felicidad de la que el y Eloisa disfrutaban. Guillermo había puesto el deber primero. Cuan claramente recordaba Malcom las lagrimas que había visto en los ojos del joven la última vez que partió de Esme.

Esme y su familia sabían que no recibirían misericordia alguna de los cruzados, quienes los tenían como paganos. Ella y su familia, al igual que muchos otros, se habían ido para cruzar los Pirineos por unos de los caminos costeros, y planeaban reasentarse en el reino del cuñado del Conde Raymundo, Pedro de Aragón.

Malcom pensó en Guy, quien había peleado con su fe por muchas semanas. Al final, había decidido que prefería morir defendiendo lo que creía en vez de tomar un enfoque pacifista que muchos de los Cátaros habían tomado. Aquellos quienes habían renunciado a la violencia física como asunto de principio ni siquiera estaban contemplando ofrecer resistencia alguna a los cruzados. Se habían resignado a morir como martires en vez de renunciar a su fe. Guy había pensado unirse a la banda de Guillermo, pero necesitando quedarse cerca de los negocios de la familia, en vez se había unido a la milicia que había sido levantada dentro de Tolosa. Con el tiempo, esa milicia habría formado parte del ejército defensor. Pero ahora que el conde había cambiado lados, Guy y Eloisa estarían en grave peligro.

Malcom se esforzó por aclarar su mente y formar algún tipo de oración coherente a Dios. Después de muchas horas de angustia, una extraña paz cayó sobre Malcom—una que nunca había conocido antes. De repente, su mente y corazón atribulados estuvieron en silencio. Dentro de el había un propósito renovado, y un corazón de gratitud hacia Dios, Quien había traspasado su confusión, se dio la vuelta y cayó en un profundo sueño.

*

Guillermo había estado viendo mientras el joven Escocés se había ido, y luego el también, encontró un lugar privado y buscó su alma. Pero Guillermo estaba aún mas confundido. Su fe en Dios no era tan profunda como la de Malcom. De hecho, ahora encontraba su mente empañada de incertidumbre. ¿Había verdaderamente un Dios? De ser así, todas estas peleas sobre la religión no le hacían crédito alguno. Y de ser así, ¿porqué parecía que tomaba poco interés en lo que estaba pasando?

Mientras reflexionaba sobre estos y otros mil pensamientos que atestaban su mente, había determinado que pondría a Dios a prueba para saber si verdaderamente estaba ahí. Guillermo siempre había esquivado el tema cuando venía a hacer algún tipo de compromiso a Dios en su propia vida, pero en este punto decidió hacer un trato. Era ahora o nunca. Esta crisis era demasiado grande para que el la descifrara—aún con la ayuda de aquellos en quien tanto confiaba y amaba: su tío y su padre. El sabía que no era una respuesta simple, no una equívoca de bien o mal.

Así es que esa noche Guillermo oró con una sinceridad y desesperación cual nunca antes había sentido. El, también, encontró paz mientras que la confusión que había rabiado dentro de él se desvaneció. Su propósito ahora era claro, y su dirección fija.

XV — CAPTURA

El pequeño grupo amontonado en el cuarto trasero de la tienda de Francisco el panadero miraba ansiosamente hacia su lidera. La cara de Giles estaba muy solemne.

—En verdad este es un mal vuelco de sucesos, pero no era del todo inesperado. Sabíamos que las presiones sobre el conde serían mas de lo que podía llevar. Ahora parece como si nuestros enemigos fueran a triunfar. Todas nuestras vidas están en peligro. Mientras el conde se mantuvo fuerte, aquellos quienes buscaban hacernos daño eran parados, pero ahora pueden estar seguros que los hombres del obispo—y las turbas que ellos provocaran—vendrán a buscarnos. Asta el ejército personal del conde ahora debe de estar contado entre aquellos quienes buscan hacernos daño. Hermanos, ahora es el tiempo de orar. Nuestros tiempos y estaciones están el mas manos de Dios. Aunque todos los que juraron nos fallen, El nunca. Sus caminos nos pueden guiar a lugares peligrosos, pero sabemos que El camina con nosotros y nos guardara en cada momento. El no fallará en todas sus promesas hacia nosotros.

—Antes velábamos; ahora tenemos que hacer el doble. Nuestras reuniones tendrán que ser menos frecuentes, y tenidas en tiempos irregulares y varios lugares. Francisco aquí se encargará de notificarles en donde van a ser las reuniones. Asta ahora, hemos estado a salvo aquí en este pequeño santuario que Dios ha proveído para nosotros, pero no podemos estar seguros si este lugar es conocido. No podemos confiar en los mensajes escritos, así es que todos los lugares de nuestras futuras reuniones tendrán que pasarse vía oral. Sí no escuchan el tiempo fijado y el lugar directamente de alguna de las personas en este cuarto, entonces no lo crean.—

—¡Pero no teman, queridos amigos! Porque El que esta con nosotros es mas grande que aquellos que están contra nosotros. Y si sufrimos y morimos por nuestras creencias, sepan que todo lo que hacen nuestros perseguidores es impulsarnos al Paraíso, donde nada herirá o hará daño, y nada nos separará de uno y otro.—

En ese momento, la admonición de Giles fue interrumpida por el toquido de la puerta de en frente. Todos guardaron silencio y escucharon. El toquido vino otra vez. Miradas ansiosas se convirtieron en se convirtieron en unas de alivio cuando todos reconocieron el ritmo y número de los toquidos. Esa secuencia era conocida solo por aquellos numerados entre ellos.

Todavía, el grupo se mantuvo en silencio mientras Francisco habría la mirilla y miraba. Inés la vendedora de verduras, quien era uno de ellos, lo miró de regreso. Francisco rápidamente abrió la puerta y la dejó entrar.

—¿No te siguieron, o sí?— Francisco preguntó ansiosamente.

—Hice todo lo que tenía que hacer,— dijo Inés. —Tomé una ruta de lo mas indirecta, y no vi nada que me hiciera sospechar de que me estaban siguiendo.—

—Muy bien,— dijo Francisco. —Ven. Giles ha estado aquí por un rato.—

—Tengo noticias del castillo,— dijo Inés, mientras caminaba al cuarto trasero. —Es oficial. El Conde Raymundo hará su penitencia mañana al medio día. Tiene que ir a la Abadía de San Gilles, donde Odo, los otros obispos, y los nuevos legados administrarán los castigos. Después recibirá la absolución, y será recibido otra vez en la iglesia.—

Miradas variando de perplejidad a repugnancia y el desespero cruzó las caras de aquellos quienes estaban reunidos. Mientras Guy y Eloisa se miraban, lagrimas brotaron en los ojos de Eloisa. Guy la alcanzó y la abrazó.

Giles caminó alrededor de la mesa y puso su mano en la cabeza de la hermosa chica. —No temas, niña,—le dijo.

—¡Oh, me siento tan indefensa!— dijo Eloisa. —Aquel a quien recurríamos por protección ahora se ha unido a las fuerzas de nuestros enemigos. ¿Qué harán Malcom y Guillermo? ¿Se volverán ellos también contra nosotros? ¡Oh, me siento tan débil en la fe, hermano Giles! ¡Deseo tener la confianza y fortaleza que usted tiene!—

—Niña,— dijo Giles, —tienes la fortaleza que yo tengo. Solo tienes que creerla y aceptarla. No dudes del poder de Dios, mi niña. Porque El que esta contigo es mas grande que el mundo. Como dijo nuestro Señor, si fueras del mundo, el mundo te amaría. Pero tu y Guy, yo mismo y todos estos otros, no son de este mundo. Por eso el mundo nos aborrece.

—El Conde Raymundo, por todas sus espléndidas intenciones, es primero y antes que todo un noble—un hombre del mundo. Está interesado en preservar su dominio y los derechos y privilegios que contienen. Fluirá con la corriente, y será llevado con el viento. Además, nosotros, los pobres e impotentes del mundo, somos los buenos expansibles de los poderosos. Somos la corriente con la que ellos compran y venden sus posesiones, y aún un noble relativamente benevolente tal como el conde no se apresurará en sacrificar por lo menos unos cuantos de nosotros si es lo que necesita para mantener lo que el estima como suyo. Pero en el reino de Dios no será así, porque el mayor servirá al menor en humildad y amor. En ese mundo esta nuestra esperanza—no en este. No podemos poner nuestra confianza en el hombre, querida. Los hombres siempre tienen pies de barro. Debemos confiar en Dios y pelear en oración.—

Mientras las últimas palabras de su frase se desvanecían, hubo otro toquido en la puerta de enfrente. Esta vez no tocó el código secreto pero era rápido y fuerte—uno autoritativo.

—¡Abran esta puerta!— grito una voz tosca.

Un velo de silencio aterrador cayó sobre el cuarto.

—¡Abran esta puerta!— la voz gritó otra vez. El toquido esta vez mas fuerte.

—¡Rápido! ¡Salgan por atrás!— susurró Francisco frenéticamente.

Había un pequeño desbocamiento en el cuarto mientras la gente se apuraba hacia la entrada trasera de la tienda.

El toquido vino otra vez, está vez aún mucho mas fuerte y mas insistente. Las voces de varios hombres podían ser escuchadas, gritando y maldiciendo.

Guy, quien había alcanzado la puerta trasera primero, con cautela la abrió y miró por los dos lados en el pequeño callejón. Haciéndole señas a los demás para que lo siguieran, se dirigió por el callejón.

Para su consternación, no había avanzado mas que unos cuantos pasos cuando dos soldados estaban en una esquina como a doce pasos. Guy se dio la vuelta rápidamente y casi tira a Eloisa. La agarró y recobró su balance, y empezó a correr del otro lado.

—¡Paren!— los soldados gritaron, mientras corrían tras de el. Guy garró a Eloisa del brazo y corrió lo mas rápido que pudo. El resto de la pequeña congregación siguió cerca de el.

Para entonces los soldados habían sacado sus espadas. Una de las últimas mujeres que salió de la tienda del panadero gritó mientras una espada le atravesaba la espalda.

Guy pausó y miró atrás. Entonces, mientras se volteaba otra vez, corrió justo entre dos soldados quienes salieron de un callejón de al lado justo en frente de él. Tiró a uno de ellos en la colisión, y trató en vano de vencerlo, pero el soldado lo agarró del tobillo. Guy se cayó duro al piso. Eloisa se colapsó encima de el. El segundo soldado con mala intención le pateó a Guy en la ingle, y se dobló del dolor.

Para ese entonces, los soldados también habían entrado a la fuerza por la puerta de enfrente de la tienda de Francisco. Giles estaba ahí esperándolos.

—Creo que han venido por mí,— les dijo Giles, mirándose serenamente al sargento que dirigía al contingente armado.

—¿Eres tu Giles el sastre?— preguntó el sargento.

—Lo soy,— replicó Giles calmadamente.

—Tu y todos tus seguidores aquí quedan arrestados, por orden del conde, con cargos de herejía, blasfemia y sedición.

—Soy el que están buscando,— dijo Giles. —Dejen ir a los otros. Ellos son gentes simples. Ellos no tienen nada que ver con estos cargos.—

—¿Son tus seguidores, o no?—

Giles miró al hombre a los ojos. —Ellos son gente humilde quienes no le hacen daño a nadie. Déjalos ir.—

—No puedo,— dijo el sargento toscamente. —Tengo mis ordenes de arrestarlo y a cualquiera que se asocie con usted. ¡Hombres, llévenselos!—

Para este entonces Guy, Eloisa, Francisco, Inés y el resto de la pequeña junta habían sido conducidos al cuarto por la puerta trasera. Guy estaba todavía doblado del dolor, pero valientemente estaba tratando de ayudar la mujer que había sido apuñalada. La sangre de su herida, la cual se veía bastante severa, empapaba la mayoría de su ropa y el frente de la tosca túnica de seda hilada de Guy.

—Tráiganlos a todos,— mandó el sargento.

—Esta mujer necesita ayuda,— dijo Guy. —Ha sido gravemente herida.—

—De todas maneras morirá,— respondió el sargento. —¡Tú!— dijo, señalando a Guy, —¡Pareces un hombre fuerte, hereje! ¡Tu cargala!—

Con eso, los soldados guiaron al grupo por la calle, que ahora estaba atascada con varios mirones.

—¿Por qué los están arrestando?— dijo uno que estaba allí parado mientras el grupo era conducido por la calle.

—Estos son herejes,— gruñó el sargento. —Esta arrestados. ¡Atrás! ¡Muévanse de aquí, o los arrestaré junto con ellos!—

La multitud se hizo hacia atrás para dejarlos pasar. Dos soldados se pararon a cada lado de Giles, sus manos agarrandolo alrededor de los brazos. El anciano miraba serenamente hacia delante, y sonreía a los mirones mientras caminaba por la calle hacia el castillo.

Guy lo seguía, cargando a la mujer herida quien yacía flácida en sus brazos. Eloisa, Inés, Francisco y el resto de ellos eran empujados por lo que quedaba del los guardias, algunos de los cuales parecían encontrar algún tipo de placer perverso en picarlos con sus lanzas filosas.

Por el camino principal caminaron, dentro del patio del castillo y a la puerta del calabozo y, agarrando una antorcha, los guiaron por la caja de la escalera interna. Desconocido por los prisioneros, fueron guiados a el mismo calabozo donde Malcom había estado antes. Todos fueron empujados adentro, incluyendo la mujer herida, quien ahora se había desmayado por el dolor y la perdida de sangre.

El carcelero alzó la antorcha y, mirando a su grupo de prisioneros, dejó salir una risa aguda. —¡Bienvenidos!— dijo burlándose. —¡Disfruten de la hospitalidad de nuestro agraciado conde!— Luego, con otra risa aguda, salió por la puerta y la azotó.

Por medio de la pequeña reja abierta arriba de la puerta, un pequeño llama de luz todavía se podía ver por los horrorizados cautivos. Escucharon como la llave dio vuelta al candado, vieron como la luz se volvió mas débil mientras el carcelero subía por las escaleras.

Luego estaban en oscuridad total. Nadie podía ver a la persona junto a el. Eloisa empezó a llorar.

—¡Hermano Giles!— se lamentó Inés. —¿Qué pasará con nosotros?—

—Es por tu culpa que estamos en esto,— Francisco le dijo con brusquedad. —¡Te siguieron!—

—No veo como pudieron seguirme,— lloró Inés.

—Bueno, ¿entonces como es que nos encontraron?— preguntó Francisco.

—En sí deberías creer, Francisco,— respondió Giles, —que nada pasa por equivocación, o sin que Dios lo sepa. Aún no sé porque El ha permitido que esto pasara, pero se que ha de ser por una buena razón. Solo necesitamos ser pacientes.—

—Bueno,— dijo Francisco, —tenemos mucho tiempo para ser pacientes. ¡Ah, este lugar huele horrible!—

Por unos cuantos minutos se sentaron en el silencio, excepto por el suave llanto de Eloisa. Guy la encontró en la oscuridad y se sentó junto a ella. Con un fuerte brazo alrededor de ella, le acaricio la cara suavemente con su otra mano.

Después Giles empezó a cantar, en su voz profunda y sonora, una canción que todos conocían muy bien. Las hermosas palabras del amado Salmo veintitrés ahora tomó un significado aún mas profundo para ellos que nunca antes. —Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno.— Una mágica paz cayó sobre esa espantosa celda mientras todos se unían con el canto.

*

Al siguiente día, en la tarde, el Conde Raymundo, llevando la vestidura de un penitente, cabalga hacia por los escalones de la abadía y desmontó. Sin camiseta, subió los escalones y se arrodilló arriba. Ahí estaba el nuevo legado, Milo, el Obispo Odo, y todos los obispos de los alrededores. Todos estaban usando las atributos de su oficina. Odo miró con un aire satisfecho de triunfo a el poderoso potentado quien ahora estaba de rodillas ante el.

Raymundo miró al obispo directo a los ojos.

Una sonrisa de desprecio se le dibujo en la cara, quien triunfantemente confesó, —¡Como estoy disfrutando de este dulce momento!—

—No lo disfrutes por mucho tiempo o muy alto,— gruñó Raymundo —o mi paciencia y mi humildad serán mas cortas.—

—¿Estas listo para hacer tu penitencia?— le dijo Milo al Conde Raymundo, en una voz que se escuchó por toda la plaza en frente de la abadía de la iglesia.

Raymundo asintió.

—¿Estas dispuesto a abjurar tus creencias herejes?—

El Conde Raymundo hizo una mueca y asintió otra vez.

Entonces Milo envolvió su estola alrededor del cuello de Raymundo, y lo jaló hacia la iglesia, azotándolo mientras iban. A aquellos quienes veían, parecía que con cada latigazo, la sonrisa de Odo crecía.

Se divertía mientras la cara del conde se retorció del dolor. Finalmente llegaron al alta, donde el azote paró, y el conde se arrodilló.

Odo tenía ante el conde un gran crucifijo. El Conde Raymundo temblando de la prueba, se inclinó hacia delante y la besó. Odo piadosamente hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de Raymundo y lo declaró absuelto de su herejía. Una vez mas Raymundo fue declarado digno de tomar la comunión.

Raymundo se paro tambaleándose. Dos de sus asistentes vinieron a sostenerlo, pero el les dijo que se fueran. Un tercero cautelosamente le puso al conde su capa otra vez en sus hombros. El Conde Raymundo hizo una mueca de dolor mientras tocaba las heridas abiertas que entrecruzaban su espalda.

Para la multitud que veía, había sido algo sorprendente. Aquí el hombre mas poderoso entre ellos, el gran Conde de Tolosa, había sido arrodillado por el poder de la iglesia. Muchos menearon sus cabezas en incredulidad, pero pocos dijeron palabra mientras se ponían en fila y se iban de la plaza.

Finalmente Raymundo regresó a sus cuartos temporales en el pueblo que rodeaba la abadía. Godfrey miró a su orgulloso cuñado y feudal, y se preguntaba como había llegado a esto. Raymundo leyó sus pensamientos.

—Bueno, hermano,— jadeó Raymundo, apretando sus dientes en un esfuerzo de aliviar el dolor. —¡Me pregunto si valió la pena que me latigaran por mi condado! ¡Ya veremos! Pero te encargo, hermano. Asegúrate que Odo no viva lo suficiente para disfrutar de su victoria.—

*

En 1209, la ciudad de Biezers fue atacada. Después de una corta batalla, la ciudad fue tomada y todos sus ciudadanos, mas de 15,000 en total, fueron masacrados en una orgía de saqueo, violaciones y terror. Este Barbarie lascivo pronto se convertiría en la norma para el ejército cruzado. En medio e la masacre, cuando se preguntaban como saber quien era un Cátaro o quien era un Católico, el fanático abad y representante papal Arnoldo-Amaury, respondió: —Maten a todos. Dios reconocerá a los Suyos.—

Carcassonne era la siguiente para ser atacada. El Vizconde Raymundo-Rogelio, con una mas pequeña pero bien disciplinada y motivada fuerza, se las ingenió para resistir el ejército cruzado que sitiaba sus murallas. Después de unas cuantas semanas, las provisiones de la ciudad empezaron a escasear y el joven vizconde tomo ventaja de la oferta de los cruzados de una tregua para hablar de los términos.

Raymundo-Rogelio y una pequeña delegación cabalgó bajo una bandera blanca para negociar. Ahí estuvieron sorprendidos al encontrar que los términos que los cruzados estaban ofreciendo estaban completa e incondicionalmente capitulares, en cambio por el cual las vidas de los habitantes sería perdonada. Aún después de acordar en los términos onerosos, el joven vizconde, bajo el santuario de la bandera blanca de la tregua, fue traicioneramente atacado. Contra toda la caballeridad y diplomático protocolo, fue encadenado y puesto en un calabozo, donde decayó por muchos meses y luego murió—algunos dicen que fue envenenado. Solamente tenía 24 años.

Carcassonne se rindió y fue misericordiosamente perdonada del terror que caería en Beziers—eso era el terror que, años después, caería sobre otros pueblos y ciudades de Languedoc.

Pronto el periodo de cuarenta días se había terminado, y muchos de los cruzados regresaron a casa para esperar la siguiente llamada a armas. A Simón de Montfort se le concedió el vizcondado de Bezier y Carcassonne. El y los soldados que se quedaron con el se establecieron para una larga guerra con la nobleza local, quienes habían permitido que los Cátaros florecieran en sus tierras. Aunque los sureños no eran del todo Cátaros, estaban unidos en su odio por estos invasores del norte. Y así los ciudadanos fortificaron sus pueblos y castillos, y muchos tomaron armas para pelear en el lado de los nobles, y los Cátaros.

Se estaba anocheciendo mientras los cuatro jinetes, envueltos en sus pesadas capas para desviar el frío aire nocturno, cabalgaron a la turbulenta ciudad de Tolosa . Los vigilantes en la puerta estaban apurados preparándose para bajar los rastrillos para la noche, así es que pusieron escasa atención a los cuatro que entraron.

A medio galope pasaron por lo que ahora era el mercado desierto, y se dirigieron por el callejón que Malcom había tomado el primer día que llegó a Tolosa. Tanto había pasado desde ese día, pensó Malcom. Pronto estaban en el mesón de Guy y Eloisa.

Malcom se acordaba cuan feliz había estado de por fin entrar a ese patio abierto en frente de el mesón. Esta vez mientras llegaban, no había luz alguna de la chimenea para dárles la bienvenida. En vez, el mesón estaba oscuro y melancólico.

Malcom y Guillermo intercambiaron miradas preocupantes. Malcom desmontó y caminó hacia la puerta. Fue entonces cuando vio el pergamino clavado—una proclamación diciendo que el operador de este mesón, uno llamado Guy, y su hermana, habían sido arrestados por herejía junto con otros quienes se habían unidos a los caminos errados conocidos como Cátaros. Tendrían su juicio ante las autoridades eclesiásticas y seculares el día después de mañana.

Malcom arrancó el documento de la puerta y lo hizo bola en sus manos.

Fue entonces cuando una figura salió de la oscuridad. Malcom se dio la vuelta. Guillermo también la había visto también, al igual que los otros.

—¡Para!— dijo Malcom.

—¡Ah, Malcom! ¡Eres tu!— dijo una voz familiar.

—¡Esme!— dijeron Malcom y Guillermo al mismo tiempo.

Mientras la gitana se acercaba, la luz de la luna brillaba en su cara.

—¡Mi querida Esme!— dijo Guillermo. —¿Qué estas haciendo aquí?— Rápidamente desmontó su caballo y fue con ella.

—¡Oh, Guillermo!— dijo Esme mientras iba a sus brazos. —¡Se los han llevado! ¡Se los han llevado! Los soldados de tu tío arrestaron a Giles y el resto de ellos. Todos estaban en la tienda de Francisco el panadero, y fueron llevados a los calabozos del castillo de tu tío.—

—Tenemos que sacarlos inmediatamente,— le dijo Malcom a Guillermo.

—Claro que tenemos,— replicó Guillermo. —¿Pero Esme, porque todavía estas aquí? ¡Pensé que te habías ido!—

Una lagrima corrió por su cara.

—Me había ido. Pero cada milla que avanzábamos de aquí, mi corazón se quebraba mas, asta que ya no lo podía soportar. Mi padre vio mi agonía y finalmente me confió al cuidado de unos mercaderes que venían del norte. Viajé con ellos y apenas llegué ayer—a tiempo para ver el espectáculo en la tienda del panadero, y para ver como se llevaban a mi amado maestro Giles, junto con Guy y Eloisa y los otros. Pero sabía que vendrían. Dios me dijo que vendrían. Escuche su voz hablándome, diciendo que estarían aquí pronto, y que esperara. Y así que me escondí en los establos atrás del mesón. El anciano todavía esta adentro, pero no me notó.

—Cuando escuché el sonido de caballos en el camino empedrado en frente salí. Al principio pensé que podrían ser los hombre del obispo o los soldados del conde, porque no los reconocí bajo esas capas. No fue hasta cuando te vi arrancar el decreto de la puerta que me aventuré a decir que eran amigos.—

—Ven, cariño,— dijo Guillermo. —Estas temblando. Tenemos que meterte.—

—¡Pero aquí no es seguro!— insistió Esme.

—Sabemos que los soldados arrestaron a los dos que estaban buscando, así es que puede que no regresen. Eso hace que este lugar sea probablemente el mas seguro por ahorita. Malcom, ve a ver si puedes encontrar al padre de Guy.—

Malcom y Hamish caminaron por la parte trasera del mesón, donde entraron y encontraron al anciano. Después de algún tiempo y esfuerzo, se las arreglaron para despertarlo de su sueño. El, siendo senil, al principio no entendió la gravedad de lo que le había pasado a su hijo e hija. Pero después de un razonamiento paciente, parecía que había comprendido la suficiente severidad de la situación y consintió en dejarlos quedarse ahí. Luego se retiró a su cuarto.

Hamish y Dougal habían aprendido a lo largo de los años a ser cocineros creativos, preparando comidas comibles y hasta apetitosas con los ingredientes que estaban disponibles. Los dos miraron alrededor de la cocina. Aunque el lugar no había sido abastecido desde que Guy y Eloisa habían sido llevados dos días antes, pudieron

preparar una comida aceptable para el grupo hambriento. Después de comer, los cinco de ellos se sentaron alrededor de la mesa para formular un plan por el cual pudieran rescatar a sus seres queridos.

—¡Es muy simple!— Malcom contendió. —Si están en el mismo calabozo donde estaba yo, entonces están los pasajes secretos.—

—Hay solamente un calabozo conectado a los pasajes. Si no están en ese, entonces estamos perdidos,— replicó Guillermo.

—Bueno, tendremos que arriesgarnos que en sí es allí donde están,— dijo Malcom.

—¡Sí, pero ese será solo el primer paso!— dijo Hamish. —Tenemos el pasaje secreto hacia el calabozo. Esa es la parte fácil. ¿Pero que van a hacer entonces? ¿Cómo los sacaran de la ciudad?—

—Como bien sabes Malcom, hay muchos pasajes,— dijo Guillermo, —y una lleva a la entrada oculta en la muralla del castillo. Desafortunadamente, no lleva a afuera de las murallas de la ciudad. Vamos a tener que calcularle para que nuestro escape coincida con la abertura de las puertas de la ciudad. Pienso que todo lo que podemos hacer entonces es salir corriendo como locos. Podemos dirigirnos a la puerta del norte por el distrito llamado Bourg, donde hay muchos simpatizantes de los Cátaros.—

—¿Y que es lo que harán cuando estén fuera de la ciudad? ¿Adonde irán de allí?— preguntó Dougal.

—No sé,— dijo Guillermo. —No sé. Todo lo que sé es, que no quiero mas guerra—ciertamente no esta guerra y no ahorita.—

—Bueno,— afirmó Hamish, viendo la aparente angustia del corazón del joven pero queriendo poner el plan en vereda, —necesitaremos caballos extras, porque no podemos llevar a todos en los nuestros. ¿Y que haremos con los otros en la celda con ellos? ¡No podemos traerlos a todos con nosotros!—

—¡Me atrevo a decir que no todos querrán ir con nosotros!— dijo Guillermo, mirando a Hamish y Dougal. — Sus parientes y familias están aquí. Probablemente tratarán de escabullirse en las casas de algunos de sus parientes esperanzados de que no los encuentren. Y por los caballos, pienso que mejor se lo dejo a ustedes dos pícaros.—

—Bueno, aquí necesitamos planear,— dijo Malcom. —Necesitamos calcular exactamente cuanto tiempo va a tomar para sacar a esta gente del calabozo y fuera de la ciudad antes de que la gente se cuenta de lo que esta pasando.—

—Tenemos que hacer lo justo antes de que amanezca,— dijo Guillermo. —La guardia se cambia en el calabozo y en las puertas de la ciudad como en ese tiempo. Justo antes del cambio, la última vigilia va alrededor asegurándose de que todo este bien. Habrá un poco de tiempo antes de que los nuevos carceleros examinen los calabozos otra vez. En las puertas de la ciudad, los guardias las estarán abriendo y preparándose para todos los granjeros que vienen a la ciudad con sus mercancías, entonces se van a estar concentrando en la gente que entra en vez de la que sale.—

—¿Guillermo, estas seguro que quieres hacer esto?— dijo Esme, sacando a colación un tema que los otros habían evitado asta ahora. —Esto sería tirar tu primogenitura. Se te consideraría como un traidor por ir en contra de los deseos de tus tíos.—

—No tengo tío—ya no mas,— replicó Guillermo. —Confíe en el. Aun cuando pensé que no debía, aún lo hice. Ahora veo que para el era todo un gran juego para poder preservar su posición. No tiene la rectitud o la valentía para pararse por la verdad. Se metió por pura conveniencia. No quiero terminar así. No, prefiero ser un errante—y uno sin dinero—en vez de quedarme aquí.—

—¡Pero no es solo tu tío—es tu padre, tu madre, y el prestigio y el poder con el que has crecido!— añadió Esme.

Guillermo se encogió de hombros. —Talvez podré regresar después de un tiempo,— dijo con una voz que se desvanecía. Luego continuó con un tono de voz mas fuerte. —Mi corazón está contigo y Eloisa y Guy y es resto de los Cátaros. No puedo pelear contra ellos, lo cual tendré que hacer si me quedo. Así es que me iré a otro lado—en algún lado donde no tenga que luchar con estas preguntas.—

—Bueno, talvez podríamos usar un poquito de influencia Francesa allá en la casa de los MacAlpin,— dijo Dougal. Malcom y Hamish apoyaron la invitación.

—Te lo agradezco,— dijo Guillermo. —Eso sería un honor.—

—Bueno, hermanito,— le dijo Hamish a Malcom. —¿Piensas que entonces vendrás con nosotros, después de esto?—

Malcom miró hacia arriba. —Bueno, no veo mucho futuro para mi aquí. Claro que tendría que tener el consentimiento de mi amada señorita, y ahora no estoy en la posición de preguntarle.—

—Ahí es donde entramos nosotros,— dijo Dougal. —Te pondremos en una posición en la que puedas preguntar.—

—Si salimos de esto sanos y salvos, y podemos resolver la manera en como podemos llegar a casa, gustosamente me voy,— dijo Malcom. —Pero salir del castillo y aún de la ciudad es una cosa. Como tu y yo sabemos, la única ciudad en donde vamos a encontrar un barco que vaya a Escocia es en Gante, y eso esta muy al norte en Flandes. ¡Para ir allí tendríamos que viajar por territorio hostil hasta llegar!—

—Paso a paso es todo lo que podemos manejar,— dijo Hamish. —Se me enreda el cerebro al tratar de descifrar toda la cosa. Yo diría que, bien empezado es casi terminado. No podemos prever cada de talle. Si Dios está de nuestro lado, lo cual oro para que esté, entonces pienso que no tenemos nada que temer.—

—Bueno, todos debemos de acostarnos,— dijo Guillermo. —Tendremos que levantarnos temprano y mañana no vamos a dormir.—

Los otros tres hombres asentaron con consentimiento, y fueron arriba para acomodarse en los varios cuartos vacantes del mesón. Guillermo y Esme se quedarón, sentándose en silencio por un tiempo, mirándose uno a otro. Finalmente Guillermo habló.

—Te amo mas que a todo el mundo,— susurró. —Moriría por ti esta noche, en un momento. He estado con las mujeres mas nobles, pero ninguna se compara contigo. No se por que te lo estoy confesando, pero siento que tengo que revelar mi alma y mi corazón. Dulce Esme, mi amor por ti es sin medida. Mi deseo de casarme contigo es el deseo mas grande en mi ser.—

—¡Eso es inconcebible!— dijo Esme. —Eres un hombre de nacimiento noble, y yo soy una forajida. Nunca podría ser tu esposa, ni tener tus hijos.—

—¡Pero podemos si huimos de este palacio, para que no sepan quienes somos!— insistió Guillermo. —He luchado con este problema y esto es lo que debemos hacer. Cuando escuché de la decisión de mi tío de que iba a poner su posición y poder mas allá de lo que era correcto y bueno, esa noche sabía que tenía que tomar una postura de una u otra forma. Mientras me sentaba en la penumbra oscuridad, ore a Dios con todo mi corazón por una señal. Sabía que a unas cuantas yardas, Malcom también estaba en agonía de corazón. Cuando miré en esa dirección en donde el estaba sentado, vi un resplandor sobrenatural. Irradiaba hermosos colores de azul y dorado. Quería levantarme y gritarle a los otros, “¡Miren, vean lo que pasa!” Pero no podía. Me quedé ahí, sin moverme, sin habla, mirando.

—Entonces, en el centro de ese resplandor, divisé la imagen de un hombre—alto, y fuerte, con los brazos extendidos. El azul y el dorado ondeaban para que pareciera como si fueran alas aleteando. Supe entonces que esta era mi señal, que Dios estaba con Malcom y con aquellos a quien el amaba. Supe entonces lo que tenía que hacer. Mi lealtad tenía que estar con los oprimidos, los débiles, y los desamparados, y no con mi tío rico y veleidoso. Le dije a Dios esa noche que sería su siervo y que si iba a levantar mi espada otra vez, sería para defender a aquellos quienes no pudieran defenderse.

—Luego mis pensamientos se tornaron hacia ti, y las palabras vinieron a mi corazón, “No temas tomarla por esposa. Ella es una perla de precio incalculable.” Yo dije, “¡Señor Dios, ella esta muy lejos! ¡Nunca la veré otra vez!” Y la voz regreso a mi corazón diciendo, “Hago cosas imposibles”—

—¡Esta noche, cuando escuche tu voz y te vi salir de la oscuridad, casi me caigo de mi caballo! Esta era una señal para mi también, y supe entonces que Dios haría todas las cosas, como me lo había dicho. Así que este día te ruego: Sé mi esposa, conviértete en la madre de mis hijos. Y seré para ti un esposo honesto y verdadero y un protector.—

Esme no pudo controlar sus lagrimas. Lloró y luego se ríó, y luego lloró otra vez. Luego, después de recobrar una media postura, miró al joven noble a los ojos y susurró. —¡Sí! ¡Oh, sí! ¡Oh, sí!—

Con eso, los dos jóvenes amantes se abrazaron. Por lo que parecía una eternidad, los dos se besaron. Al principio, eran los besos suaves y cautelosos de amantes primerizos, pero gradualmente la pasión intensionó y los besos se hicieron mas fervientes. Finalmente, Guillermo la cargó en sus brazos y la llevo arriba.

Mientras tanto, Malcom estaba acostado en su cama, mirando el techo. El también, estaba recordando la noche en que se fue de la fogata y se fue a orar. El también, sabía que algo místico y maravilloso había pasado. No lo

había visto, pero había sentido una paz sobrenatural y un fortalecimiento que no podía explicar. Recordó como la confusión en su mente de repente se había desvanecido.

Esta era una tierra moribunda. Estaba destinada a la perdición. Sabía que su misión aquí estaba terminada. Solo quedaba una cosa: Rescatar a Eloisa, y para ellos huir de este país que quedaría destrozado por la guerra y destrucción.—Huir con la luz de la verdad que había encontrado, y con el amor de su vida. ¡A casa! A casa en Escocia, allí, difundir la maravillosa verdad de su nueva fe entre los suyos.

—Querido Dios, bendice esta misión que vamos a emprender,— oró. —¡Fortalece mis manos! ¡Bendice mi decisión! Ayúdame a ser Tu instrumento de liberación este día para aquellos a quienes amo. Estan en las manos de perseguidores quienes son mucho mas fuertes que yo. Fortalece mi brazo, porque sé que solo con Tu poder y Tu fortaleza tendremos éxito en nuestra misión mañana. Dame sueño ahora, y paz de corazón, porque mañana ya sea que tengamos éxito librando a nuestros seres queridos, o si no, querido Jesús, seré recogido en tus brazos. Permíteme tener éxito mañana, o moriré tratando.—

XVII — HUIDA

Guy se despertó de un sueño irregular a el sonido de un fuerte ruido metálico. Era el postigo del enrejado de la ventana arriba de la puerta de la celda abriéndose. Por unos momentos la abertura fue iluminada por una flamante torcha. Un rayo de luz iluminó el cuarto, mientras el carcelero miró del otro lado.

Satisfecho de que todos sus cargos todavía estaban presentes, el carcelero azotó el postigo. Una vez mas, el calabozo fue inmerso en la oscuridad.

Eloisa se levantó sobresaltada por el segundo ruido. —¡Sh! ¡Guarda silencio, chica!— susurró Guy. —Era solo el carcelero inspeccionándonos otra vez.—

Desde que habían estado en el calabozo habían perdido noción del tiempo. No había ventanas para darles alguna indicación de si era de día o de noche. Guy, tratando de estimar cuanto tiempo habían estado ahí por el número de veces que el guardia los había inspeccionado, se imaginó que habían pasado mas de dos días, pero era solo una suposición.

No habían sido alimentados desde que habían sido puestos en el calabozo. La mujer herida había muerto silenciosamente hace un tiempo. Giles se había sentado a su lado todo el tiempo, agarrándole la mano, suavemente orando por ella y hablándole palabras de consuelo. No había nada que darle para aplacar el dolor que hubiera sentido, pero por alguna razón, poco después de que los habían llevado a la celda, una paz le había sobrevenido. Había sido como si alguna mano divina le hubiera prescrito una pócima para aliviar su sufrimiento.

Giles no había sido solamente había sido una fuente de fortaleza para la mujer, pero para todos aquellos en el calabozo. Después de un suave regaño, Francisco el panadero había parado de acusar a Inés de haber guiado a los hombres del conde a su reunión, y los dos fueron reconciliados.

En total, había menos de una docena de ellos en esta celda. Ya que no había luz en el cuarto, la única manera en que sabían donde estaban los otros era por el sonido de sus voces y por el tacto. Al principio, les parecía a todos como si hubieran sido confinados a una oscuridad abismal, pero pronto una paz y serenidad que todos sabían que solo había podido venir de Dios vino sobre ellos y le ayudó a superar el horror de las condiciones. En tiempos, algunos habían empezado a desesperarse, o a hundirse en llanto. Pero pudieron consolarse unos a otros y, aún en su condición tan miserable, se las arreglaron para decir oraciones regulares y cantar canciones de acción de gracias.

De repente, un nuevo sonido alcanzo los oídos de Guy.—El sonido de piedra raspando contra piedra.

Francisco gritó: —¡La pared en mi espalda se está moviendo!—

—¡Hasta para atrás! ¡Quítate de allí!— una voz baja se podría escuchar del otro lado de la pared.

—¡No me quitaré!— replicó Francisco, —¡hasta que me asegure si eres amigo o enemigo!—

—Por favor, muévete, Francisco,— la voz de Giles salió en la oscuridad. —Estoy seguro que si fueran enemigos, no vendrían de esta forma.—

Francisco se movió hacia delante, y pronto la puerta de piedra que era la que era la entrada secreta de los pasajes al calabozo estaba abierta.

La llameante y brillante luz de la antorcha de repente llenó el cuarto, cegando a los que estaban en el calabozo por unos instantes.

Después de un momento de completo silencio, el cuarto de repente se convirtió en un panal de alboroto.

—¡Shhh! ¡Por favor, todos guarden silencio!— suplicó Malcom.

Eloisa inmediatamente reconoció la voz de Malcom. Sus ojos todavía no se habían ajustado a la luz lo suficiente para distinguir a la figura que estaba en el medio, ¡pero ella conocía esa voz! Hubiera dicho en voz alta su nombre, si su grito no hubiera sido sofocado por Guy, quien rápidamente puso su mano sobre su boca. —¡Shhh! ¡Si hacemos mucho ruido, alertaremos a los guardias!—

—¡Malcom!— dijo Eloisa en un susurro emocionado. —¡Sabía que vendrías!—

—¡No podía dejarte así!— dijo Malcom. —¡Ahora, rápidamente, todos! Tenemos que hacer nuestra huida buena. Pronto vendrán por ustedes, para llevarlos a juicio. Tenemos que estar suficiente lejos de aquí antes de que se note su ausencia.—

Para entonces, Guillermo también estaba en el cuarto, y el rápidamente empezó a apurar a los ocupantes sorprendidos por el pasaje secreto.

Giles pausó un momento, y miró a la pobre mujer muerta quien todavía estaba acostada en la esquina del cuarto, y luego el, también, se escabulló fuera del calabozo.

Guillermo guiaba el camino. Malcom tomó la retaguardia, con Eloisa y Guy. Una vez que todos habían salido del cuarto, agarró el anillo de hierro que estaba en la puerta secreta y la cerró.

—Ciertamente ese carcelero se va a sorprender cuando venga a buscarlos,— le dijo Malcom a Guy.

—Le deseo tal susto que hasta pierda sus entrañas en el proceso,— dijo Guy.

—Bueno, ciertamente eso añadiría a la peste en ese agujero,— dijo Malcom.

Los dos se sonrieron el uno al otro.

—No tenemos mucho tiempo para bromas ahorita,— dijo Malcom, rápidamente abrazando a Guy. —No debemos perder de vista a los demás. Los sacamos de este calabozo, pero todavía nos queda un largo camino para que lleguemos a un lugar seguro.—

Los tres se escabulleron y alcanzaron a los demás.

Eloisa y Malcom solo pudieron intercambiar unas cuantas palabras.

—Tendremos suficiente tiempo para hablar después,— Malcom le había dicho. —Pero todavía hay muchos peligros por delante.—

Después de varias vueltas, Guillermo paró.

—La salida está aquí,— dijo. —¡Guy! ¡Malcom! Ayúdenme a empujar.—

Guillermo y Malcom habían entrado por aquí hace no mucho tiempo, y Hamish y Dougal habían cerrado la entrada en cuanto habían entrado, para que alguien no se tropezara por casualidad y levantara la alarma.

La puerta de piedra se venció, y la gente en los pasajes rápidamente salió al aire matutino.

—¡Ah, ahí están, y justo a tiempo!— dijo Hamish.

—¡Hamish! ¡Dougal!— gritó Eloisa, mientras salía del túnel. —¡Que Dios les bendiga!—

—¡Sí, ya lo ha hecho!—¡Nos ha bendecido con una hermosa cuñada!—

Eloisa se sonrojó y miró a Malcom.

—Los caballos están a la vuelta de la esquina. Había varios mercaderes y caballeros quedándose en un mesón no muy lejos de aquí, quienes cortésmente nos han permitido el uso de sus finos caballos.—

—¿Los pediste?— preguntó Malcom extrañado.

—¡Bueno, no tuvimos tiempo para eso, hermano!— dijo Dougal. —Además, hubiéramos tenido que despertarlos, y eso no hubiera sido muy bueno, ¿o sí?—

Giles estaba hablando con varios de los otros fugitivos.

—¡Apúrese, hermano Giles! ¡Tenemos que huir!— dijo Guy.

—todo en el tiempo de Dios,— dijo Giles. Luego se volvió a Guillermo. —Ha arriesgado su vida, noble señor, para rescatarnos. Y ahora, permítanos ayudarlo. Huir con todos nosotros solamente los atrasaría. El resto de nosotros somos gente de este pueblo; nos los arreglaremos para desaparecer entre la ciudad. Hay muchos simpatizantes quienes nos esconderán, especialmente en el Bourg. Llévase a Guy y a Eloisa. Nosotros nos aseguraremos de que su padre esté bien cuidado.—

—¡Giles debes venir con nosotros!— dijo Guy. —¡Tu eres el principal que están buscando!—

—Si el pastor huye, las ovejas se dispersan,— dijo Giles. —No, me quedaré aquí entre mi rebaño. No teman, porque les haré muy difícil que me encuentren.—

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos!— dijo Hamish, quien acababa de traer los caballos.

Una esbelta figura caminó en su enorme sombra.

—¡Esme!—dijo Eloisa. —¿Qué estás haciendo aquí?—

—Es una larga historia, y no hay mucho tiempo para contarla,—dijo Esme. —Esperemos hasta que hayamos huido de este lugar.—

—¡Malcom, casi nunca monto a caballo!—dijo Eloisa con un tono de preocupación en su voz.

—Entonces cabalgaras conmigo,—dijo Malcom.

Malcom ya se había montado en su caballo, y alcanzo a Eloisa y la trajo a sus brazos. —¿Y que de ti Guy?—

—¡Oh, creo que tengo suficiente experiencia!—dijo, montándose en un gran roano castrado.

—Sí que tienes mucho caballo debajo de ti,—Malcom dijo bromeando.

Hamish y Dougal ya estaban en sus monturas. Esme también había montado un caballo, y con la velocidad y habilidad en que trajo originalmente la asustadiza yegua bajo control mostró que no estaba sin experiencia ecuestre.

—¡Tiempo de irnos!—dijo Guillermo, y los caballos se fueron a medio galope por las calles silenciosas.

El resto de los rescatados se apuraron. Estaban familiarizados con el pueblo, y rápidamente desaparecieron en la multitud de callejones que entrelazaban la ciudad. Giles hizo una pausa en la entrada de una de ellas y dándose la vuelta, levantó su mano en un adiós a sus amigos quienes rápidamente ese estaban perdiendo de vista por las calles tempranas. —Que Dios vaya con ustedes, y les lleve a donde quieren,—susurró. Luego con un movimiento de su capa, había desaparecido.

Guillermo sabía que la alarma se podría escuchar en cualquier momento, pero no queriendo levantar tanta sospecha, prudentemente decidió no ir tan rápido por el pueblo. En vez, mantuvo su caballo en trote fijo. Los otros siguieron de cerca.

Los ciudadanos empezaban a salir de sus casas, y aunque la vista de gente a caballo no era poco común, todavía algunos parecían verlos con mas curiosidad de lo normal—o por lo menos así parecía.

Después de dar varias vueltas en el camino, la puerta del norte apareció. Había bastante prisa y bullicio, mientras granjeros montados en sus vagones llevando todo tipo de verduras y otro tipo de comidas estaban entrando a la ciudad.

Varios de los guardias en la puerta estaban en un pequeño grupo, charlando entre ellos, mientras que uno o dos de ellos examinaban a los granjeros que entraban.

Guillermo tomo un gran suspiro, y lentamente fue a medio galope hacia la puerta. Cada uno de sus impulsos eran espolear a su caballo, pero se detenía. Jalando su gorra de fieltro sobre su cara, aminoro la velocidad de su caballo a un paso lento mientras pasaba por los guardias y las puertas.

—¡Buena mañana!—dijo con voz ronca.

Uno de los guardias gruñó una respuesta.

Ahora, Guillermo había pasado por la puerta. Esme estaba justo atrás de el. Guy era el siguiente, seguido por Malcom y Eloisa. Hamish y Dougal estaban en la retaguardia. Todo había ido casi bastante bien asta este punto.

Luego, justo mientras Hamish y Dougal, pasaban por los rastrillos levantados, una campana de alarma empezó a tocar. La tocada fue tomada por otras campanas por la ciudad. Los guardias rápidamente se salieron de su ensueño y empezaron a llamar y gritar a los que estaban por ahí. —¡Quítense del camino! ¡Quítense del camino! ¡Tenemos que cerrar la puerta! Bajen los rastrillo.—

Hamish le pegó a su caballo con sus piernas, hincando las espuelas en la carne de su caballo. Inmediatamente el caballo arrancó en rápido galope.

Los otros jinetes también tomaron la señal y espolearon sus caballos a el galope.

Para aquellos quienes estaban acostumbrados a andar en caballo, esto no era nada difícil, pero para Guy, cuya experiencia cabalgando era mínima, mantener a su poderoso caballo bajo control era casi mas de lo que podía. El caballo se levantó varias veces.

Los guardias, para este entonces dándose cuenta de que talvez los jinetes tenían algo que ver con las campanas de alarma, les gritaron para que pararan.

Guy valientemente trató de poner a su caballo bajo control, pero el caballo, no familiarizado con su jinete y nervioso por las campanas y el alboroto, siguió levantándose y dando vueltas. Uno de los guardias se apuró para agarrar al caballo de las riendas, y bajar a su jinete. Pero entonces, justo a tiempo, el caballo se dio la vuelta y siguió tras los otros. Guy se agarró con todo lo que tenía.

Pronto las flechas estaban volando a su alrededor mientras los guardias puestos en las murallas arriba de la puerta abrían fuego. Para ahora los otros ya estaban fuera de alcance, pero Guy, por varios peligrosos minutos, estaba al alcance de los arqueros.

Con determinación apuró a su caballo mientras que al mismo tiempo oraba para que de alguna manera se pudiera seguir agarrando.

Hamish y Dougal vieron lo que estaba pasando y dieron rienda a su corceles. Después de mirarse el uno al otro, sabían por instinto lo que tenían que hacer. Para este entonces, el caballo de Guy se había apartado del camino y estaba corriendo por los campos abiertos.

Los dos espolearon a sus caballos, tratando de alcanzarlo.

Después de una larga caza que incluyó saltar varios setos, finalmente alcanzaron a Guy. Mientras cabalgaban, uno a cada lado, se agacharon y agarraron las riendas del caballo, y lo sujetaron.

Guy estaba temblando. —¡Ah, caballeros, se los agradezco!—

—De nada,—dijo Hamish. —¡Sí que nos guiaste a una buena corretiza, amigo! Rápido, tenemos que ir tras los otros. Toma, agarra las riendas mas firmemente y mantente cerca de nosotros. ¡Pronto vendrán tras nosotros! No hay tiempo para clases de equitación, tendrás que aprender mientras vas.—

Con el caballo mas en control ahora, los tres se empezaron a galopar para alcanzar a los demás. Mientras se dirigían al camino, Hamish miró hacia atrás y podía ver a una tropa de caballistas saliendo por la misma puerta.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Hamish. —¡Todo iba tan bien! Ahora la guardia ya esta tras nosotros.—

Después de correr por algunos campos, estaban de vuelta en el camino. Mas adelante, podían ver el polvo que se levantaba por los caballos de los otros. La idea había sido huir al norte a las tierras Angevinas, quienes estaban nominalmente bajo el control de el Rey Juan de Inglaterra. Habían planeado viajar lo mas que pudieran el primer día, y hasta por la noche si podían. Su destino inicial era el Macizo Central, y ahí esperaban perder a cualquier perseguidor en los muchos valles de esa hilera de montañas.

—Por fin tenemos algo pequeño empezado,—le dijo Malcom a Eloisa. —Agarrate fuerte a la crin del caballo.

—¡Me estoy agarrando! ¡Me estoy agarrando con todo lo que tengo!—gritó Eloisa, su cabello ya era un desastre lleno de nudos. —¿Pero donde está Guy?

—¡No te preocupes!—Malcom gritó mas fuerte sobre el ruido de las patas de los caballos resonando sobre el camino escarpado. —Hamish y Dougal lo están cuidando. Nosotros necesitamos cabalgar lo mas lejos y rápido que podamos. Este caballo esta cargando doble así es que se cansará mas pronto que los otros. Tenemos que poner la mas distancia posible entre nosotros y Tolosa.—

—Malcom,—dijo Eloisa.

—Sí,—dijo Malcom.

—Gracias por rescatarme.—

—Es lo mejor que he hecho en toda mi vida,—dijo Malcom. —Pero aguanta; ¡nos hemos metimos en cosas difíciles!—

XVIII — LA TORRE DE MARTÍN

El viaje había sido largo y duro. Hubo que cruzar dos ríos; uno sobre el Río Laguna de Montaña, en el pueblo de Montauban, y el segundo por Aveyron. Ahora estaban cerca del pueblo de Causade, mas allá se levantaban las colinas, de el Macizo Central. Ahí esperaban encontrar un refugio temporal mientras planeaban el resto de su peligroso viaje.

Por alguna razón, la tropa de caballos que los había estado persiguiendo desde Tolosa se había detenido después de cómo una hora, y habían regresado a la ciudad. Talvez no habían estado preparados para montar y sostener una caza en este tiempo. Pero por cualquier razón que hubieran regresado, la banda fugitiva estaba aliviada de poder hacer su escape mas lento y por lo tanto conservar sus fuerzas y la de sus caballos.

Mientras se acercaban al pueblo, fueron recibidos por el mayordomo de un noble nativo llamado Martín—un hombre conocido por sus obras de caridad y hospitalidad—y fueron invitados a tomar un descanso en los cuartos de los invitados de su pequeña, pero sin embargo bien fortificada torre.

Su hermosa hija Hilda, su largo cabello dorado en trenzas que estaban enroscadas a los lados de su cabeza, se apuraba cuidándolos. Su padre era un Cátaro bien conocido, al igual que todos los miembros de su familia. Se había ganado su reputación, de nada a segundo en el área, por su piedad, caridad y buenas obras. Aunque un noble de nacimiento, él y su familia vestían simples, en ropa simple. Muchas veces era difícil distinguir entre ellos y sus sirvientes, ya que todos parecían una gran familia y se trataban uno al otro con gran bondad.

—Vengan y descansen con nosotros por un rato,—dijo Martín. —Podemos notar que han venido de lejos y han cabalgado mucho. Tienen que descansar y recobrar su fuerza antes que continúen en su viaje. Están bienvenidos a la hospitalidad de mi mesa por el tiempo que deseen.—

—Usted es muy amable en su hospitalidad, señor,—dijo Guillermo. —Mis acompañantes y yo estamos muy agradecidos.—

—Te me haces familiar,—le dijo Martín a Guillermo, mientras veía al joven. —¿Por casualidad no eres pariente de Raymundo conde de nuestro reino?—

—Usted es muy astuto,—dijo Guillermo. —Sí, soy su sobrino. Creo que lo conocí a usted una vez en una gran reunión de la nobleza en Tolosa hace muchos años. No es un visitante tan regular en nuestra corte.—

—Sí que no, joven,—replicó Martín. —No encuentro mucho placer entre otra nobleza, porque mis gustos son simples, como lo es mi vida, y la de mi familia. Aunque me gozo en esta vida, mi esperanza esta puesta en la siguiente. Y así, busco cumplir los mandatos de mi Dios: amar a mi prójimo como a mi mismo, mostrar caridad y hospitalidad, y teniendo comida y abrigo, estar contento. No soy un hombre bélico como veo que es usted y sus acompañantes, pero busco seguir el camino de Cristo en la forma perfecta.

—Debe darse cuenta que mis simpatía, en verdad, mi parte, esta con los Cátaros y su pureza y santidad, y no con la iglesia que clama dominio sobre mi alma. Solo espero que me dejen en paz, pero cuando vengan extraños, ofrecerles mi hospitalidad.—

—Bien hablado, señor,—dijo Guillermo. —Yo, también, estoy con los Cátaros, aunque talvez mis creencias en particular sean distintas a las tuyas. Aún, cortésmente acepto su hospitalidad, y mis acompañantes y sí que lo respetaré y a sus creencias. Permítame introducir a mis acompañantes: Este es Malcom MacaAlpin, de Escocia, últimamente en el servicio de mi tío en la batalla contra los invasores. Estos son sus dos hermanos, Hamish y Dougal, hombres fieles y verdaderos, también comprometidos a la causa de mi tío antes que le diera la espalda a su pueblo y buscara salvar su propia cabeza. Y este es Guy, y Eloisa su hermana—Cátaros de Tolosa y seguidores de Giles el sastre, quien se ha ganado a lo de reputación y puede que a usted le sea conocido. Y esta es Esme, mi esposa, y también una de las discípulas de Giles.—

—En verdad he escuchado de este llamado Giles,—dijo Martín. —Es bien respetado en mi casa. Usted y todos sus acompañantes son mas que bienvenidos. De vez en cuando, también encontrarán a otras visitas aquí, y por ahora hay uno quien profesa ser un viajero —en que negocios no reveló. Pero temo que no simpatiza con nuestra causa. Así es que debo advertirles que mantengan sus voces bajas cuando hablen entre ustedes.

—Mantengo mis puertas abiertas sin discriminación alguna, así que aunque no me gusta este hombre en particular, todavía no puedo rehusarle mi hospitalidad. Pero les advierto que tengan cuidado con él.—

—Gracias,—dijo Guillermo. —Tomaremos precauciones. ¿Y como reconoceré a este hombre?—

—Tiene una gran cicatriz en la mejilla,—dijo Martín.

Esme se quedó boquiabierta. Guillermo y Malcom intercambiaron miradas. ¿Podría ser?

—¿Adonde esta este hombre ahora?—pregunto Malcom.

—Ah, sale de día—ha hacer que, no lo sé,—dijo Martín. —Pero lo verán en la cena. Nunca falla en regresar por su comida.—

—Podría ser,—dijo Martín, volteándose hacia Malcom, —¿que tu eres ese Escocés que mató a Alberto de Aurillac en el combate?—

—Así es,—confirmó Malcom.

—Ya veo. Las noticias de esa pelea han viajado de un lado a otro, y puedo asegurarle,—dijo Martín. —Y siento que puedo decirle que las propiedades de su primo, Teobaldo, quien entiendo era su segundo en ese combate, están a solo doce millas de aquí. Les recomendaría, por lo tanto, que mientras están mas que

bienvenidos a mi hospitalidad por el tiempo que quieran, les será mejor que sean prudentes y hagan su estadía aquí corta, por su propio bien. Ahora, mi sirviente los escoltará a sus cuartos.—

*

Desafortunadamente para nuestros héroes, antes de que Martín les hubiera dado estas advertencias, su llegada había sido espiada por un caballista vestido de negro. Subido en el filo de un acantilado de donde se veía el pequeño castillo, Bernardo había visto la llegada de la banda montada con curiosidad, al principio no reconociendo a nadie del grupo por las capas y capuchas que llevaban puestas.

Pero mientras desmontaban, uno del partido había bajado su capucha y había sacudido su libre cabello negro y chino. Aún de esta distancia Bernardo había estado seguro de que había sido la chica que había empezado todos sus problemas—a la que el había visto nadando en el río hace muchos meses.

Rápidamente contó a los cinco hombres y a las dos mujeres en seis caballos—parejas extrañas en verdad, para el solitario Bernardo. Pero la sonrisa burlona rápidamente eructó en risa; ¡su tiempo de venganza había venido! Le dio vuelta a su caballo y se dirigió al este, hacia el castillo de Teobaldo, donde su antiguo empleado, el Obispo Odo, pronto estaría llegando para mantener una cita preparada de antemano.

—Su Excelencia, su señoría—dijo Bernardo, saludando a los dos hombres mientras entraba.

—Ah, Bernardo, has llegado,—dijo Odo. —He estado hablando de nuestros planes aquí con Teobaldo, en lo que haremos para incrementar nuestro prestigio en el nuevo régimen siendo establecido en nuestras buenas tierras. Hemos jurado lealtad a Simón de Montfort, y el sin duda nos recompensará con las propiedades de estos malditos seguidores y simpatizantes de los Cátaros.—

—Efectivamente, su Excelencia,—dijo Bernardo. —Pero le traigo noticias interesantes.—

—¿Y que podrían ser esas noticias?—dijo Odo.

—Hoy, espíe a una pequeña tropa de hombres y mujeres llegando a el castillo de Martín el Causade, en cuya hospitalidad por el presente estoy actualmente. Reconocí a uno de ellos casi inmediatamente. Y fue entonces cuando reconocí los otros dos.—

—Sigue,—dijo Odo impacientemente. —Para de ser tan misterioso. Dinos quienes eran.—

—No es ni mas ni menos que el Lord Guillermo y ese maldito Escocés, Malcom—el verdugo y asesino de su difunto primo, Lord Teobaldo—y la jovencita quien me extasió y me causo tal desconcierto y problemas.—

Odo y Teobaldo se voltearon simultáneamente y se le quedaron viendo a Bernardo.

—¿Estas seguro que ellos son?—demandó Teobaldo.

—Estoy seguro,—dijo Bernardo. —Y había cuatro mas con ellos. Dos hombres grandes, uno joven, y otra mujer a la cual no reconocí.—

—Los dos hombres grandes,—dijo Odo, —son los hermanos del Escocés. Han ganado la reputación de ser guerreros formidables, y le han causado a nuestro Lord Simón de Montfort grandes problemas mientras estaban en el empleo de nuestro inconstante conde. Capturar a estos si que sería una pluma en nuestro sombrero, ¿no creen?—

—Tengo una pelea de sangre con ese Escocés,—gruño Teobaldo. —Podemos capturar a estos otros, pero su cabeza es mía.—

—Como lo desee,—dijo Odo. —Y ese impudente perrito, Guillermo, también me ha causado mucha incomodidad. Hoy un mensajero trajo las noticias de Tolosa que algunos Cátaros quienes habían sido echados al calabozo del conde habían misteriosamente escapado. Se rumorea que el propio sobrino del conde tuvo algo que ver, y no se ha visto en ningún lado desde el incidente.

—Entonces, parece que aquí tenemos una oportunidad para esparcir nuestra causa y traer al conde y a su casa mas vergüenza y dolor. Cuando tome este advenedizo de regreso a Tolosa en acero y compruebe de que si estaba envuelto en esta conspiración, Raymundo tendrá que pronunciar la sentencia de muerte sobre su propio amado sobrino. ¡Ah, sí, eso me traería gran placer! Y ver a ese hombre de confianza suyo, Godfrey, perder a su precioso hijo a el hacha del verdugo me causará gran satisfacción, porque estoy determinado a destruir al conde y a toda su casa.

—Entonces, podría sugerir,—Bernardo habló, —que nos dirijamos varias horas antes del alba, para que lleguemos a la propiedad de Martín de Causade mientras que nuestras confiadas presas estén durmiendo. Y entonces los capturaremos, con esperanzas de que no se derrame sangre.—

—Pero si se derrama sangre, entonces que sea la suya,—Odo añadió regocijado.

—Yo reuniré a la tropa,—dijo Teobaldo. —¿Dices que hay siete de ellos?—

Bernardo asintió con la cabeza.

—Entonces veinte soldados a caballo y armados será suficiente. Pero el Escocés es mío. No es mi intención de que llegue a Tolosa. Su muerte es mía para tramar y ejecutar.—

Con esto, Teobaldo salió del cuarto, gritando a su mayordomo, a quien le mando que reuniera a sus hombres armados y los tuviera listos para salir antes del alba.

*

Mientras tanto, Malcom, Guillermo y compañía estaban disfrutando de una buena comida en la mesa de Martín.

—El hombre con la cicatriz no esta aquí,—le remarcó Guillermo casualmente a Martín.

—No, no es muy común. Hasta ahora nunca ha fallado en llegar para su comida. Talvez ya se fue. Sale cabalgando cada mañana, y luego regresa para la cena. No sé lo que hace, aunque sospecho que talvez es algún tipo de fugitivo. Ya sea eso, o es un hombre de confianza empleado por algún maestro desconocido, y espera su momento oportuno para mas ordenes.—

Guillermo y los otros intercambiaron miradas, pero en vez de seguir con el tema enfrente de sus anfitriones, Guillermo pensó que era mas aconsejable cambiar de tema.

—¿Entonces, también son seguidores del camino perfecto?—le preguntó.

—Sí, mi familia y yo amamos y respetamos a aquellos quienes son verdaderamente de Dios y siguen el camino de la perfección,—respondió Martín.

—¿Y dijo que ha escuchado de Giles de Tolosa?—

—Sí, he escuchado,—respondió Martín. —Es conocido aún en estas partes, y también respetado, aunque sus modos son un poco diferentes del de los Perfectos de nuestra adherencia. Pero esta noche tendremos a dos Perfectos quienes han viajado desde Alvy para encontrarse con nosotros, y si les agrada, pueden venir con nosotros.—

—Sería nuestro placer,—dijo Guillermo.

—Muy bien, entonces. Espero que estén aquí en la hora. Les llamaré cuando el tiempo esté listo.—

—Esperaré con ansias, al igual que mis acompañantes, estoy seguro.—

Mientras los sirviente venían a recolectar lo que había sobrado de la comida, Guillermo, Malcom y todo su partido salieron al aire fresco de la tarde. Era un cielo sin nubes, y desde el lugar que ocupaban en las murallas del castillo, innumerables estrellas se podían ver, y los picos de la montaña estaban levemente en silueta contra el cielo.

Los dos pares de amantes—Malcom y Eloisa, y Guillermo y Esme—caminaban a cierta distancia de los demás. Los otros tres hombres estaban sentados en una banca de piedra justo afuera del torreón por el cual habían ascendido, y empezaron una conversación entre ellos.

—Entonces, pequeño Guy,—dijo Hamish. —¿Te enseñaron algo en ese entrenamiento de la milicia tuyo?—

—Bueno, me dieron una pica y me dijeron que la clavara en la tierra, y que la apuntara hacia delante. Y se puede decir que eso fue todo.—

—Por Dios, chico, tendrás que aprender mas que eso si te vas a defender.—

—Me encantaría aprender a defenderme, pero no tengo conmigo espada ni pica.—

—Siempre cargo una espada extra conmigo,—explicó Hamish. —Tengo a mi grande bestia conmigo, pero tengo una espada pequeña la cual siempre llevo para limpiarme los dientes después de una buena cena, y siempre y cuando prometas tenerla para mí cuando comamos, te la prestare por ahora. Porque temo que tendremos algunas peleas antes de regresar a casa.—

Guy sonrió por la broma del gigante pero entonces, en un tono mas pensativo, preguntó, —¿Dijiste que voy a viajar asta casa con ustedes?—

—Bueno, ¿cuáles son tus opciones?—preguntó Hamish.

—No estoy seguro,—replicó Guy —Con nuestra huida no he tenido tiempo para considerar otras alternativas. No supongo que tenga que ser un mesonero, pero no creo que la vida de un soldado sea para mí. Prefiero aborrecer la matanza y las peleas. Solo me uní a la milicia porque pensé que tenía que defender a mi hermana, padre y amigos.—

—Esas son intenciones muy nobles, amigo, y estoy seguro que tu corazón esta en el lugar correcto. Pero tendrás que aprender a defenderte a ti mismo, o de otra manera serías como oveja al matadero.—

Mientras conversaban, una hora pasó rápidamente. Un sirviente salió para llamar a los visitantes al cuarto de las reuniones, y se unieron a la familia de Martín y los sirvientes. Parecía que algunas de las gentes del pueblo también estaban presentes. Una vez que estaban todos reunidos, Martín abrió una puerta de al lado y entraron dos personas viéndose majestuosas.

Los dos estaban vestidos con largas batas negras, pero el hombre tenía alrededor de su cintura un cinturón de piel, del cual estaba colgado un pergamino. Hilda, quien se había tomado la libertad de sentarse al lado de las visitas de su padre, le susurró que este pergamino era una copia en pergamino de el Nuevo Testamento.

El cuarto estaba brillantemente encendido, y los dos Perfectos se veían serenos y tranquilos. Esta noche sería una confesión general, y aunque no hubiera sido la práctica para cualquiera quien no hubiera sido formalmente admitido entre sus números para atender, Martín había razonado con los Perfectos de antemano y ellos habían estado de acuerdo al permitir que estos curiosos visitantes observaran, pero que no participaran.

Los dos, cada uno su turno, guiaron a la congregación en oración, y luego la mujer (causando una gran sorpresa para Malcom y sus hermanos) predicó un pequeño sermón en el cual trazó algunas de sus doctrinas: su renuncia a la iglesia Católica, su creencia de que este mundo era gobernado por Satanás, llamado el Malvado, y de que era el deber de los creyentes que pasaran esta vida tratando de prepararse para una transición a la siguiente. Para realizar esto, uno debía de tratar de tomar el consolamentum antes de la muerte, para que su espíritu estuviera listo para pasar a una vida mas grande para el mundo venidero, y que la carne y todo lo que esta asociado con ella debería ser evitado, pero que solo después de tomar el consolamentum se le requeriría al creyente hacer esto consistentemente por el resto de sus vidas. Pero por ahora, era suficiente, simplemente ser un creyente, y esperar para convertirse en un Perfecto casi asta la muerte, cuando fallar en cumplir los requisitos de los Perfectos sería condenación.

Después de la reunión, Martín y su familia todos se arrodillaron y luego se postraron ante los Perfectos. Los Perfectos les ordenaron que se levantaran, les dieron a cada uno su bendición, y luego se fueron del cuarto, acompañados por Martín.

Los espectadores habían estado muy impresionados por el servicio y obvia serenidad y piedad de los dos Perfectos. Al igual que el resto de la congregación, los últimos de los cuales ahora se estaban yendo lentamente del cuarto.

Fue Hamish que finalmente habló. —Bueno, puede que respete sus creencias, pero les diré a todos, ¡esto de abstenerse de la carne no es mi idea de la vida futura!—

Malcom y Guillermo y los otros se rieron, y luego se fueron a sus cuartos respectivos para la tarde.

XIX —LA HORA DE LA OSCURIDAD

Poco después de la media noche, Eloisa se levantó con un grito. Dentro de segundos, Malcom corrió a su cuarto que compartía con Esme, y Guillermo los siguió corriendo.

—¿Qué te pasa, cariño?—Malcom le preguntó a Eloisa ansiosamente.

—¡Tuve un sueño espantoso!—replicó, su cara todavía registrando su evidencia de terror. —Soñé que, mientras estábamos aquí en nuestras camas, éramos rodeados por hombres malvados—hombres que se veían mas como demonios que humanos. Vinieron sobre nosotros mientras dormíamos, con odio y veneno en sus ojos. Nos acuchillaban con sus armas y garras—matándonos uno por uno. ¡Oh, Malcom, fue una pesadilla espantosa!—

—Esta bien, cariño,—dijo Malcom. —Fue solamente un mal sueño. Hemos visto y escuchado mucho estos últimos días. Ahora trata de descansar.—

—Temo que sea mas que un mal sueño,—dijo Esme con firmeza y autoridad en su voz. —¡Es una advertencia! Yo, también, en una visión espantosa, he visto el campamento de los santos rodeados por diablos con características horribles y grotescas. En esta visión, también, nos encontraban durmiendo desprevenidos, y éramos guiados como ovejas al matadero. No, temo que aquellos quienes nos odian están aún ahora planeando nuestra destrucción.—

—¿Por qué tanta escándalo?,—anunció Hamish, mientras entraba al cuarto. —¿A quien fue la que escuché gritar?—

—Era Eloisa—dijo Guillermo, quien estaba arrodillado al lado de la cama de Esme. —Tuvo un sueño malo, y esta Esme piensa que es un presagio.—

—¡Un presagio, por Dios!—dijo Dougal, quien había seguido a su hermano. Guy también estaba levantado, y para entonces era el último en entrar al cuarto.

—Sí, un presagio,—dijo Esme, una palidez mostrándose en su rostro el cual hacía que sus características oscuras se mostraran mas completas en el cuarto semi-alumbrado. —Percibo peligro de este lugar. Mi padre muchas veces dijo que yo tenía un sexto sentido, para anticipar las cosas antes de que pasaran, y ahora siento un aire de muerte en el aire. Temo que la muerte y la destrucción están ante nosotros; para que seamos agarrados como pájaros en la red del cazador.—

—¡Ah! Las palabras de una adivina loca que no puede dormir. ¡Mujeres! Me voy a regresar a dormir,—dijo Hamish con un fuerte bostezo.

—¡No, hermano! Pienso que esto es serio,—dijo Malcom. —Ya sabemos que alguien quien muy bien puede ser Bernardo, el secuaz de Odo, se ha estado quedando en este mismo lugar, y temo que si en verdad es el, entonces su falta en regresar a esta torre augura que nuestro presente alojamiento fue descubierto, y por seguro que nuestros enemigos pronto estarán sobre nosotros.—

Guy, quien había estado recargado contra la ventana, miraba hacia la oscuridad. La luna, aunque no estaba llena, echaba una luz azul pálida en el paisaje. El pequeño castillo de Martín daba al pueblo, donde todo parecía estar en silencio. Al este, y si apenas visible, un camino se dirigía a las montañas.

Los ojos de Guy continuaron viajando por el camino, asta que, por un momento, pensó que había visto una luz a lo lejos. Estiró sus ojos pero la luz había desaparecido. Unos cuantos segundos después reapareció, y luego volvió a desaparecer otra vez.

—¡Malcom! ¡Guillermo! ¡Miren aquí!—dijo Guy.

Los dos hombres caminaron hacia la ventana.

—Ahí, a lo lejos. ¿Ven esa luz? ¡Miren, ahí esta! Ahora se fue otra vez. Parece que se está moviendo. ¿Pero porque aparece y luego desaparece?—

—Efectivamente, la luz esta viajando,—dijo Guillermo. —Es una antorcha; está desapareciendo tras las rocas o árboles u otras obstrucciones, y luego apareciendo otra vez cuando sale de detrás de ello. Hay gente en ese camino—y que más, parecen dirigirse adonde estamos nosotros.—

—Me pregunto quien será, viajando en la noche así,—dijo Malcom.

—Bueno, con las advertencias que acabamos de escuchar, lo tomo como que deberíamos de adoptar por lo peor,—dijo Guillermo. —¡Hombres a las armas! Si son hostiles, bueno, ¡les enseñaremos una lección! La sorpresa estará de nuestro lado en vez del de ellos.—

—¡Entonces tenemos que levantar e informar a Martín y a su familia!—

—Yo me encargaré de eso,—dijo Guillermo, desapareciendo por la puerta. —El resto de ustedes, alístense. Estamos en una posición fortificada, yo diría que nos preparemos para hacer nuestra postura aquí, en vez de correr. En campo abierto tendremos una desventaja distintiva.—

Los hombres apuradamente se fueron a ponerse su armadura y armas. Guy quien no tenía armadura, se armó con la espada que Hamish le había dado antes. —Dios ayúdame a usar esta cosa,—dijo con esperanzas.

—¡Tendrá que hacerlo!—dijo Hamish, quien sobre escuchó la oración de lamento. —Porque no tuve tiempo de enseñarte.—

Hamish y Dougal sacaron sus arcos, las cuales habían traído, y cuidadosamente checaron su provisión de flechas. Luego se apuraron a tomar sus posiciones arriba de la torre principal que daba y cuidaba la puerta.

Mientras tanto, Guillermo había despertado a Martín y le había dicho as noticias.

—Yo no recurriré a las armas,—dijo Martín. —He sido un hombre de paz toda mi vida. Pero no les impediré defenderse tampoco. Mi familia y yo, junto con nuestros sirvientes, acudiremos a las celdas y ahí vamos a parapetarnos. Oro para que el Señor les sonría en su iniciativa hoy, y espero que entiendan el porque no puedo permitirle a nadie de mi casa que se les una en esto.—

—Aprecio tu franqueza,—dijo Guillermo, —y tu firmeza a tus principios. Por favor considere diligentemente la protección de su familia, porque temo que usted y ellos también estén en grave peligro. Si le hemos traído daño este día, le pido disculpas. Por favor luche con nosotros con sus oraciones.—

Guillermo entonces regresó y se aseguró que las dos mujeres estuvieran parapetadas en el cuarto, junto con Guy, quien habían decidido debería quedarse con ellas y defenderlas al final, si era necesario.

Guillermo y Malcom se hicieron paso hacia las murallas del castillo, donde se ocultaron y esperaron a cualquiera que estuviere agarrando esa luz a lo lejos y cualquier cosa que les trajera.

Pronto, el sonido de caballos era claramente escuchado, y la acompañante traqueteo de hombres en armas quienes estaban sentados en ellos. Mientras se acercaban, los ojos de Malcom y Guillermo fueron atraídos hacia la figura en la segunda fila, inmediatamente seguido por el que llevaba la antorcha. La inconfundible rotunda figura de Odo fue clara para los dos.

—¡Por Dios, es Odo!—susurró Guillermo, —¡Y asta lleva una espada!—

Para aquellos no familiarizados con este periodo en la historia, era poco común que los obispos también fueran sacerdotes y guerreros. Muchos de los contingentes de los ejércitos cruzados eran guiados por obispos guerreros. Un obispo no solamente gobernaba en lo espiritual, pero también en el reino temporal de su propiedad, y por lo tanto tenía que estar preparado para defenderla y luchar como cualquier otro señor feudal.

Aunque Odo no había llevado armas por muchos años, no se pudo resistir en venir junto con Teobaldo y sus otros soldados en esta misión para exigir su venganza sobre sus enemigos acérrimos. Era una oportunidad la cual no solía perder.

Bernardo y los otros tres guardias quienes habían acompañado a Odo de Tolosa también estaban entre el partido.

Mientras se acercaban a las murallas, los caballistas se acercaron en una gran columna enfrente de las puertas.

—Cuento veintiuno en total,—le susurró Malcom a su colega.

Guillermo asintió. —La disparidad es de cinco a uno. Gracias a Dios que tenemos la sorpresa de nuestro lado.

— Dos caballistas habían desmontado y estaban caminando en silencio y sin sospecha alguna, a las puertas del castillo.

Guillermo miró arriba y podía ver a las figuras de Hamish y Dougal en la torre alta. Levantó su mano y la bajó rápidamente. En el siguiente instante, dos flechas cruzaron el aire, pegándole a los dos soldados. Uno se calló en silencio, pero el otro gritó mientras la flecha le penetraba el cuerpo.

En la resultante confusión, y antes que Teobaldo y Odo pudieran ganar el control de sus hombres, seis flechas mas habían cruzado el aire, y seis hombres mas estaban muertos o heridos en el piso.

—¡Retirada!—gritó Odo, mientras le daba la vuelta a su caballo y galopaba lejos de las murallas del castillo.

Teobaldo y los otros soldados le dieron la vuelta a sus caballos y se dirigieron a una cubierta.

Guillermo y Malcom miraron hacia la oscuridad y esperaron.

Una ballesta vino zumbiendo por el aire no muy lejos de donde estaban escondidos, y le pegó a la enmadera del castillo con un fuerte ruido sordo. Fue seguido por varios mas, todos zumbiendo sin daño alguno de arriba, o pegándole a la muralla del castillo y cayendo al piso.

—Tienen que tener a alguien quien va hacia delante, y están tratando de mantenernos abajo,—le dijo Guillermo a Malcom.

Malcom asintió. Mirando hacia la torre alta, vieron a Hamish haciendo un ademán hacia la derecha. Mirando hacia arriba, podían ver cinco figuras armadas moviéndose en esa dirección. Los dos se cayeron al piso y se escabulleron hacia esa parte de la muralla, subiéndose a la escalera y al pretil en ese lado del castillo.

Escasos segundos después que habían alcanzado la muralla cuando escucharon el sonido de un rezón volando por los aires. Con un ruido metálico, se aseguró entre las almenas, no lejos de donde ahora estaban esperando Guillermo y Malcom.

Rápidamente corrieron y tomaron posición en las sombras de los dos lados de la brecha donde estaba el gancho de cuatro lengüetas. Pronto podían escuchar el gruñido de los soldados que escalaban la pared.

Esperaron asta que el primer hombre había alcanzado a llegar y estaba listo para meterse. Entonces Malcom se levantó y blandió su espada, dándole al hombre en su cuello. Aunque no cortó por la cota de mallas, la fuerza hizo que hombre se cayera del edificio. Se fue volando por el aire y cayó de cabeza al fondo de la muralla. Al

mismo instante, Guillermo bajó su espada sobre la cuerda, cortándola en dos, y los otros dos hombres quienes habían estado escalando la muralla atrás del primero se cayeron con un fuerte ruido.

Mirando cautelosamente, vieron a los dos agresores sin moverse. El tercero estaba huyendo a gatas, arrastrando una pierna, la cual parecía haberse roto con la caída.

Dos figuras mas se podían ver corriendo para tomar refugio en la misma dirección de donde habían venido.

Pronto una voz rompió el relativo silencio que siguió el plan frustrado. Guillermo la reconoció como la de Teobaldo.

—Martín de Caussade, ¿por qué peleas contra nosotros? Saca a tus invitados porque nuestra riña es con ellos solamente. ¡Déjanos terminar con este derramamiento de sangre!—

—No es Martín de Caussade quien pelea contra ti, porque el y su familia no tienen nada que ver contigo.—

—¡Entonces es usted, Lord Guillermo, hijo de Godfrey, por el inconfundible sonido de tu voz, quien ha cometido este acto de bandolerismo contra estos nobles guardias!—gritó Odo.

—¡Apenas si nos estamos defendiendo, Señor Obispo! Ustedes son los agresores.—

—¡Dense por vencidos!—gritó Teobaldo.

—¡Nunca!—gritó Guillermo.

—¡Entonces prepárense para morir!—dijo Teobaldo con voz estruendosa.

Cinco o seis flechas mas zumbaron por el aire, una vez mas sin daño alguno pegándole a la madera y la mampostería de las fortificaciones.

Guillermo y malcom se agacharon para cubrirse, y susurraron juntos.

—¡Temo que si esto dura asta el amanecer que van a mandar por refuerzos! Tenemos que encontrar una manera de terminar esta lucha rápidamente,—dijo Guillermo.

—¿Cómo?—dijo Malcom.

—Tenemos que ingeniarnos una treta,—dijo Guillermo, —un tipo de caballo Troyano contrario. La siguiente vez que una flecha venga por el aire, grita como si te hubiera pegado. Mientras tanto, yo correré a la torre alta, y le explicaré a Hamish y Dougal lo que estamos haciendo. Según mis cálculos , hay once hombres muertos o heridos entre ellos. Eso solo nos deja con diez. Pienso que estamos en posición para permitirles subir las murallas y pensar que han ganado.—

Guillermo desapareció, y unos cuantos minutos después, otra descarga de ballestas de saetas cruzó por el aire. Mientras pasaban por encima, Malcom dio un escalofriante grito. Gritos de satisfacción se podían escuchar de el campamento de los atacantes.

Unos cuantos minutos después, Guillermo regresó al lado de Malcom. —Lo que haremos,—dijo Guillermo, —es dejarlos cruzar la muralla y abrir las puertas. Puedes tenerlo por seguro que todos van a entrar corriendo. Una vez adentro, no tenemos mas que cerrar y vigilar la puerta, y estarán atrapados.—

—Grandioso,—dijo Malcom siendo un poco sarcástico. —Permitimos que diez hombre armados entren al castillo, ¡y los cuatro de nosotros los tengamos atrapados!—

—¿Te he fallado asta ahora en mis tácticas militantes?—respondió con una sonrisa Guillermo.

—Mas de cien veces casi nos matas,—respondió Malcom.

—Bueno, ora para que esta también sea malditamente cerca, y no fatal. No tenemos otra opción. Tenemos que meterlos a todos aquí antes de que manden pedir ayuda, lo cual, si no obtienen una muestra de victoria pronto, puedes estar seguro de que sí.—

Malcom asintió su cabeza.

Los dos una vez mas saltaron del pretil y se escondieron en uno de los establos. Pronto, otro rezón se podía escuchar siendo echado en otra parte de la muralla. Minutos después, el cauteloso líder del partido escalante se subió a la muralla y les hizo señas a sus compañeros. Pronto los cuatro de ellos estaban en el pretil, sus espadas desenvainadas, cautelosamente mirando de un lado a otro. Bajaron las escaleras y se dirigieron hacia la puerta. Un soldado levantó la pesada viga que aseguraba la puerta, y la echó a un lado, luego empujó la puerta hasta abrirla.

Teobaldo fue el primero que entró, y les hizo señas a sus hombre para que fueran aquí y allí, como si buscando si había quedado algún defensor.

—¡Tengan cuidado!—les advirtió a sus hombres. —Ahora van a ser como animales acorralados. Sabemos que por lo menos uno de ellos esta herido.—

Unos minutos después, Odo entró casi sin aliento por la puerta, rodeado por Bernardo y los otros guardias. — ¿Y bueno?—dijo, casi sin aliento.

—¡Se están escondiendo!—dijo Teobaldo con una sonrisa burlona. —¡Pero nosotros los olfatearemos!—

Dos descargas de flechas de repente siguieron en rápida serie. Las cuatro flechas encontraron su marca; dos de los guardias de Odo estaban muertos, y un tercero, con una flecha en su pierna, se cayó gritando al piso. La cuarta flecha le dio a uno de los guardias de Teobaldo en la espalda, y el también se colapsó.

—¡Allá! ¡Arriba en la torre!—gritó Teobaldo. Rápidamente, empezó a subir los escalones, seguido por lo que quedaba de sus hombres, quienes habían venido corriendo de regreso al centro del patio.

Odo, con su espada desenvainada, regañó a Bernardo. —¡No me dejes! Te necesito aquí para que me protejas. Esta gente,—dijo con una sonrisa burlona, señalando a los muertos a sus pies, —¡eran un montón de fracasos!—

Lentamente, Bernardo y Odo retrocedieron hacia una de las murallas. Malcom y Guillermo corrieron a toda velocidad desde su escondite hasta la puerta.

—¡Ahí están!—gritó Odo. —¡Agarrenlos!—

Bernardo, preguntándose si tal vez por el momento la precaución era la mejor parte del valor, vaciló. Para ese entonces, Malcom y Guillermo habían alcanzado la puerta. Para mayor sorpresa de Odo y Bernardo, no se salieron corriendo, sino en vez la cerraron y aseguraron. Luego se voltearon, con sus espadas en mano, para encontrarse con sus atacantes.

Mientras tanto, Teobaldo y sus hombres se habían arrepentido de haber corrido por los escalones de la torre, donde arriba, se encontraron a los dos gigantes Escoceses pelándoles los dientes con sus grandes espadas de doble filo en sus manos.

—¡Que lindo de su parte visitarnos!—dijo Hamish. —¿No crees hermano,?—

—Sí, los modales que tienen estos Franceses,—dijo Dougal.

Teobaldo paró en seco, agarrando su espada enfrente de él.

—Bueno, hermano, ¿crees que quiere pelear?—

—¡Apuesto que sí! Pero claro que con esa cosita que tiene en la mano, ¡no puede hacer otra cosa que limpiarnos los dientes!—

—¡Yo les enseñaré como limpiarse los dientes!—dijo Teobaldo. —¡Agarrenlos!—le gritó a sus hombres.

Dos de sus hombres corrieron precipitadamente, blandiendo sus espadas, a los dos Escoceses. Hamish y Dougal los encontraron arriba de las escaleras. Hamish blandió su espada y le gritó a Dougal. —¿Regrésate, sí? ¡Solo hay espacio para que uno de los dos pelee en estas cosas!—

—¡Ah, para de ser avorazado, hermano!—dijo Dougal. —¡Dame también un poco de diversión!—

Hamish levantó su espada y blandió con tal fuerza que le quitó la espada de la mano al primer atacante, quien se dio la vuelta y se fue rodando por las escaleras. Teobaldo, viendo que la situación no era como el había esperado, guió al resto de sus hombres en una rápida retirada y de regreso al patio, cercamente presionados por Dougal y Hamish, quienes bajaron corriendo detrás de ellos.

Los contrastes estaban mucho mejor ahora, ya que solo quedaban seis atacantes, y cuatro defensores, quienes habían, asta ahora, se habían mantenido sin daño alguno.

Teobaldo era un luchador hábil, y rápido con los pies. Dándose cuenta de que no podía pelear a los dos grandes Escoceses de espadazo a espadazo, decidió ir con rápidas estocadas y rápidas retiradas.

—¡Vamos, monito!—dijo Hamish, mientras blandía su grande espada por el aire. —¡Ven, pelea como hombre y muere como perro!—

—No, pelearé y haré lo que hago mejor: ¡Atacar! ¡Estocar! ¡Y para atrás!—replicó Teobaldo burlonamente.

Ahora Hamish y Dougal estaban en el medio del patio, de espalda a espalda, rodeados por Teobaldo y sus tres hombres.

Bernardo, mientras tanto, había corrido a pelear contra Guillermo, mientras Odo se movía cautelosamente hacia Malcom.

—¡Vayan a ayudar al obispo!—Teobaldo le ordenó a uno de sus hombres. —Los tres de nosotros nos encargaremos de estos dos gigantes.—

Uno de los soldados corrió y empezó a atacar a Malcom. Odo, mientras tanto, animado por este repentino refuerzo, se unió a la pelea.

Era tan evidente que Odo no era un hombre de espada. Aunque un cobarde por naturaleza, era dotado en el arte de la esgrima. Efectivamente, había entrenado junto con sus hermanos en las artes marciales por muchos años antes de tomar el hábito. Aunque existía la prohibición de que un clérigo derramara sangre, para que no fuera aceptable que un obispo cargara una espada a la batalla, sino en vez una maza, Odo obviamente burlaba esta regla.

Y entonces Malcom ahora también estaba uno contra dos, mientras el guardia y Odo con habilidad blandían sus espadas contra el.

Fue en este momento que Guy apareció en el patio. Guy y las dos chicas habían escuchado el ruido de las espadas. El pasado grito aterrador de Malcom los tenía a todos preocupados de que lo habían herido, y Guy había insistido en ir a rescatarle. Después de consultar un poco con las mujeres, fue acordado que fuera y que ellas se parapetaran otra vez una vez que el se hubiera ido.

Guy, con espada en la mano, se puso atrás de Malcom. —¡Amigo, parece que necesitas ayuda!—dijo. —¿Puedo echarte una mano?—

—¡Regresa, Guy!—gritó Malcom. —¡Nosotros nos encargaremos de estos!—

Mientras tanto, Odo, viendo una oportunidad para una victoria mas fácil, se apartó de la lucha con Malcom y fue tras Guy. Guy, siendo un novato con la espada, pronto se encontró muy presionado por el rotundo clérigo.

Malcom, viendo el peligro, rápidamente se esforzó por terminar la lucha con su último agresor, pero el hombre era un espadachín mejor que la mayoría, y le tomo a Malcom bastante tiempo para sojuzgar, y finalmente lo mató.

Mientras tanto, Guillermo y Bernardo también estaban metidos en un combate mortal, el sonido metálico de las espadas añadiendo al alboroto que los rodeaba.

Malcom corrió al lado de Guy, mientras veía como la pelea iba gravemente en su contra, pero mientras llegaba, la espada de Guy salió volando de su mano, y con un gruñido de regocijo, Odo hundió su espada en el indefenso estómago del hombre.

Una mirada de horror y desespero cruzó la cara de Guy mientras se colapsaba y se caía. En ese instante, Malcom alcanzó al Obispo, y levantando su espada en alto sobre su cabeza, la bajo con toda su fuerza, partiendo el cráneo de Odo en dos, y la voluminosa figura se colapsó al piso.

Malcom corrió hacia Guy y agarró su cabeza en sus brazos. —¡Querido Guy!—lloró. —¡Querido, tonto Guy! Oh, ¿por qué hiciste esto? ¡Tu no eres un espadachín! Oh, ¿por qué?—

—¡Malcom, no llores y te lamentes por mí!—Guy susurró roncamente. —Estoy bien. Me iré a Casa, Malcom. Me voy a casa a estar con Jesús. Cuida bien de Eloisa. Sabes, es solo una niña...—

Con esas palabras, la cabeza de Guy se fue de lado y su cuerpo se puso flácido.

Guillermo había visto lo que había pasado, y por un momento se distrajo de su lucha con Bernardo. El gran hombre le dio la vuelta a su espada y le dio a Guillermo en su hombro—no una herida seria, pero una que causa un momento de perdida de concentración.

Malcom rápidamente puso la cabeza de Guy abajo, levantó su espada otra vez, y corrió a ayudar a Guillermo. Aún, antes de que estuviera a una distancia para pelear, Guillermo ya tenía a Bernardo en desventaja y, antes de que Bernardo pudiera pedir tregua, Guillermo le dio una destocó con su espada.

Mientras tanto, Dougal y Hamish habían terminado con sus tres oponentes, y solo Teobaldo quedaba.

—¡Tregia!—gritaba. —¡Tregua!—

Hamish y Dougal miraron a Guillermo.

—El no nos hubiera dado tregua,—dijo Guillermo. —No la merece de nosotros.—

—¡No!—Malcom gritó, con lágrimas cargando el flácido cuerpo de Guy en sus brazos. —Ya hemos visto suficiente muerte. Amárrenlo.—

—No,—dijo Guillermo. —Ha matado y ha causado que mataran. Merece morir.—

—No,—repitió Malcom firmemente. —Ha pedido tregua. Se la daremos. Amárrenlo hermanos. Luego decidiremos su suerte.—

Guillermo corrió al cuarto donde estaban esperando las chicas, cercamente seguido por Malcom, todavía agarrando la forma silenciosa de su amigo. En cuanto llegó a la puerta parapetada, Guillermo le pegó, fuertemente proclamando, —¡Déjenos entrar! ¡Déjenos entrar!—

Con lagrimas de alivio, Eloisa y Esme quitaron la parapeta y abrieron la puerta.

—¡Estas herido!—exclamó Esme de inmediato, a la vista de sangre en el brazo de Guillermo.

—No es mucho,—dijo Guillermo. —Se sanará.—

—Ven, déjame curarla,—dijo Esme, llevándolo a otro lado.

—¿Adonde están los otros?—Eloisa preguntó, con un tono de preocupación en su voz. —Escuché a Malcom gritar terriblemente.—

—Fue solo una treta—Guillermo respondió calladamente.

En ese instante, Malcom apareció en la puertaa, su cara manchada con una horrible mezcla de sangre y lágrimas, y la forma sin vida de Guy flácido en sus brazos.

Eloisa se quedo ahí con incredulidad, sus manos sobre su boca. —¡Oh, no!—lloró. —¡Guy no! ¡No el querido y noble Guy! ¡Oh, querido Dios! ¡Guy no!—

Malcom no dijo palabra, pero puso a Guy en una de las camas del cuarto, en la cual Eloisa al instante se cayó de rodillas en incontrolable tristeza. Malcom se arrodilló a su lado, y la agarró fuertemente. Conteniendo su propia tristeza por el momento, con voz quebrada trató de hablarle palabras de consuelo.

—‘Cuida de Eloisa,’ fue la última cosa que me dijo. ‘No llores y te lamentes por mí,’ dijo. ‘Voy a Casa para estar con Jesús.’ Y luego se fue. Se fue a Casa con Jesús. Se fue a casa ahora, Eloisa.—No mas dolor, no mas tristeza. Esta en Casa.—

Eloisa, sin embargo, continuo su sollozo, mientras se aferraba fuerte a Malcom. Los dos se quedaron en esta posición por mucho, mucho tiempo.

*

El sol se había empezado a elevar en el cielo mañanero, y no pasó mucho tiempo antes de que la carnicería de la mañana se hiciera evidente. Después de consultar un poco, se decidió que amarrarían a Teobaldo a su caballo, sus pies amarrados por debajo para que no se pudiera soltar, y mandar al caballo sin guía mientras continuaban escapando.

Antes de mandar al pobre jinete, Guillermo le dijo que Martín y su familia de ninguna manera se habían envuelto en el incidente de la noche, y que ninguna retribución les debería sobrevenir. Hizo a Teobaldo jurar sobre su honor de caballero que en realidad así sería el caso.

Después de que Teobaldo se fue, Guillermo, ahora con su brazo vendado, procedió a las celdas para informarle a Martín y su familia que la costa ahora estaba clara.

—Es una vista temerosa,—dijo Guillermo. —Hay muchos cuerpos muertos allá, incluyendo el de mi querido amigo, Guy, en el cuarto de arriba donde residimos.—

—Nosotros nos encargaremos de ellos,—dijo Martín, —y nos también nos aseguraremos de enterrar a tu amigo.—

—Gracias,—dijo Guillermo. —Estoy seguro de que se debe de dar cuenta que estas partes ya no son seguras para nosotros, y que es conveniente que partamos lo mas temprano posible.—

—Sí, yo entiendo,—respondió Martín. —Pero antes de que se vayan, déjenme prepararles una merienda y desearles buena suerte.—

—Gracias,—dijo Guillermo.

*

Mas tarde esa mañana, cuando habían empacado y comido, el partido, ahora de seis, se fueron tristemente del pequeño castillo de Caussade. Martín les proveyó con mapas y detalles de cómo viajar por las montañas, evitando pueblos grandes donde había mas ocasión a que los detectaran y peligro.

El resto del viaje, aunque lejos de no tener acontecimientos, no es el tema de este libro, excepto decir que lograron llegar a Gante en el ducado de Flandes, y de ahí tomaron el barco hacia Escocia, desembarcando en el puerto de Berwick.

Después de muchos días de viajar, finalmente llegaron a sus tierras ancestrales del clan de MacAlpin. Ahí fueron recibidos por Kenneth, terrateniente MacAlpin. Una festiva boda doble fue celebrada no mucho tiempo después para Malcom y Heloisa, y Guillermo y Esme—el noble con la chica gitana, y el Escocés con la hija del mesonero.

El festejo fue por varios días, y en la cumbre de la celebración, todos se pararon para dar honor a Guy—un querido amigo y mártir de la causa, quien se hizo para siempre un tipo de santo patron para los MacAlpins.

EPILOGO

Esta historia requiere de que aclaren algunas cosas. Giles se las arregló para sobrevivir por muchos años. Fue, finalmente, cuando sitiaron a Moissac, que fue atrapado dentro de la ciudad mientras era tomada. Parándose en lo alto de uno de los edificios que todavía quedaban que daba al centro de la ciudad, dijo en voz alta una profecía a los cruzados abajo:

—Ahora nos matan. Están degollando a los inocentes. Pero nosotros regresaremos. ¡Sí, en el tiempo del Fin regresaremos! Porque matan nuestros cuerpos, pero no pueden matar a nuestros espíritus, y nosotros todavía estaremos aquí cuando ustedes se estén pudriendo en el Infierno por sus crimines. Regresaremos en el tiempo del Fin, y guiaremos al pueblo de Dios a la victoria sobre todos nuestros opresores.—

El comandante cruzado, expidió a una tropa de soldados para que corrieran a arriba del edificio y silenciaron a este profeta, cuyas palabras y voz causó a todos los que lo escucharon que temblaran. Pero para cuando habían llegado al techo, no lo pudieron encontrar por ningún lugar. Solamente su capa estaba apilada. No había manera alguna de escapar, excepto por las mismas escaleras por donde ellos habían subido. Pero aún se había ido— ¡desaparecido! Algunos dijeron que era un espíritu. Algunos decían que era un hombre, quien Dios causó que fuera llevado al Cielo ese mismo día. Otros dicen que todavía esta allí, hasta este día, esperando regresar en el tiempo del Fin.

Simón de Montfort, ese látigo de Languedoc, murió mientras sitiaba uno de los pueblos que se le habían resistido. Estando en el frente de la batalla fue herido mortalmente por un pedazo de escombros disparado por un catapulta medieval de dentro del pueblo. La legenda dice que esa máquina de guerra había sido manejada por mujeres.

El Conde Raymundo, cuando murió, se había cambiado de lados otra vez y estaba peleando en contra de los Cruzados. Murió como hombre excomulgado. Aunque su hijo suplicó por muchos años para que el cuerpo de Raymundo se le permitiera ser enterrado en tierra santa, todas sus peticiones fueron rehusadas.

Ahora su hijo, Raymundo VII, heredó el condado de Tolosa, pero pronto solicitó por paz. Como parte del arreglo, su hija y única heredera fue casada con el hijo del rey, y sobre sus muertes, sin salida, el gran e independiente condado de Tolosa volvió a la propiedad real.

Roberto de Avignon murió en oscuridad durante la terrible sitiada de su nativa ciudad por los ejércitos de Louis VIII en 1226.

Martín de caussade y su familia fue matada en los meses que siguieron la partida de Malcom y su partido. Teobaldo, a pesar de su promesa de no buscar venganza de ellos, había arreglado la masacre. Pero la divina justicia y el juicio pronto le llegó a Teobaldo. Unos años después un asistente descuidado tiró agua hirviendo en su mano, se sorprendió de que solo sintió un ligero dolor. Pronto notó que estaba perdiendo mas sensibilidad en sus miembros. Esto pronto fue seguido por reveladoras lesiones y decoloración de la piel, parecido a la lepra. Evitado, cegado por la enfermedad, su cara deformada y horrorosa a la vista, Teobaldo paso el resto de sus días confinado a un cuartito mero arriba de su castillo, odiado por su familia y criados. Murió a la edad de treinta y cinco, viéndose como un hombre de ochenta.

Los Cátaros fueron exterminados en batallas sangrientas y purgas. Donde ejércitos fallaron en sellar la luz, la Santa Inquisición tomo la antorcha. Pronto todas las huellas del Cátarismo y sus adherentes habían sido purgados completamente del Sur de Francia.

Pero en una pequeña esquina de Escocia, todavía se dice que el en hogar de los MacAlpins, practicaban una religión de amor y verdad, de hospitalidad y amabilidad. Y en los páramos, donde una vez estaba la gran casa, se dice que en las noches silenciosas, si uno para a escuchar, el sonido de gozo y risas, de voces felices levantadas en canción, se pueden escuchar.

El gran juramento que los hermanos habían jurado ese día sombrío cuando todos se habían ido de la casa MacAlpin, su hogar ancestral, había sido cumplida. Porque habían jurado en la amada memoria de su padre que iban a esforzarse con todo lo que tenían para ganar lo que había sido perdido de ellos. Y, habiéndolo reganado, que nunca jamás dejarían que su tierra fuera tomada, o aún dividida, pero que se juntarían como una familia, cantarían y bailarían y llenarían la casa con gozo donde una vez había sido llena de luto y desolación.

Y si uno vaga en el campo santo adyacente a la iglesia del pueblo, y toma tiempo para echar un vistazo a las lápidas, en vez de la cruz grabada que uno esperaría, muy a menudo se encuentra un corazón o una paloma volando

hacia los cielos. Nombres franceses están entremezclados con Gaélico. En el centro del campo, un pilar cilíndrico se levanta por encima de las otras piedras. Los elementos han tomado sus bajas por los siglos y las palabras que fueron esculpidas en ella ahora son difíciles de descifrar. Se hacen claras solamente después de un estudio cuidadoso:

—Yo, Malcom MacAlpimn, pongo este monumento en mi año dieciocho entre las lápidas que marcan el lugar de descanso terrenal de mi esposa, mis hermanos, mis amigos, y, en tiempos venideros talvez hasta mis hijos y nietos. Estos son pero pequeños monumentos para vidas pequeñas y grandes, pero aun cada una amada. Aquí también yo descansaré, en mi tiempo, con estos acompañantes. Mi cuerpo esperará con ellos ese maravilloso día, cuando sea levantado a perfección en la venida del gran Soberano Jesucristo, en Cuya gracia todos estos han vivido y muerto. Mientras tanto mi espíritu se regocijará con ellos en eterna dicha, porque estos quienes estan aquí ahora han pasado a mas grandes gozos. Aunque ninguno fue perfecto aquí, aquellos quienes han corrido la carrera y obtenido la corona con todo derecho pueden ser llamados los Perfectos.—

*** FIN ***